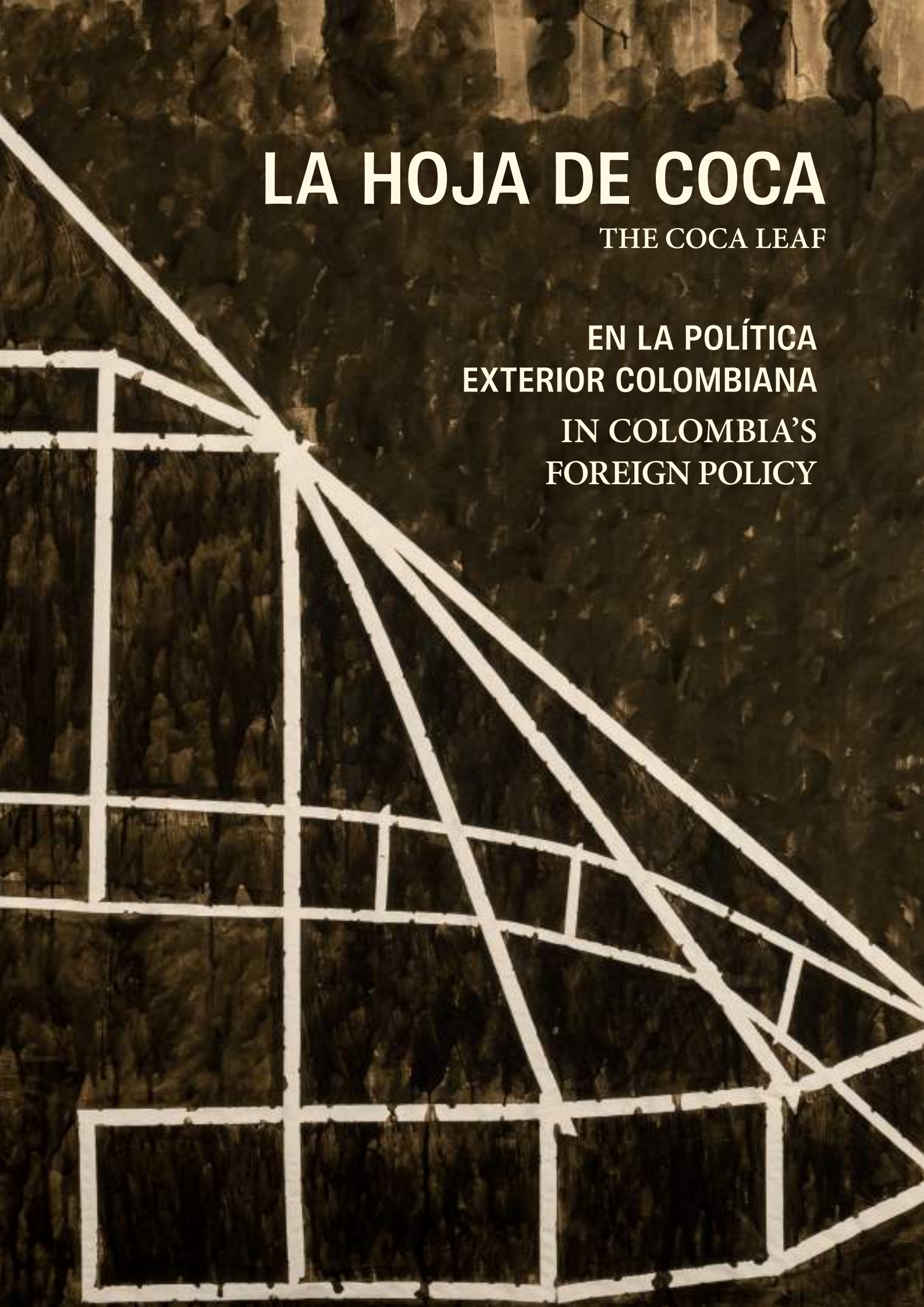


An aerial photograph of a coca plantation in Colombia. The image shows rows of coca bushes. Overlaid on the left side of the image is a white geometric grid pattern consisting of horizontal and vertical lines, with several diagonal lines extending from the top left towards the bottom right, creating a complex, abstract design.

LA HOJA DE COCA

THE COCA LEAF

EN LA POLÍTICA
EXTERIOR COLOMBIANA

IN COLOMBIA'S
FOREIGN POLICY

LA HOJA QUE UNE

BOUND
BY THE LEAF

1

LA HOJA DE COCA

THE COCA LEAF

EN LA POLÍTICA
EXTERIOR COLOMBIANA
IN COLOMBIA'S
FOREIGN POLICY



LA HOJA QUE UNE / BOUND BY THE LEAF

1. *La hoja de coca en la política exterior colombiana* *The Coca Leaf in Colombia's Foreign Policy*

Primera edición 2025

© Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia
© Instituto Caro y Cuervo
© Varios autores / Various authors

ISBN colección impresa / ISBN printed collection: 978-958-611-494-3

ISBN colección digital / ISBN digital collection: 978-958-611-498-1

ISBN impreso / Printed ISBN: 978-958-611-495-0

ISBN digital / Digital ISBN: 978-958-611-499-8

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE COLOMBIA

Rosa Yolanda Villavicencio Mapy
Ministra de Relaciones Exteriores
Minister of Foreign Affairs

Mauricio Jaramillo Jassir
Viceministro de Asuntos Multilaterales
Vice Minister of Multilateral Affairs

Catalina Ceballos Carriazo
Directora de Asuntos Culturales
Director of Cultural Affairs

Adriana Mendoza Agudelo
Directora de Asuntos Políticos
Multilaterales
Director of Multilateral Political Affairs

César Darío Escobar Casilla
Coordinador del Grupo de Acción Cultural
Coordinator of the Cultural Action Group

Germán Andrés Calderón Velásquez
Coordinador del Grupo de Asuntos
Relacionados con las Drogas
Coordinator of the Group on
Drug-Related Matters

Nathalia Sánchez García
Primera Secretaria de Relaciones
Exteriores
First Secretary of Foreign Affairs

INSTITUTO CARO Y CUERVO

Daniella Margarita Sánchez Russo
Directora general
Chief Executive Officer

Lorena Iglesias Meléndez
Líder del Sello editorial
Editorial Imprint Leader

Jineth Ardila Ariza
Edición de contenidos
Content editing

Sarita Martín Rincón
Asistencia y cuidado de la edición
Editing assistance and care

Lingua Viva - Servicios Lingüísticos
Jarrah Strunin, Emily Laycock,
Christopher Browne y Alfred Lake
Traducción y revisión en inglés
English translation and proofreading

María del Rosario Laverde
Corrección de estilo y lectura en armada
Proofreading

Carolina Hernández, Karen
Fontalvo, Rita Pérez, Yeimy Forero
Asesoría legal y administrativa
Legal and administrative counsel

Toquica

Diseño y diagramación
Design and layout

Francisco Toquica

Dirección editorial del proyecto
Editorial direction of the project

Juliana Bejarano

Diseño y diagramación
Design and layout

Jorge Panchoaga/Vist Projects

Hoja de coca, 2018

Fotografía estuche de la colección
Photograph on collection box

Aimema Úai. Volviendo a la Maloka

Mambe sobre lienzo, 2024

Foto: Oscar Monsalve
Cortesía de Galería Elvira Moreno
Fotografía de cubierta, libro 1
Cover photograph, book 1

Jorge Panchoaga/Vist Projects

Semillas de coca, 2020

Fotografía de cubierta, libro 2
Cover photograph, book 2

Jorge Panchoaga/Vist Projects

Nervaduras de hoja de coca, 2018

Fotografía de cubierta, libro 3
Cover photograph, book 3

Andrés Cardona, Stephen Ferry,
Nadège Mazars, Jorge Panchoaga,
Agroarte (texto de Anyi Ballesteros)
y Alianza Coca para la Paz (texto de
Enrique González)
Fotografías del libro / Book photos

Los contenidos y opiniones expresadas en los textos aquí reunidos reflejan exclusivamente las posiciones de los autores y autoras y no necesariamente reflejan la posición del gobierno de Colombia, ni lo comprometen, frente a los temas que se abordan.

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia y el Instituto Caro y Cuervo. Los textos y las fotografías han sido cedidos por sus autores y autoras, de manera no exclusiva, para esta publicación.

The content and opinions expressed in the texts compiled here exclusively reflect the positions of the authors and do not necessarily reflect the position of the Colombian government, nor do they commit it, on the issues addressed.

This work may not be reproduced without prior written permission from the Colombian Ministry of Foreign Affairs and the Instituto Caro y Cuervo. The texts and photographs have been provided by their authors, on a non-exclusive basis, for this publication.

La hoja que une. -- Bogotá: Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, Instituto Caro y Cuervo, 2025.

3 volúmenes (180, 388, 292 páginas) : fotografías a color ; 21 cm. + 1 fanzine, 10 postales (fotografías a color ; 21 cm), 1 afiche.

Contenido: Volumen 1: La hoja de coca en la política exterior colombiana. – Volumen 2: La hoja de coca en los saberes y las culturas de Colombia. – Volumen 3: La hoja de coca entre la ciencia y la creación en Colombia.

ISBN obra completa 978-958-611-494-3 (Impreso) ISBN 978-958-611-498-1 (PDF); ISBN Vol. 1 978-958-611-495-0 (Impreso) ISBN 978-958-611-499-8 (PDF)

1. Hoja de coca. 2. Indígenas de Colombia – Vida social y costumbres. 3. Indígenas de Colombia – Ritos y ceremonias. 4. Paz 5. Relaciones culturales. 6. Patrimonio cultural inmaterial. 7. Colombia – Relaciones.

SCDD 980.1

23ª ed.

CO-BoICC

Impreso en:

Imprenta Nacional de Colombia

Carrera 66 No. 24-09, Bogotá, Colombia



Cancillería





ÍNDICE

10

LA HOJA QUE UNE

UN RELATO INTEGRAL DE DIPLOMACIA CULTURAL Y DE LOS
PUEBLOS SOBRE LA HOJA DE COCA COMO PATRIMONIO
BIOCULTURAL DE COLOMBIA

ROSA YOLANDA VILLAVICENCIO MAPY

16

DIPLOMACIA COMUNITARIA Y HOJA DE COCA

MAURICIO JARAMILLO JASSIR

28

LA DIPLOMACIA CULTURAL COMO ESTRATEGIA DE ESTADO:

COCA Y PODER SIMBÓLICO

CATALINA CEBALLOS CARRIAZO

42

LA HISTORIA SECRETA DE LA COCA

WADE DAVIS

62

NI CONTIGO NI SIN TI

LA TRAGEDIA DE LOS CULTIVOS ILÍCITOS EN COLOMBIA

FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN

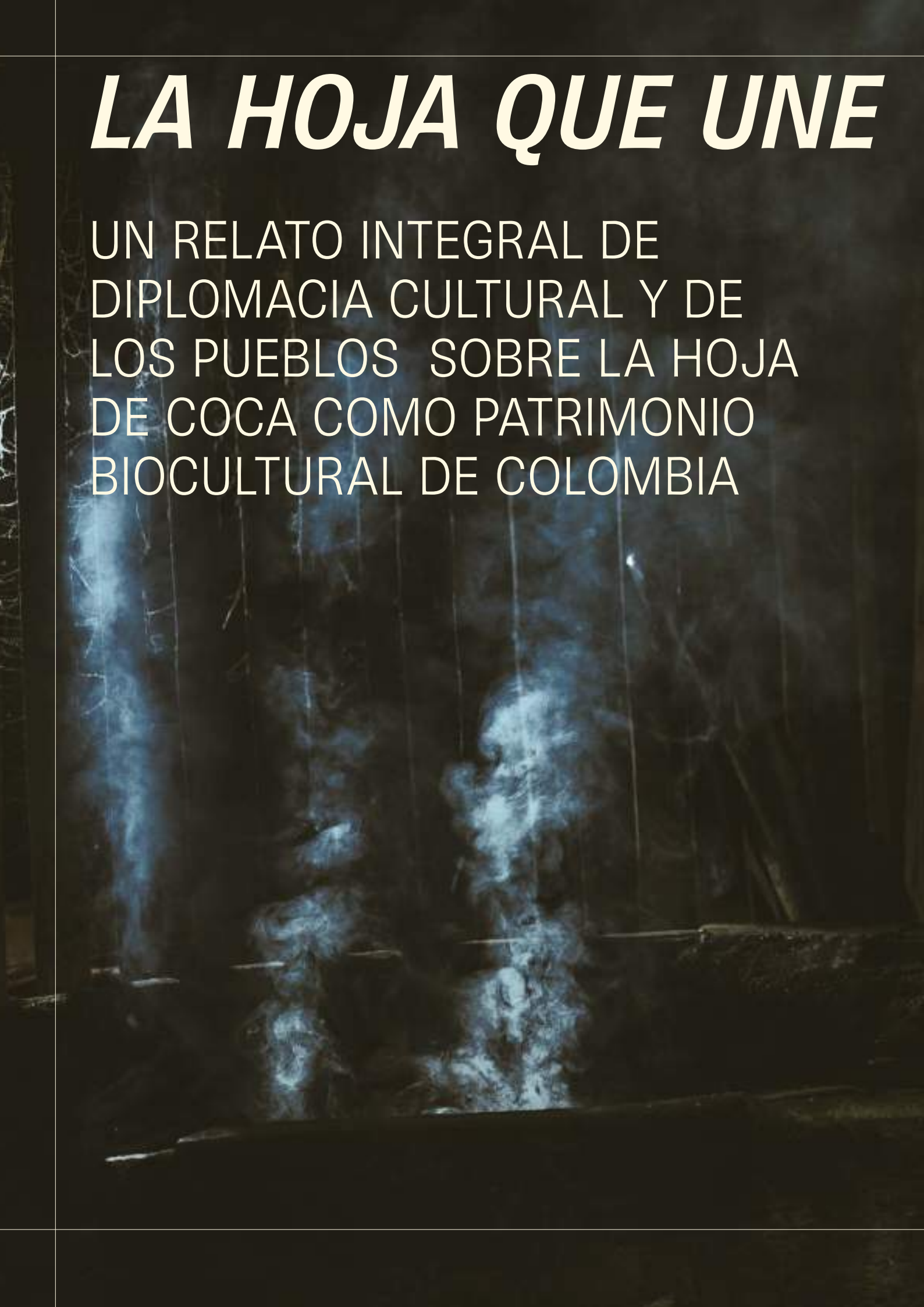
74

AMOR A LA COCA, PAZ CON LA COCA

ANTHONY HENMAN

LA HOJA QUE UNE

UN RELATO INTEGRAL DE
DIPLOMACIA CULTURAL Y DE
LOS PUEBLOS SOBRE LA HOJA
DE COCA COMO PATRIMONIO
BIOCULTURAL DE COLOMBIA





ROSA YOLANDA VILLAVICENCIO MAPY

Ministra de Relaciones Exteriores de Colombia





Desde el Ministerio de Relaciones Exteriores nos complace presentar esta publicación, que esperamos sea al mismo tiempo un objeto simbólico y un portavoz elocuente para promover e interpelar un diálogo que se inscriba en los debates actuales sobre la resignificación de la planta de coca, su justo posicionamiento en nuestro proyecto de nación y la superación del estigma y el desconocimiento de un arbusto que ha sido objeto de criminalización y disputas geopolíticas, económicas y culturales.

La publicación contiene, en un estuche/maloca, tres libros compuestos por textos iluminantes que reflejan miradas diversas, narran experiencias humanas profundas y expresan posiciones críticas, con un claro sentido de equidad y justicia social alrededor de la hoja de coca y los grupos humanos que la cultivan y consumen con devoción y sin perjuicio alguno para su salud.

La hoja que une es el nombre que le hemos dado a este objeto editorial, que hace parte de la estrategia de diplomacia cultural del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, para invitar a la comunidad internacional y a la opinión nacional a reflexionar —desde una mirada descolonizadora y desestigmatizante— sobre esa planta maestra o sagrada que originalmente es reconocida en Colombia con otros nombres ancestrales —*mamacoca*, *kinthu*, *ayu*, *esh's*, *jibina*...— y que enraiza sistemas de conocimientos, espiritualidad y resistencia no solo dignos de (re)conocer y celebrar, sino necesarios para alcanzar otras maneras de relacionarnos con el mundo natural y de gestionar las emociones y los conflictos que abruman a los individuos y a las comunidades contemporáneas.

Los tres libros que usted encontrará dentro de esta caja se organizan alrededor de tres ejes temáticos complementarios y destinados a aproximarse a la planta de coca desde la política exterior (libro 1), las culturas, saberes y artes que la configuran como patrimonio de los pueblos (libro 2) y la ciencia y los usos potenciales que señalan caminos para redefinir su futuro (libro 3).

La hoja que une invita a quien la lea y explore a comprender y salvaguardar la planta de coca, a través de voces que desde hace décadas nos interpelan con ese propósito en otros acentos, como las de Wade Davis y Anthony Henman. O a través de voces que hablan las lenguas ancestrales de los territorios, como las de Seykingumu Osorio en la Sierra Nevada de Santa Marta; Juan Gittoma y otros cuatro sabedores de la Gente de Centro en el Amazonas; Edwin Agudelo, en la Orinoquia; y Herney Ruiz y Anyi Ballesteros en el Cauca. Voces que hablan desde la etnobotánica, como las de Óscar Pérez y Dora Troyano. Voces que nos hablan de la hoja de coca como alimento, como las de Carmen Posada y Enrique González Ayerbe. Voces que hablan desde la Academia, como las de Francisco Gutiérrez Sanín y

María Alejandra Vélez. Voces que recogen la experiencia y las obras de Miguel Ángel Rojas, Tatiana Arocha, Wilson Díaz y otros once artistas, que trabajan desde y con la planta de coca y son convocados en el texto de Laura Zarta.

Voces, en fin, que se suman a las que desde el Ministerio de Relaciones Exteriores han tomado la iniciativa de proponer ante el comité técnico de Patrimonio Colombia el reconocimiento de las tradiciones y las prácticas culturales alrededor de la planta de coca como patrimonio biocultural y biodiverso, de tal manera que se permita incluirlas en la Lista de Buenas Prácticas de Salvaguardia y proteger sus saberes asociados; voces como las de la Embajadora y líder arhuaca de Colombia en Bolivia, Elizabeth García Carrillo, y la del Viceministro Mauricio Jaramillo Jassir.

La lectura de la publicación está simbólicamente precedida y acompañada por las imágenes de tres fotografías y artistas del Amazonas: Jorge Panchoaga y Andrés Cardona (fotógrafos) y Aimema Úai (artista); por las imágenes de dos ávidos investigadores y exploradores de otros territorios ancestrales de la coca: Stephen Ferry (Sierra Nevada de Santa Marta) y Nadège Mazars (Cauca); y por el archivo que ha ido componiendo Agroarte así como la experiencia creativa de la Alianza Coca para la Paz, también en el Cauca.

Esta publicación y las demás estrategias de diplomacia cultural a las que se integra no son un paso aislado, sino una acción coherente con los múltiples esfuerzos realizados durante este Gobierno para desarrollar un nuevo enfoque frente al problema global de las drogas. Estos esfuerzos ya han comenzado a brotar frutos. Un ejemplo reciente se dio en la 68.^a sesión de la Comisión de Estupefacientes de Naciones Unidas. En ella, a iniciativa de Colombia, se aprobó la conformación de un panel de alto nivel de expertos que analice el régimen global de drogas y haga recomendaciones para producir mejores resultados. La refiguración de la hoja de coca desde una mirada incluyente y humana es otro importante paso en este camino. Como señala Wade Davis:

🌿 **Negar a los pueblos indígenas de los Andes el acceso a la coca [...] no es análogo a prohibir la cerveza en Alemania, el café en Medio Oriente o el consumo de betel en India: son actos de genocidio cultural, el último asalto de un choque de civilizaciones que comenzó hace 500 años con la conquista española. (Libro 1)**

En el primer libro, el profesor Francisco Gutiérrez Sanín devela décadas de políticas fallidas de guerra contra las drogas, mientras que Mauricio Jaramillo Jassir invita a reflexionar, desde una mirada contemporánea acorde con los movimientos sociales del siglo XXI, sobre el sentido de esas políticas en términos de cartografías del poder, derechos humanos y estigmatización de los Pueblos Indígenas y el campesinado, y aboga por una diplomacia descentralizada que recoja los saberes, reivindicaciones y exigencias de los territorios.

Todas las voces reunidas en estos tres libros reiteran el *leitmotiv* de esta publicación: la urgente necesidad de desclasificar la hoja de coca de la Lista de la Convención Única de 1961, para reparar un error histórico de raíz colonial y racista, y abrir el camino hacia su regulación justa, responsable y sostenible.

Además de ser un objeto simbólico, este libro es también una herramienta de política exterior, que nos invita a repensar la importancia y la incidencia de la cultura en las discusiones multilaterales y bilaterales. La cultura, en este sentido, es una forma de diplomacia sosegada, profunda y transformadora.

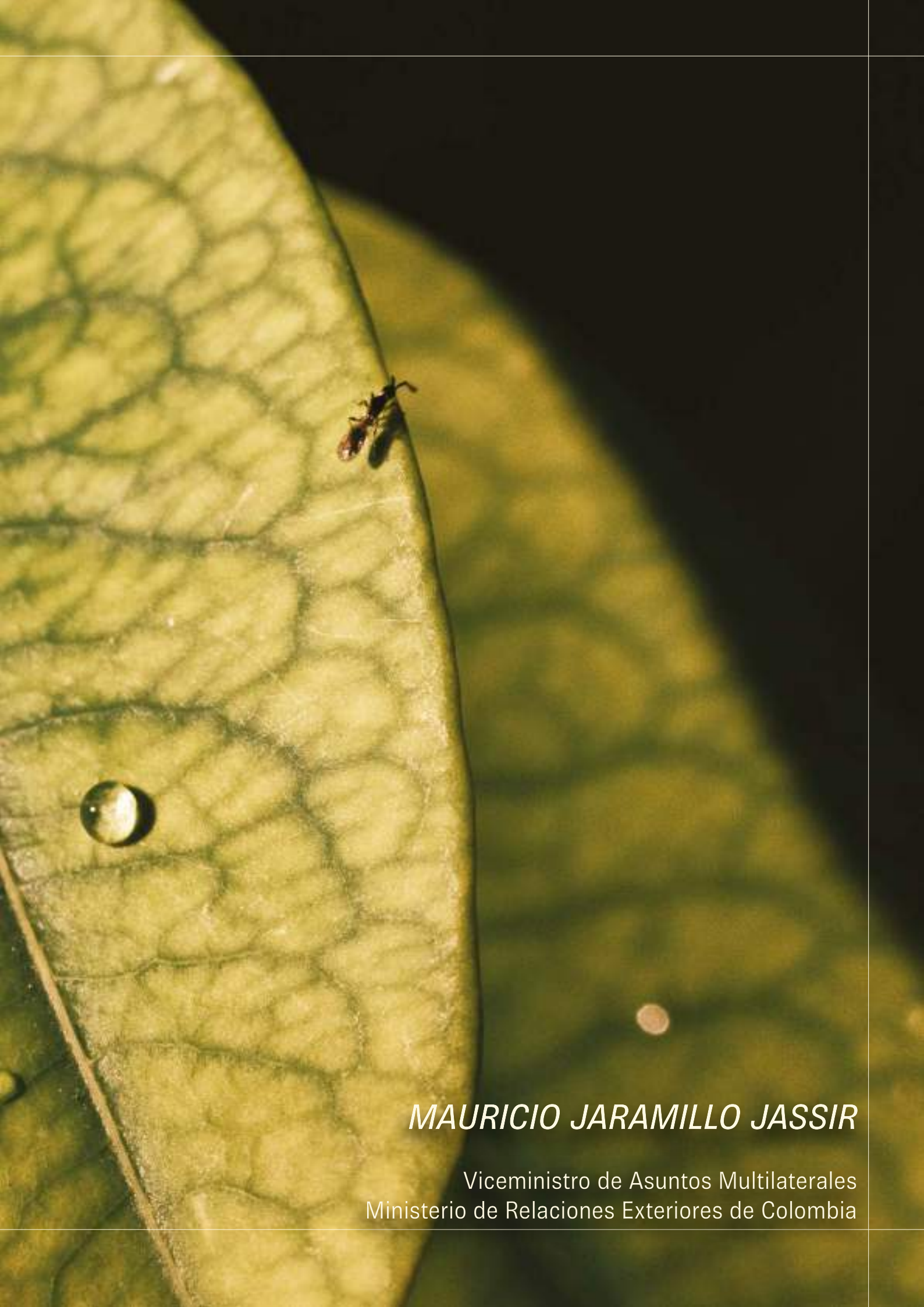
Por eso hemos pensado cuidadosamente en cada detalle de esta publicación: su concepto editorial, la curaduría de sus voces, el cuidado de los textos, la narración en imágenes que los acompañan, las fuentes, los colores, el peso de cada hoja. Y nos enorgullece haber trabajado en conjunto con el equipo de trabajo del Instituto Caro y Cuervo —convocado por su directora, Daniella Sánchez Russo—, una institución cuya reputación trasciende los estrados de la lingüística y la investigación, en un proyecto del Gobierno de Colombia para el mundo: para el que ya considera que hay formas de habitar el planeta, distintas de la que se consideraban únicas o moralmente mejores, tanto como para el mundo que sigue sentado en esas hegemónías difíciles de desmontar.

Leer este libro es, por tanto, una invitación a “endulzar la palabra” en torno a la hoja de coca, a encontrar en sus páginas sus antiguos nombres, y hallarlos ligados a otros sistemas de conocimiento y a otras experiencias de convivencia con todo lo vivo; es una invitación a unirnos íntimamente en una reflexión a muchas voces que nos lleve de la criminalización de una planta sagrada, convertida en “la mata que mata”, a la reparación y desestigmatización de *la hoja que une*. No otro sentido tienen las palabras mayores del sabedor Manuel Zafiamá Casiaño, del Pueblo Uitoto, con las que queremos que comiencen a explorar estas páginas:

- 🌿 Yo personalmente, como autoridad, como mayor, quiero decir que esta planta es parte de nuestro origen, de nuestro comienzo, que por eso nos deben respetar esta planta de alta importancia, que es *jibina*, desde lo propio. La palabra “coca” no es de nosotros; esa palabra ya tiene otro sentido. No sé quién se lo puso, pero [...] si se piensa que la *jibina* como planta no sirve, pues eso quiere decir que nosotros no somos nada como indígenas, pues somos los que la utilizamos. Para decir esto también la utilizamos. (Libro 2)

DIPLOMACIA COMUNITARIA Y HOJA DE COCA





MAURICIO JARAMILLO JASSIR

Viceministro de Asuntos Multilaterales
Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia





Durante años el Estado colombiano ha constatado el fracaso de la llamada guerra contra las drogas. La estrategia prohibicionista, centrada en la reducción drástica de la oferta, ha dejado al desnudo que mientras en el Sur Global los países emprenden agotadores e infértiles esfuerzos y pagan los costos más altos, el consumo en el Norte Global se ha expandido no solo en términos de alcance, sino en la aparición de drogas sintéticas de consumo recreativo. La paradójica situación pone de manifiesto varios aspectos: la asimetría a la hora de encarar responsabilidad y asumir compromisos; el anacronismo de categorías como “países consumidores” *versus* “países productores”; la securitización de las drogas¹; la persecución implacable a los eslabones más débiles de la compleja cadena de producción, distribución y consumo —al tiempo que sobresale la condescendencia frente a fenómenos conexos como el blanqueo de activos o la comercialización de precursores químicos—; y, por supuesto, el señalamiento de la hoja de coca sin distinguir sus usos tanto ancestrales como industriales, que no tienen relación con los abusos en el consumo.

En resumidas cuentas, la “guerra contra las drogas” —que debería ser contra su abuso y no plantearse en términos bélicos, sino desde una aproximación compatible con los derechos humanos— se ha llevado a cabo no solo con acciones, sino con una gramática que ha conducido a la estigmatización en varios niveles: hacia los Estados andinos, que han tenido que cargar con la etiqueta de “productores” y han visto condicionada su inserción en el sistema internacional a la dinámica del mercado de las drogas; hacia algunos gobiernos, que buscaron esquemas alternativos y fueron acusados de cohonestar con el narcotráfico; hacia los movimientos sociales, que han abogado por una producción en los márgenes de la sobredimensionada “legalidad”; y hacia los Pueblos Indígenas, cuya situación histórica de exclusión en algunos casos se acentuó en medio de la ofensiva contra los cultivos denominados “ilícitos”.

Este ha sido el mapa trágico de un esquema prohibicionista que ha convertido los planes para controlar el abuso de las drogas en acciones que hoy resultan incompatibles con los derechos humanos. La llamada guerra contra las drogas ha tenido además, como resultado patético, las campañas injerencistas en las que la militarización ha convertido en campos de guerra las selvas de la zona andina, principal productora de hoja de coca en el mundo. El propósito central de esta reflexión consiste en poner de manifiesto las principales razones por las cuales Colombia debe avanzar en una diplomacia que responda a los intereses de los pueblos que han sido víctimas de los excesos en nombre de dicha confrontación. No basta con agitar la bandera de la corresponsabilidad o responsabilidad compartida²; hay que pensar en la inaplazable batalla cultural para entender los usos ancestrales y la necesidad de concretar la promesa de 1991 de descentralizar la política exterior. No hay mejor forma de

1 La securitización consiste en incluir un problema dentro de la esfera de las amenazas, por medio de actos discursivos inscritos en la intersubjetividad, con el fin de justificar medidas extremas para su combate (Buzan et al., 1998, p. 132).

2 El principio de responsabilidad compartida o corresponsabilidad surgió en los años noventa para enfatizar la necesidad de que los países del Norte Global con mayores niveles de consumo asumieran tareas y misiones proporcionales a esas dimensiones. Era una manera de aliviar la carga que habían asumido los mal llamados “países productores”. Recientemente, la categoría “productor” *versus* “consumidor” se ha venido alterando, pues existen incrementos sustanciales de consumo y producción sin distinción.

alcanzar ese objetivo injustificablemente aplazado que apuntar por una *diplomacia comunitaria cultural* que integre las visiones de sus pueblos sobre un tema en el que las imposiciones dadas desde el Norte Global han sido, hasta ahora, común denominador.

LA MORAL, BASE DE LA GUERRA IDEOLÓGICA

El discurso que tiene como principal fundamento la palabra “guerra” se inaugura en Estados Unidos, en tiempos de Richard Nixon, a comienzos de la década de los setenta. Este fue un momento revelador, ya que el mundo se encontraba en plena Guerra Fría, en medio de un enfrentamiento indirecto entre Washington y Moscú en escenarios terceros. En plena tensión bipolar, el entonces presidente catalogó a las drogas como enemigo público número uno (Vulliamy, 2011), lo que sugiere la relevancia que se le pretendía otorgar al tema. Así, la ofensiva contra los narcóticos se elevaba casi a la misma categoría de la “contención del comunismo”; y ambas sirvieron como pretexto para todo tipo de intervenciones en los países del entonces llamado “Tercer Mundo”, hoy Sur Global.

En la región andina, los ejemplos de una política de estigmatización basados en la moral no han sido pocos ni aislados. La historia boliviana es rica en la materia y ofrece lecciones que deben servir para entender los riesgos. El mapa productivo de esta nación se vio profundamente alterado con la aparición de la cocaína en el mercado estadounidense, que coincidió con la caída de los precios del estaño. Esto provocó la salida de trabajadores de las minas para dedicarse al cultivo de coca, cuya rentabilidad ya era estimable para la década.

En la década de los noventa, Bolivia apostó por una campaña de desestigmatización de la hoja de coca que difundía sus comprobados usos ancestrales e industriales, estos últimos mucho más contemporáneos. El gobierno de Jaime Paz Zamora (1989-1993) lanzó el célebre eslogan “coca no es cocaína”, retomado después en otras esferas andinas.

🌿 [...] en el siglo pasado, el papa León XIII consumía regularmente la Coca Mariani, vino tónico [preparado con] la coca del Perú, “para apoyar su ascético retiro”, y el médico corso Angelo Mariani se convertía en el comprador europeo más importante de hojas de coca, para fabricar productos como el Té Mariani, las Pastas Mariani y las Pastillas Mariani, que llevaban en la etiqueta la efigie de Su Santidad. //

La opinión norteamericana fue decisiva en este proceso. ¿Pero qué hizo que EEUU radicalizara las políticas de control de las drogas? Hay que pensar que George Washington y Jefferson cultivaban y consumían marihuana, y este último dijo: “Si el Estado tuviera que prescribir sus medicinas y sus alimentos a los ciudadanos, nuestros cuerpos se encontrarían en un estado tan lamentable como se encuentran ahora, después de milenios de despotismo, nuestras almas”. Dos siglos después, hubieran terminado en la cárcel. (Paz Zamora, 1993, pp. 168-172)

La trayectoria que condujo a la estigmatización de la hoja de coca se puede rastrear desde inicios del siglo pasado, en términos cronológicos, y desde el Norte Global, en términos de cartografía del poder. Esta última constante sugiere que el proceso solo se entiende a partir de la correlación de fuerzas abismalmente en favor de las grandes potencias con vocación mesiánica y universalista (las de Occidente), sumada a una estructura colonial en la que impera el orden cultural centro-periferia (Amin, 1974, p. 9).

En 1914 Estados Unidos proscribió la venta del clorhidrato de cocaína; en 1948 el Consejo Económico y Social de la ONU sugirió la eliminación gradual del mascado de la hoja de coca; en 1961 la Convención de Viena incluyó la coca en la lista de sustancias psicotrópicas; y en los años ochenta vendría el gran punto de inflexión, con una ofensiva militar en contra de la producción de la planta de coca (Paz Zamora, 1993, p. 170).

Así pues, “coca no es cocaína” se convirtió en el eslogan para hacer entender que se estaba castigando a los llamados “países productores” y que era necesario un cambio de paradigma. Esto alcanzó a tener algunos visos de éxito. La OMS emprendió el “Proyecto Cocaína”, en el que quedó de manifiesto que “el consumo de hojas de coca no parece provocar efectos negativos sobre la salud y, en cambio, posee una función terapéutica, ritual y social positiva en las comunidades indígenas andinas” (Chulver Benítez y Sáenz, 2021, p. 9), sin embargo, la presión estadounidense hizo que el estudio jamás tuviera un impacto real y sus hallazgos no fueran tomados en cuenta.

La respuesta de Estados Unidos fue tan relevadora como errática: el presidente boliviano fue acusado de complacencia con el narcotráfico y le fue retirado su visado para el ingreso a ese país, pues Washington recurrió a la falacia de denunciar sus supuestos vínculos con los carteles.

El final de la década de los noventa estuvo marcado por una ofensiva contra el narcotráfico sin antecedentes en la zona andina, con resultados como un costo altísimo en materia de derechos humanos y estigmatización del campesinado; aumento de consumidores; reducción del precio en el mercado en las grandes capitales del Norte Global; y represión al campesinado. En Bolivia, el gobierno de Hugo Banzer (1997-2001) inició su propia guerra contra las drogas bajo la etiqueta de “Plan Dignidad”, con el apoyo de Washington. El balance fue más que opaco: durante las protestas que se generaron entre septiembre y diciembre de 2001, diez campesinos fueron asesinados como producto de la represión, y más de 350 resultaron heridos. El segundo país más pobre de América Latina, después de Haití, perdió anualmente 500 millones de dólares, por cuenta de la erradicación forzada, mientras estuvo en marcha la iniciativa (Ledebur, 2022).

Luego de la ofensiva militar vino un agresivo discurso, tal vez el más incidente en términos de estigmatización. Estados Unidos se encargó de proyectar la imagen de que aquellos políticos o líderes que promovían un enfoque alternativo al problema estaban vinculados con el terrorismo. Para entender el contenido y alcance de estas declaraciones es importante tener en cuenta el contexto posterior a los atentados del 11 de septiembre de 2001. El esmero de varios Estados por asociar terrorismo y narcotráfico se intensificó. A comienzos de los 2000, cuando Evo Morales hacía sus primeros movimientos para dar el salto de líder cocaleño a diputado y posteriormente a candidato presidencial, las acusaciones en su





contra y las advertencias desde el Departamento de Estado se multiplicaron. Así lo recuerda el hoy ex presidente boliviano y primer indígena en ocupar ese cargo:

🌿 **Terroristas... Para el imperio, ¿quiénes son los terroristas? Los movimientos sociales. Yo me acuerdo en 2002, el embajador de Estados Unidos, Manuel Rocha, dijo “no voten por Evo Morales, Evo Morales es un Bin Laden andino y los cocaleros los talibanes”, “no voten así, si votan por Evo no va a haber cooperación e inversión”. (Duarte, 2022)**

Ahora bien, no es que Estados Unidos hubiese impuesto a la fuerza esta narrativa. En estricto sentido, se trata de un mecanismo discursivo que contó no solo con la aquiescencia de varios políticos y gobiernos de la zona andina y en general latinoamericana, sino con su activa participación en una dinámica que podría catalogarse como intersubjetiva. El ejemplo de Hugo Banzer en el que se criminalizó a los cocaleros es revelador, pero único.

Colombia es tal vez el ejemplo más paradigmático: el Plan Colombia fue una iniciativa aparentemente similar a la estrategia liderada por el ex dictador boliviano, pero diferenciable en aspectos clave. Dicho plan fue ideado por Andrés Pastrana (1998-2002) como candidato, planteando una suerte de Plan Marshall a la colombiana, es decir, un programa de reconstrucción en el marco del posconflicto. Pastrana estaba seguro de poder firmar la paz en un tiempo relativamente corto. Valga recordar que fue elegido, para muchos, gracias a la foto en la que aparecía reunido con los principales líderes de las FARC en las selvas colombianas, lo que impuso la imagen de que era el candidato con más chance de sellar una paz definitiva. Sin embargo, una vez el candidato llegó a la presidencia, y evidenciadas las dificultades del proceso de paz con las FARC, el Plan Colombia pasó de ser una ambición de reconstrucción en el marco de la paz a una estrategia de fortalecimiento del Estado que, en la práctica, significaba robustecer la capacidad militar. Pastrana había defendido la tesis de que conflicto y narcotráfico eran fenómenos disociables, pero una vez rotos los diálogos con la guerrilla abrazó la idea de la concomitancia.

Con Álvaro Uribe (2002-2010), Colombia buscó consolidar la idea de que narcotráfico y terrorismo eran uno solo, y se dispuso a poner en la misma sintonía la lucha antiterrorista interna con la denominada guerra global contra el terrorismo. Entonces, el país dejó atrás cualquier posibilidad de encontrar una salida al problema de las drogas, negociada con el campesinado, y se entregó a la posibilidad de que las FARC fuesen consideradas internacionalmente como un cartel. Por eso, no es extraño que en uno de los periodos de mayor autoritarismo en la contemporaneidad colombiana no hubiese ningún margen para flexibilizar la lucha antinarcóticos y pasar de un esquema moral represivo, centrado en la reducción de la oferta, a uno basado en la evidencia científica y respetuoso de las trayectorias culturales de los Pueblos Indígenas. En los ocho años de gobierno de Álvaro Uribe y en los cuatro de Iván Duque (2018-2022) se pudo comprobar que no es cierta la idea generalmente aceptada de que el prohibicionismo y la estigmatización de las plantas que sirven de materia prima para algunas drogas de uso recreativo sean solo una imposición del Norte Global. Como lo advirtió Arlene Tickner (2007), la intervención se hace también “por invitación” (p. 90); el establecimiento de los Estados llamados “productores” se demostró incluso más inflexible que algunos círculos liberales y demócratas en Estados Unidos, muy críticos de los enfoques punitivistas y belicosos.

La llegada del primer gobierno progresista en la historia de Colombia supuso cambios estructurales en su política exterior. Si bien el país había tenido asomos de críticas al régimen de drogas, en especial durante el gobierno de Ernesto Samper Pizano, ello fue interrumpido por el autoritarismo en la era Uribe Vélez y Duque. Con Juan Manuel Santos (2010-2018), el país se mostró crítico, pero sin llegar a condenar de manera tajante la guerra contra las drogas y sin exponer con vehemencia sus impactos negativos sobre el medio ambiente. Con Petro, el país dijo con claridad que las estrategias para abordar el fenómeno de las drogas debían considerar y adecuadamente atender esos impactos y concatenarse con la defensa de la biodiversidad. Pero allí no se detuvo. En una muestra de concreción de medidas para empujar un enfoque alternativo basado en evidencia científica y no en presupuestos morales de imposible comprobación, el país presentó, en el 68° periodo de sesiones de la Comisión de Estupefacientes de Naciones Unidas en Viena, una resolución, adoptada con un significativo apoyo, convocando un panel de expertos independientes que formulará recomendaciones concretas para mejorar la implementación de los tratados internacionales sobre drogas y sus compromisos políticos asociados. Estas recomendaciones permitirán proyectar las líneas base de una revisión al régimen actual que, tal como ocurre con el calentamiento global, esté basado en la ciencia y tenga en consideración los aspectos culturales en la siembra y el consumo ancestrales.

Colombia ha centrado su política exterior no solo en su vocación latinoamericanista, sino ubicándose en las coordenadas del Sur Global. Durante años, varios gobiernos se alinearon con los intereses del Norte Global y más concretamente de Washington. De manera inexplicable, y contraviniendo su tradición de respeto irrestricto del derecho internacional y los principios de la posguerra, el país apoyó las invasiones a Irak y Libia (Uribe y Santos), siendo casi una de las excepciones deshonrosas en la zona. Se llegó a votar en contra de la autodeterminación del pueblo palestino durante varios años, y se ensanchó a tal punto la alianza con el Norte que se concretó una asociación con la OTAN, difícilmente compatible con la tradición pacífica latinoamericanista inscrita en la Constitución del 91. Y en el tema de drogas se optó por un enfoque más parecido al del ambiente político de los Estados Unidos en los setenta, en pleno macartismo, que por uno acorde a las circunstancias históricas y sociales del país. En resumidas cuentas, Colombia se acostumbró a renegar de su posición como Estado latinoamericano, y el país ha sido adjetivado, según el momento, como “del Tercer Mundo”, “subdesarrollado”, “en vías de desarrollo”, y ahora del Sur Global. Únicamente la llegada de un gobierno progresista lo ubicó en su posición natural, de cara a la política internacional.

Este gobierno ha dicho de forma expresa no solo que la guerra contra las drogas es un fracaso, sino que ha insistido en la necesidad de revisar la clasificación actual de la hoja de coca en las listas de sustancias altamente controladas en el régimen internacional de fiscalización de drogas, a través de un proceso científico que se lleva a cabo ante la oms. A su vez, se está transitando de la odiosa fórmula de “la mata que mata” a la búsqueda por su patrimonialización, una deuda histórica con las comunidades que se han acostumbrado a resistir y a contener un centralismo alimentado de racismo y clasismo.

La patrimonialización de la hoja de coca es una de las rutas más justas para deshacer años de securitización, en el abordaje del abuso en el consumo de drogas recreativas. Implica devolverles a los Pueblos Indígenas la posibilidad de cultivar, consumir y proteger una hoja que, de forma arbitraria y en un supuesto contexto democrático, ha sido dotada de sentidos que nada tienen que ver con la historia de estos pueblos. El reto consecuente consiste en abrir la puerta para una diplomacia que se *descentralice* y *desconcentre*. Que se *descentralice*, en tanto trata de recoger de los territorios las expectativas sobre política exterior, en una relación que no vaya desde el (los) centro(s) hacia la(s) periferia(s), sino a la inversa, ubicando a los territorios en el epicentro de la toma de decisiones en materia diplomática: una de las tantas promesas de la Constitución del 91, desatendidas por los diferentes gobiernos colombianos, acostumbrados a ver en la carta magna un catálogo de garantías y derechos deseables en la retórica, pero de imposible concreción. Que se *desconcentre*, en tanto trata de entender que, si bien la diplomacia reposa en los canales formales de los que dispone el Estado para el relacionamiento exterior, la gobernanza es tan necesaria como ineludible. Esto quiere decir que en la gestión de la política exterior convergen empresarios, sindicatos, organizaciones sociales, academia y gobiernos locales. Esta lógica opera de forma clara para la gestión internacional de los asuntos relacionados con las drogas: no se pueden hallar salidas sin la concurrencia de esta diversidad de actores.

En pleno siglo xxi, en Colombia, no fueron pocos los sectores que protestaron cuando, por primera vez, una indígena representaría al país frente a la sede principal de las Naciones Unidas. Transcurridos más de treinta años del establecimiento de la actual Constitución, la sociedad todavía no parece entender los retos de la plurinacionalidad, aunque varios sectores hacen alarde de su disposición a aceptarla en las márgenes estrechas del derecho como letra muerta, pero jamás en la práctica. Los diplomáticos deben llevar a la práctica una diplomacia que recoja los saberes, reivindicaciones y exigencias de los territorios. Esta política exterior desde la periferia hacia el centro, horizontal, popular, legalista y que entiende las trayectorias de los pueblos del Sur Global como indisociables de la colonización, es lo que se debe entender como *diplomacia comunitaria*. La defensa de la hoja de coca desde un enfoque que responda a los intereses de nuestros pueblos, desoídos durante años, debe convertirse en una política de Estado; ya no se trata de un propósito pasajero, sino de entender desde el cosmopolitismo fenómenos complejos como el de las drogas.





REFERENCIAS CITADAS

- Amin, S. (1974). Accumulation and Development: A theoretical model. *Review of African Political Economy*, 1, 9-26.
- Buzan, B., Waever, O. y De Wilde, J. (1998). *Security: A New Framework for Analysis*. Lynne Rienners.
- Chulver Benítez, S. y Sáenz, J. (2021). *Hoja de coca: antecedentes y perspectivas para su exportación*. Fundación Acción Semilla.
- Duarte, A. (2022, septiembre 20). "Hay una rebelión democrática en toda América Latina y el Caribe": Evo Morales. *Council on Hemispheric Affairs*.
- Ledebur, K. (2002). Coca y conflicto en El Chapare. *Washington Office on Latin America*.
- Paz Zamora, J. (1993). La diplomacia de la coca. *Nueva Sociedad* (124), 168-172.
- Tickner, A. (2007). Intervención por invitación: claves de la política exterior colombiana y sus debilidades principales. *Colombia Internacional*, 90-111.
- Vulliamy, E. (2011, julio 24). Nixon's war on drugs began 40 years ago, and the battle is still raging. *The Guardian*.

LA DIPLOMACIA CULTURAL COMO ESTRATEGIA DE ESTADO:

COCA Y PODER SIMBÓLICO



A close-up, low-angle photograph of a hand holding a cigar. The hand is positioned diagonally across the frame, with the fingers gripping the cigar. The skin is a warm, golden-brown color, and the texture of the hand is clearly visible. The cigar is dark and appears to be wrapped in a textured material. The background is dark and out of focus.

CATALINA CEBALLOS CARRIAZO

Antropóloga
Directora de Asuntos Culturales
Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia



MAMBLEAR: VISIONES DE LA COCA

En el año 1983, el presidente Belisario Betancur firmó un decreto para crear el Comité para la Promoción de Colombia en el Exterior. En ese entonces, no existían la diplomacia cultural ni ProColombia. Hoy, cuarenta y dos años después, nos propusimos resignificar, hacer un giro radical y necesario: decidimos que la promoción de Colombia sea una tarea, como está estipulado, de ProColombia, mientras nosotros, desde la Cancillería de Colombia, nos encargamos de gestionar, coordinar y dirigir las iniciativas de diplomacia cultural, en el ámbito bilateral y multilateral, a través de diversas acciones relacionadas con el patrimonio, las artes, la cultura, la educación, la ciencia y el deporte. Entendemos y afirmamos que la diplomacia cultural es un diálogo, un espacio de encuentro mutuo, de creación colectiva, de intercambio de valores e ideas para propiciar el entendimiento entre países.

Por eso, desde una perspectiva que no es representativa de una hegemonía cultural ni eurocentrista, trabajamos por asegurar que las relaciones internacionales cuenten con la cultura como un garante, un mediador que podrá aportar insumos para interpelar y concertar acuerdos que garanticen una mirada sobre Colombia más cercana a su realidad. En este orden de ideas, no se trata de aplicar el concepto de “poder blando”, porque no es blando el poder de la cultura: se trata de lograr más representatividad, de la inclusión de nuevos actores y redes, y de la apertura a otros temas, como la transición energética, la crisis climática y la desestigmatización de la hoja de coca.

De allí, justamente, surge esta publicación: un objeto editorial, pensado y construido desde las necesidades de política exterior de la Cancillería —como es el retiro de la hoja de coca de la lista de sustancias ilícitas, o al menos su reclasificación—, en convenio con el Instituto Caro y Cuervo, que procura ser un vehículo, un instrumento para conversar sobre la mata de coca, que invite a otras reflexiones, a plantearse otros paradigmas. Invitamos a hacer una lectura sesuda y desapasionada en torno a la idea de la hoja de coca como una *hoja que une*. Ojalá que para muchos sea disruptiva. No se trata simplemente, como nos enseñaron en el método socrático, de que estos textos inviten a hacerse otras preguntas (que, en efecto, surgirán): esperamos que en estas páginas encuentren respuestas que resuelvan problemas y prejuicios en torno a la planta.

La diplomacia cultural interpela y plantea una mirada transgresora a través de las artes y sus expresiones, de las prácticas culturales, de las reflexiones sobre el patrimonio: su restitución, su repatriación y su custodia. Por su lado, las conversaciones de carácter académico proponen antagonismos; por eso, también dentro de nuestra estrategia de diplomacia cultural, incluimos el debate sobre temas de actualidad, desde la visión creativa de artistas, escritores, músicos y reconocidos académicos. Somos conscientes de que, en particular, las expresiones artísticas y los espacios dispuestos para ellas —como galerías, cines, teatros— se gestan gracias a decisiones históricas. Son espacios de representación, de insinuación. Este espacio para la lectura que, con conciencia absoluta decidimos que

fuera un objeto que atrajera la mirada, un objeto de deseo, es una posibilidad inédita de encontrarse con otras formas históricas de ver el mundo, el mundo de la planta de coca, desde sus usos medicinales y ancestrales.

Esta resignificación no es un gesto superficial. Es parte de una estrategia estatal, profundamente política y cultural, que entiende que la diplomacia no solo se juega en cancillerías o cumbres multilaterales, sino también en cocinas, ferias del libro, exposiciones de arte y encuentros de saberes entre los pueblos. Esta publicación es reflejo de ello, es desde esta óptica que consideramos que la hoja de coca se revela como un instrumento de diálogo intercultural, de justicia histórica y de visibilización de los territorios que han sido históricamente marcados por la violencia y el abandono del Estado.

Son los campesinos, las comunidades afrodescendientes, el pueblo Rrom y, por supuesto, los 115 Pueblos Indígenas de Colombia, quienes han sido históricamente olvidados, subestimados, marginados y empobrecidos. Su exclusión no es casual ni reciente: responde a un colonialismo persistente, que se disfraza de neutralidad y que ha trivializado su existencia y su palabra.

Hablar de la hoja de coca desde el Ministerio de Relaciones Exteriores implica, sin duda, abordar temas estratégicos, como las políticas globales de drogas, la migración, la seguridad y la defensa. Pero cometeríamos un grave error si no ampliáramos el horizonte de la mirada: desestigmatizar la hoja de coca es también desestigmatizar a los pueblos que la cultivan, la conocen y la defienden como parte de su identidad, su economía y su espiritualidad.

Ambientar conversaciones a través de la estrategia de diplomacia cultural —con objetos como esta publicación o en exposiciones como *Mambear* en Madrid o la gira de *Oro y hoja de coca*— busca reivindicar el derecho a la autodeterminación, como un reclamo por la soberanía cultural, territorial y política dentro de marcos multilaterales y bilaterales. Pero quisiera ir más allá: la diplomacia cultural hace y debe hacer parte de grandes decisiones en todos los campos; por eso aspiramos a que nuestras acciones promuevan el diseño de políticas públicas que no solo procuren el reconocimiento simbólico, sino la creación de instrumentos jurídicos vinculantes y una participación efectiva en la toma de decisiones globales, por ejemplo, en relación con el cambio climático, la biodiversidad, la propiedad intelectual y el patrimonio.

No desconocemos las tensiones que surgen entre el Estado y los Pueblos Indígenas, que tienen el derecho a tener representación propia en la diplomacia cultural. Sin duda, esto genera fricciones entre uno y otros. Pero esperamos abrir una ventana para que también se abran puertas que nos lleven por otros caminos. La política pública es dinámica, tiene plasticidad. Tenemos una oportunidad y debemos aprovecharla. Tanto el Estado colombiano como los Pueblos Indígenas coincidimos en que la hoja de coca ha sido estigmatizada. Al decir estigmatizada, inmediatamente se piensa en el océano que separa a quienes creemos que así ha sido y quienes afirman lo contrario y piensan que la mata de coca es lo mismo que la cocaína. Pues bien, la diplomacia cultural se dirige también, con una propuesta estética y ética, a esa orilla de la argumentación. Por eso, este año 2025, con nuestra embajada en España hicimos *Mambear: visiones de la coca. Alimento, medicina, sacralidad y resistencia*, una muestra que ofreció una mirada integral sobre la hoja de coca







y su papel en el debate global sobre su reclasificación. Se trató de una exposición que permaneció 90 días en Madrid y que exploró el significado cultural, los usos medicinales y el simbolismo de la mata de coca. El objetivo era proyectar la imagen de una nación orgullosa de su herencia, mientras participa en debates globales. Fue en ese contexto en el que la entonces canciller, Laura Sarabia, tuvo la oportunidad de recordar los esfuerzos que Colombia y Bolivia adelantan para pedir que se revise la clasificación de la hoja de coca en las listas de sustancias de fiscalización internacional, afirmando que la ciencia demostrará que la coca no es nociva y que “la coca no es cocaína”.

Sabemos de facto que en las culturas andina y amazónica el arbusto de coca (*Erythroxylum coca*) ha sido parte de la vida diaria durante aproximadamente 8.000 años. Entre sus muchos nombres la llaman “Mama Coca”, porque la consideran parte de su linaje, representa un vínculo directo con la madre tierra y es invocada en los pueblos de los Andes en rituales como el *k’antu*, una ofrenda hecha con tres hojas perfectas. Muiscas, aymaras, quechuas, koguis, boras, huitotos y muchos otros Pueblos Indígenas mastican hojas de coca o la *mambean*, desde tiempos inmemoriales hasta hoy. La hoja se transforma en *mambe* (en polvo verde) y otorga a sus líderes el poder de la palabra para contar historias, “pensar bonito” y gestionar asuntos de interés comunitario. En sí misma puede ser considerada un instrumento de diplomacia indígena.

Se ignora —en ocasiones como una forma de hacer política y polarizar la opinión general— la importancia de la hoja de coca en la medicina tradicional indígena y en la producción de remedios naturales usados por generaciones. Por eso, la diplomacia cultural en torno a la hoja de coca lleva a otros umbrales la discusión: de una parte, pasa por este libro y la exposición *Mambear* en Madrid; pero también está en gira por varias de nuestras misiones en Europa la exposición *Oro y hoja de coca*, un proyecto conjunto con Artesanías de Colombia, que promueve, desata y propone conversaciones sobre el origen de la colección Quimbaya, cuyo retorno ha sido un interés prioritario para este gobierno, así como la restitución de otras piezas precolombinas. Lo que hacemos es poner otros conceptos en discusión, como la sabiduría y experticia de los antiguos habitantes del territorio colombiano en la transformación del metal en verdaderas obras de arte.

No es casual la relación entre el oro y la hoja de coca: es estructural, espiritual y política. Ambos elementos, el metal y la planta, fueron y siguen siendo símbolos de poder, mediación con lo sagrado, equilibrio territorial y estructura comunitaria para numerosos pueblos originarios del territorio. La exhibición propone una reflexión profunda sobre dos elementos que fueron sacralizados por las culturas ancestrales y brutalmente saqueados durante la colonia: el oro, convertido en botín imperial, y la hoja de coca, criminalizada y desplazada de sus usos rituales, medicinales y culturales.

En el marco de la diplomacia cultural, juntar el oro y la hoja de coca permite que quienes asisten a la exposición puedan recordar dos momentos neurálgicos en la historia de Colombia: el primero, durante la colonización, como símbolo del saqueo colonial y la explotación de los pueblos originarios; el segundo, en los siglos xx y xxi, caracterizado por la estigmatización y violencia, a pesar de su ancestralidad y valor cultural.





Durante siglos, el oro fue más que riqueza: fue arte, símbolo de poder espiritual y político, y parte esencial de los sistemas de conocimiento indígenas. Sin embargo, la codicia de la acción colonizadora desconoció y rompió aquellos sistemas simbólicos. Ese mismo fue el resultado de la acción del presidente Carlos Holguín Mallarino, cuando decidió “pagar” con el “tesoro” Quimbaya el laudo arbitral a favor de Colombia en el conflicto fronterizo con Venezuela, en 1891; y no otro fue el resultado de que la reina regente María Cristina de Habsburgo decidiera aceptar aquellas 122 piezas de orfebrería Quimbaya. Hoy, tanto España como Colombia tienen la posibilidad de reescribir esa historia. En este diálogo bilateral, podemos repensar de manera conjunta este hecho que marcó la historia del pueblo colombiano, y ante todo a las poblaciones de la cultura Quimbaya que, asentadas en el eje cafetero entre los años 500 a. C. hasta el 1600 d. C., cobijadas por el río Cauca, practicaron la orfebrería en oro y tumbaga (aleación de oro y cobre) y crearon objetos sagrados que usaban en rituales para comunicarse con sus muertos y para acompañar al alma en su tránsito a esa otra dimensión espiritual de su cosmogonía.

Por eso, así como pensamos esta publicación y pensamos la gira de *Oro y hoja de coca*, desde nuestro lugar en el Comité de Patrimonio, presidido y liderado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, solicitamos incluir los usos medicinales, saberes y prácticas culturales de la hoja de coca en el Registro de Buenas Prácticas de Salvaguardia, en el que Colombia tiene en cuenta las visiones de Pueblos Indígenas como el Arhuaco, Kogui, Nasa, Uwa. Con esto, pretendemos trabajar en una propuesta que más adelante sea socializada y presentada como expediente ante la Unesco. Hoy, Colombia se propone liderar una narrativa internacional que desafíe la mirada punitiva y unilateral sobre la mata de coca, integrándola en una conversación global sobre sostenibilidad, derechos humanos y alternativas a la fallida guerra contra las drogas.

Es claro que los pueblos originarios deben exigir que los procesos e instituciones internacionales tengan en cuenta los intereses de los Pueblos Indígenas en la toma de decisiones. Pueden y deben hacer un llamado a los tomadores de decisiones para que aborden las barreras que impiden que los Pueblos Indígenas participen y se beneficien de las principales iniciativas internacionales. Este es otro deber de la diplomacia cultural: abrir espacios para escuchar las voces que representan las infinitas posibilidades de leer y contar a Colombia.

Por eso, esperamos que estos sean cimientos para que la diplomacia indígena amplíe sus posibilidades de diálogo e intervención en el campo de las políticas exteriores, comerciales, económicas y de desarrollo, para lograr el máximo impacto y beneficio para sus comunidades, reafirmando así el objetivo de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas de 2007 y el Documento de la Asamblea General de las Naciones Unidas de 2014, conocida como la Conferencia Mundial sobre los Pueblos Indígenas.

En la diplomacia cultural, las decisiones, declaraciones y recomendaciones de los organismos multilaterales juegan un papel importante; también, como en cualquier discusión, generan tensión. La verdad es que las denominadas políticas públicas globales —en el caso de la cultura, lideradas por la Unesco—, particularmente en los sectores de la cultura, la educación y las ciencias naturales,

invitan a un diálogo intercultural que, desde la perspectiva antropológica, permite que se entienda y se analice el poder simbólico, e invitan a la diplomacia a trascender las palabras. Esta publicación que usted tiene en sus manos, y la exposición *Oro y hoja de coca*, tienen el propósito de persuadir y de provocar un impacto estético que nos deje sin aliento; así procuramos también construir vínculos de confianza. *La hoja que une* y *Oro y hoja de coca* narran otras verdades, abren conversaciones difíciles y proponen un nuevo diálogo allí donde lo político y lo jurídico han fracasado. En contextos de polarización o conflicto, el arte no solo conmueve, también convence.

Volvamos a la hoja de coca desde un enfoque cultural y como una problemática contemporánea. Colombia plantea un relato que parte de los territorios y se articula con una visión biocultural del desarrollo y de su lugar en el mundo globalizado. La propuesta no es solo comunicacional, sino estructural: implica transformar las relaciones entre el Estado y las comunidades, entre el país y el mundo. La hoja de coca no es un accesorio, es representativa de nuestra identidad. Es también una puerta de entrada a un nuevo relato internacional sobre Colombia, un país que tiene en consideración los diversos sistemas de conocimiento, y que no quiere ser definido solo por su conflicto armado o su rol en la cadena del narcotráfico, sino por su diversidad cultural, su capacidad de resiliencia y su potencial transformador desde los saberes propios. Así, la cultura se convierte en una herramienta poderosa de política exterior: no impone, sino que propone; no oculta, sino que revela; no uniforma, sino que diversifica. La premisa que nos guía es que la hoja de coca deje de ser un tabú para convertirse en símbolo de una nueva forma de entender la diplomacia: desde la soberanía cultural, la justicia patrimonial y la dignidad de los Pueblos Indígenas, afrodescendientes y campesinos.

Por ende, el desafío principal de la diplomacia cultural consiste en estimular este diálogo, al mismo tiempo que enfrenta retos derivados de la migración, las reivindicaciones subnacionales que se multiplican en todas las zonas del mundo y los nuevos patrones de relacionamiento entre el mundo industrializado y el Sur Global que, con justa razón, reclama un trato igualitario, para lo cual la cultura es un factor fundamental. Por lo general, la capacidad de atracción, propia del poder simbólico, conduce a la aceptación de las posturas que intenta defender el país, sin que sea necesario recurrir a prebendas o formas de disuasión.

Las artes, con su poder simbólico y expresivo, son una forma de diplomacia que trasciende las palabras. Su capacidad de persuasión no se limita al impacto estético; entra en otras dimensiones claves del quehacer diplomático, como la negociación, la comunicación intercultural, la construcción de vínculos de confianza y la promoción de intereses estratégicos.

Por eso ha sido una constante, desde la Dirección de Asuntos Culturales de la Cancillería, abordar la problemática mundial desde una perspectiva estética y cultural. La Misión Permanente de Colombia ante la ONU en Nueva York presentó un festival de cortometrajes seguido de un conversatorio, como parte de la 24ª sesión del Foro Permanente de las Naciones Unidas para las Cuestiones Indígenas. Entre los invitados sobresalen Wade Davis —autor destacado en esta publicación— y Andrés Ávila, quienes abordaron la relación entre los pueblos

originarios y la coca desde una perspectiva histórica y ambiental. El evento proyectó una narrativa distinta frente a la planta, y resaltó su dimensión cultural y espiritual. La delegación de Colombia ante la Unesco en París organizó una serie de actividades académicas y artísticas. El antropólogo visual Mario Alberto Dulcey expuso investigaciones sobre los usos tradicionales de la coca en comunidades indígenas. Ese mismo día, en la Sala Cuatro de la Unesco, se proyectó el cortometraje *KUKA: nuevos horizontes de la hoja de coca*, dirigido por Felipe Camargo, acompañado de una muestra gastronómica a cargo del mismo investigador. Estas iniciativas pusieron en diálogo el cine, la gastronomía y la academia, y articularon un relato integral sobre la hoja como patrimonio inmaterial.

En octubre la embajadora Laura Sarabia en su primer acto público, en nuestra Embajada ante el Reino Unido, dio inicio al encuentro académico y cultural dedicado a la hoja de coca, en alianza con el Royal Botanic Gardens, Kew, y la plataforma Futuro Coca. El evento abrió con las “Coca Talks”, un ciclo de charlas que abordan la coca desde la ciencia, el arte, el cambio climático, la regulación y la etnografía; luego siguió un panel de discusión y la proyección de un cortometraje. Entre los invitados estuvieron Kim Walker, investigadora del rbgk; Steve Rolles, analista de políticas de drogas en Transform Drug Policy; el investigador colombiano Diego Andrés Lugo-Vivas; la politóloga arhuaca Ati GunnaWi, Viviam Villafañá; y el antropólogo británico-brasileño Anthony Henman, autor de *Mama Coca* y otro colaborador eminente en esta publicación.

El Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia cuenta con una diplomacia cultural incluyente, que pretende integrar las expresiones artísticas y las prácticas culturales del país, la educación, la ciencia y el deporte como catalizadores, para establecer, fortalecer y diversificar las relaciones bilaterales y multilaterales, y para sentar diálogos interculturales que generen prestigio, valoraciones simbólicas y puentes de comunicación que tengan impactos positivos sobre las gestiones adelantadas por el Estado en los ámbitos político, económico y comercial.

La diplomacia cultural desempeña un papel crucial en la reivindicación de los derechos y la identidad de las poblaciones alrededor del mundo. A través de intercambios culturales, programas educativos y colaboraciones artísticas, la diplomacia cultural promueve el entendimiento mutuo y el respeto por las diferentes culturas y tradiciones. Al destacar la diversidad cultural y fomentar el diálogo intercultural, se establece un espacio para que las comunidades puedan expresar y preservar su identidad única, promoviendo así la inclusión y la igualdad de derechos para todos.

Además, la diplomacia cultural sirve como plataforma para dar voz a las comunidades marginalizadas y para abogar por sus derechos fundamentales. Al poner en relieve las expresiones artísticas, la literatura, la música y otras manifestaciones culturales de diversos orígenes, se fortalece el sentido de pertenencia y se contribuye a la lucha contra la discriminación y la exclusión. La promoción de la diversidad cultural a través de la diplomacia cultural no solo reafirma la identidad de cada individuo, sino que también impulsa la construcción de sociedades más inclusivas y respetuosas de los derechos humanos.



En ese marco, la estrategia de diplomacia cultural de Colombia en torno a la hoja de coca propone un enfoque crítico y decolonizador. Se proyecta a través de actividades artísticas, académicas y gastronómicas que buscan desestigmatizar la mata de coca, resaltando su valor cultural e histórico, especialmente en comunidades indígenas y campesinas que han sido guardianas de estos saberes.

La diplomacia cultural es poderosa, propicia el diálogo y es una herramienta para posicionar temas estratégicos de política exterior. Por eso, tiene en sus manos la tarea de resignificar el relato sobre la hoja de coca y buscar que pase de ser estigmatizada, como lo ha sido durante décadas, a ser considerada como un emblema de sostenibilidad y conocimiento ancestral. De esta manera, la hoja de coca puede llegar al escenario internacional no como problema, sino como propuesta. Desde una perspectiva humanista, este sería un acto de justicia patrimonial y de soberanía cultural.

LA HISTORIA SECRETA DE LA COCA





WADE DAVIS

Antropólogo, etnobotánico, fotógrafo
y escritor canadiense y colombiano



LA HOJA SAGRADA¹

La diferencia entre la hoja de coca y la cocaína, bromeó una vez un amigo peruano, es la misma que hay entre cruzar los Andes a lomo de mula o en avión. Una frase ingeniosa, pero que omite un punto esencial: los efectos de la hoja y de la droga no son comparables. Equiparar la coca con el alcaloide puro es, en realidad, tan desacertado como sugerir que la deliciosa pulpa de un durazno equivale al cianuro de hidrógeno que se encuentra en su semilla. Sin embargo, durante casi un siglo, esa ha sido precisamente la postura legal y política de naciones y organismos internacionales en todo el mundo.

Desde la adopción por parte de las Naciones Unidas de la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961, no menos de 192 países han firmado un tratado internacional que demoniza el uso tradicional de la coca y exige la erradicación completa de la planta. Entre los firmantes originales se encontraban tres naciones andinas —Colombia, Perú y Bolivia— donde la coca, aún hoy venerada, se ha usado de forma beneficiosa, sin evidencia alguna de toxicidad o adicción, durante al menos 8.000 años. El valor medicinal, nutricional, social y espiritual de la coca ha sido demostrado repetidamente por antropólogos, botánicos y médicos que han trabajado en los Andes y la Amazonía noroccidental. Quienes dominan la agenda internacional con llamados enfáticos para la eliminación de la planta lo han hecho, por el contrario, de manera sistemática, sin la más mínima justificación científica o médica.

De hecho, tales políticas solo tienen sentido si se entienden dentro del marco ideológico que llevó a su formulación: el legado tóxico y, sin duda, racista de las élites coloniales y el desastroso medio siglo de la fallida guerra contra las drogas. Los intentos de negar a los pueblos indígenas de los Andes el acceso a la coca, como ha escrito la antropóloga Catherine Allen de la Institución Smithsonian, no son análogos a prohibir, por ejemplo, la cerveza en Alemania, el café en Medio Oriente o el consumo de betel en India: son actos de genocidio cultural, el último asalto de un choque de civilizaciones que comenzó hace 500 años con la conquista española.

Afortunadamente, todo esto podría cambiar pronto. En 2009, Bolivia presentó formalmente una petición al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (Ecosoc) para eliminar del texto de la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961 el lenguaje que exigía explícitamente la erradicación de la coca en un plazo de 25 años. Liderando esta causa estaba Evo Morales, quien tres años antes había hecho historia al convertirse en el primer presidente indígena electo de Bolivia. Quienes lo antecedieron —64 presidentes en 180 años— habían sido todos descendientes de las élites empresariales y terratenientes, las mismas

¹ Este texto fue publicado originalmente en inglés, en la revista *Rolling Stone*, el 6 de abril de 2025 y su publicación en este libro fue generosamente aprobada por el editor general de RS y revisada con Wade Davis en la versión en español que preparamos para esta publicación. Disponible en <https://www.rollingstone.com/culture/culture-features/coca-leaves-war-on-drugs-cocaine-1235310539/>

élites educadas que habían dominado el país desde su independencia en 1825. Morales, en cambio, era aymara, un líder sindical que había dedicado su vida profesional al bienestar de las familias que dependían de la cosecha legal de coca en Chapare, una provincia de tierras bajas que, durante mucho tiempo, fue objetivo de los esfuerzos de erradicación patrocinados por EE. UU. en el marco de la guerra contra las drogas. Al desafiar a las Naciones Unidas, se convirtió en el primer jefe de Estado latinoamericano en invocar la coca como símbolo esencial del patrimonio y bienestar de su pueblo.

La postura audaz de Morales dio nuevo vigor a un largo proceso diplomático que, con Colombia sumándose a Bolivia, llevó finalmente a que la Organización Mundial de la Salud (OMS) en 2023 aceptara realizar una “revisión crítica” de la hoja de coca, cuyos resultados serán anunciados en diciembre de 2025, con recomendaciones finales que se votarán en la sesión anual de la Comisión de Estupefacientes (CND, por sus siglas en inglés) en Viena en marzo de 2026.

El objetivo de Bolivia, reiterado el 10 de marzo de 2025 por el vicepresidente David Choquehuanca al dirigirse a la 68.ª sesión de la CND en Viena, es “liberar a la sagrada hoja de coca del oscuro mundo del crimen y la delincuencia”. Al clasificar la coca como una droga de la Lista 1 —junto con la heroína y la cocaína—:

🌿 **la Convención de 1961, sin evidencia científica concluyente, cometió un absurdo, un atentado contra la cultura de la vida. Después de más de seis décadas de injusticia, persecución, amenazas, violación de derechos y silencio cómplice, la petición de Bolivia a la OMS sacará a la luz la verdad científica, una verdad que nuestros pueblos han conocido por milenios.**



La coca es menos un estímulo que una vía de meditación. Cuando los viajeros se encuentran en las montañas del sur de los Andes, hacen una pausa e intercambian *k'intus* de coca: tres hojas perfectas dispuestas en forma de cruz. Luego se vuelven hacia el más cercano de los *Apus*, deidades protectoras de las montañas que vigilan cada comunidad y dirigen el destino de todos los nacidos bajo su sombra. Con los ojos alzados hacia las cumbres, llevan las hojas a la boca y soplan suavemente, una invocación ritual que envía la esencia de la planta de regreso a la tierra, a la comunidad, a los lugares sagrados y a las almas de los ancestros. El intercambio de hojas es un gesto social, una forma de reconocer la conexión humana. Pero el *phukuy*, como se le dice a este soplo ritual, es un acto de reciprocidad espiritual: al dar generosamente a la tierra, el individuo garantiza que, con el tiempo, la energía de la coca regresará en círculo completo, tan cierto como que la lluvia que cae sobre un campo inevitablemente renacerá como nube.

El nombre de *hallpay* —la totalidad del acto de consumir coca: el intercambio, los saludos, la manera de colocar las hojas en la boca, la actitud de reverencia y respeto— define en un sentido muy real lo que significa ser *runakuna*, un hijo o hija de la Pachamama. En todo el mundo andino, como escribe Allen, “uno no puede funcionar como ser social a menos que participe en el ritual, y debe hacerlo de manera adecuada”. Nada causa mayor ofensa que los turistas que se llenan la boca de hojas como caballos comiendo heno.

Ya sea en presencia de un amigo o un desconocido, solo o acompañado por toda la comunidad, mascar coca, *hallpay*, es trascender el yo y formar parte del entramado social, moral y espiritual que da sentido a la vida en los Andes. Solo la coca hace posible una comunicación directa con lo divino, y algunos incluso dicen hoy que la primera en probar las hojas fue la Santísima María, madre de Cristo, quien, según la leyenda, perdió a su niño santo y mascó las hojas para calmar su pena. Así, para los pueblos andinos, estar sin coca es una forma de muerte social y espiritual, una excomunión de la existencia misma.

La planta que inspira tal devoción es un arbusto hermoso aunque delicado, con pequeñas flores blancas y frutos del tamaño y color de rubíes. La textura y forma de sus hojas varía, pues existen dos especies cultivadas, cada una con dos variedades. *Erythroxylum coca* var. *coca* es la hoja clásica de los Andes del sur, cultivada en las partes altas de los valles tropicales que descienden hacia el Amazonas, cuya cosecha llega a los mercados de Cuzco y La Paz. La coca de Colombia, *Erythroxylum novogranatense* var. *novogranatense*, es distinta. Adaptada a hábitats cálidos y estacionalmente secos, es altamente resistente a la sequía y produce hojas pequeñas y estrechas de un tono verde amarillento brillante. Cabe señalar que la coca del noroeste amazónico, *Erythroxylum coca* var. *ipadu*, fuente del mambe, no deriva del hayo colombiano y se asemeja más a la coca de los Andes del sur, lo que llevó a los primeros investigadores a sugerir que esquejes o semillas fueron llevados río abajo desde Perú o Bolivia en tiempos precolombinos. Finalmente, está la *Erythroxylum novogranatense* var. *truxillense*, cultivada hoy en los valles desérticos de la costa norte de Perú. Con solo un toque de aceite de gaulteria, esta era la coca preferida de los incas, y también el ingrediente clave en la fórmula secreta de la Coca-Cola.

De forma significativa, el análisis de ADN sugiere que el progenitor de ambas especies domesticadas y de las cuatro variedades es *Erythroxylum gracilipes*, una especie silvestre que se encuentra a lo largo de los Andes, en los bosques de tierras bajas del oeste amazónico. Esta investigación botánica puede parecer arcana, pero que tres cultivos altamente valorados (*hayo* en Colombia, *ipadu* o *mambe* en el noroeste amazónico, y coca en las montañas de Perú y Bolivia) deriven de un ancestro común a través de procesos independientes de selección artificial ocurridos a miles de kilómetros de distancia, es una historia asombrosa de invención paralela, aún más maravillosa considerando que las plantas en cuestión son veneradas en toda el área cultivada como esencia misma de lo sagrado.

Todo lo cual plantea una pregunta: ¿qué tenía la coca que atrajo con tanta fuerza la atención de quienes decidieron cultivarla? No una, sino tres veces, en las laderas de Colombia, nuevamente en el corazón del noroeste amazónico y otra vez en las montañas de Perú y Bolivia, los humanos probaron las flexibles hojas de un arbusto del bosque aparentemente insignificante y concluyeron que esa planta, entre todas, merecía su cuidado: que evidentemente tenía algo especial. Su fidelidad no decayó con las generaciones, a medida que la coca fue domesticada y transformada. Durante al menos 8.000 años, y en tierras que van desde Costa Rica hasta Chile y Argentina, personas de todas partes, de culturas únicas y lenguas distintas, han abrazado la hoja con reverencia y fervor, no solo como fuente esencial de nutrientes, sino como la encarnación misma de lo divino, mensajera de los dioses. La coca tocó y transformó a todos.



Que los primeros humanos se sintieran atraídos por las propiedades físicas de la planta no resulta sorprendente. Cuando Tim Plowman, de Harvard, y Jim Duke, del Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA), realizaron en 1975 el primer estudio nutricional de la coca —analizando 15 nutrientes presentes en las hojas y comparándolos con sus niveles en 50 alimentos comunes de América Latina—, descubrieron que la coca superaba el promedio en calorías, proteínas, carbohidratos y varios minerales. Además, la hoja contiene una variedad de vitaminas, más calcio que cualquier otra planta cultivada —particularmente útil para comunidades andinas que tradicionalmente carecen de productos lácteos— y enzimas que ayudan al cuerpo a digerir carbohidratos en altitudes elevadas, un complemento ideal para una dieta basada en la papa. Para decepción de funcionarios y autoridades sanitarias que durante años habían demonizado la planta, Plowman y Duke confirmaron que la hoja de coca, tal como se usa tradicionalmente hoy por al menos nueve millones de ciudadanos en Colombia, Perú y Bolivia, actúa como un estimulante suave y benigno, beneficioso para la salud y altamente nutritivo.

Otro investigador de la coca a inicios de los años setenta fue el Dr. Andrew Weil, egresado de la Escuela de Medicina de Harvard y experto en botánica medicinal. Conocido hoy como “el médico de América” y principal defensor de la medicina integrativa, Weil fue uno de los primeros médicos en consumir coca él mismo, incluso mientras realizaba estudios médicos preliminares entre cocaleros tradicionales en los Andes y el noroeste amazónico. Encontró que la coca favorece el bienestar, mejora la digestión y alivia de forma demostrable los síntomas del mal de altura o soroche. La planta puede resultar útil en el tratamiento del reumatismo, la disentería, las úlceras estomacales y las náuseas, y sus hojas tienen un efecto positivo en la respiración y la capacidad de limpiar la sangre de metabolitos tóxicos, como el ácido úrico. El uso cotidiano de las hojas aclara la mente, eleva el ánimo, tonifica y fortalece el aparato digestivo y mejora la asimilación de alimentos, todo mientras promueve la longevidad. Señala el Dr. Weil:

🌿 **Con base en mis estudios durante más de cincuenta años, creo que la coca tiene un potencial terapéutico significativo y debería estar disponible aquí para uso médico. Además de sus efectos como estimulante suave, elevador rápido del estado de ánimo y remedio para trastornos gastrointestinales, tiene una incidencia notable sobre el metabolismo de los carbohidratos. Parece ayudar a normalizar el azúcar en sangre. Como sustancia controlada de la Lista 2, la coca está legalmente disponible para uso médico en EE. UU., pero no hay un suministro legal, y me gustaría que eso cambiara. Como dicen en los Andes, la coca es un regalo del cielo, una planta destinada únicamente a mejorar la vida de todas las personas en todos los rincones del planeta.**

Quizá aquí reside la clave de la sacralidad de la planta. Tan útil y beneficiosa como puede ser la coca como alimento y medicina, sus propiedades físicas por sí solas no explican su lugar exaltado en la vida espiritual de quienes hoy habitan los Andes, ni de todas las culturas y civilizaciones que los precedieron. La coca ha sido universalmente celebrada —un regalo terrenal otorgado al mundo por gracia y fortuna divinas— porque hace mucho más que alimentar y sanar nuestros cuerpos. Nos permite vivir mejor, y por ello podemos agradecer su atributo más misterioso: la manera exquisitamente sutil en que sus efectos se manifiestan en el uso cotidiano y ritual.

Quizás las observaciones más esclarecedoras sobre la farmacología de la coca provengan de médicos y viajeros de finales del siglo XIX y comienzos del XX, europeos en su mayoría, conocedores de los peligros de la cocaína, pero sin prejuicios respecto al uso tradicional de las hojas. Hay una cualidad ingenua en sus relatos, que sugiere el esfuerzo por poner en palabras los efectos subjetivos de un estimulante natural que, en realidad, no era un estimulante en absoluto, aunque, como escribió uno, claramente lo era.

J. T. Lloyd, quien publicó *Un tratado sobre la coca* en 1913, escribió sobre los portadores nativos de Popayán, en el sur de Colombia:

- Después de desayunar algo sencillo, partían con sus pesadas cargas, de entre 35 y 50 kilos, amarradas a la espalda. Todo el día avanzaban a paso rápido sobre espolones montañosos a una altitud que, para nosotros, sin carga alguna, resultaba sumamente agotadora. En estos trayectos, los indios no descansaban ni comían al mediodía, pero mascaban sus bollos de coca durante todo el día.

Lloyd concluyó que la coca era, sin duda, la clave de su buena salud y buen ánimo. “No solo no es dañina, se dice que alimenta el cuerpo y es útil para tratar muchas enfermedades”.

El médico estadounidense W. Golden Mortimer, autor de *Historia de la coca* (1901), reconocía la coca como una panacea, destacando sus virtudes como medicina, tónico y alimento. Pero lo que más lo fascinaba era la sutileza de su modo de acción. Era, sin duda, un estimulante y, sin embargo, su efecto subjetivo en el cuerpo era distinto a cualquier otro estimulante conocido por la ciencia. Como escribió el doctor W. S. Searle en 1881:

- Es notable que, siendo inigualable en su poder de sostén, ninguna otra sustancia conocida tenga efectos tan poco aparentes. Para quien continúa con su rutina habitual, mascar coca no produce ninguna sensación especial, de hecho, el único resultado parece ser negativo: la ausencia del deseo habitual de comida y sueño. Solo cuando se exige un esfuerzo inusual al cuerpo o la mente, se percibe su influencia... Quien espera alguna conmoción o sensación interna, se sentirá decepcionado.

Andrew Weil captó esa cualidad de la experiencia con la coca de forma bellísima, al describir su primer contacto con el mambe durante una visita a los cubeos en la Amazonía colombiana en 1973. El efecto de la coca —escribió— era tan sutil que no podía compararse con ningún otro producto natural de uso similar. Su primera prueba del mambe ocurrió de noche y le dejó una buena sensación, “que duró un buen rato después de no tener ya nada en la boca, de hecho, nunca terminó realmente, sino que se desvaneció de manera imperceptible”. Solo a la mañana siguiente, tras reunirse con los hombres para compartir una totuma llena del delicado polvo verde, fue que vino a entender por qué tanta algarabía:

- Me encontré marchando con los cubeos, balanceando mi machete, tarareando una melodía y sintiéndome cada vez más feliz. La coca parecía más potente a esa hora de la mañana. Su cálido resplandor se extendía desde mi estómago por todo mi cuerpo. Sentía una energía vibrante y sutil en los músculos. Mi paso era ligero y no quería hacer otra cosa más que lo que estaba haciendo.

Las mismas cualidades que hoy nos llaman la atención de la coca sin duda también atrajeron a hombres y mujeres en el pasado remoto. Vivieran como vivieran, seguramente compartían los rasgos que hoy nos definen: todas esas pequeñas neurosis y fragilidades que constituyen lo que significa ser humano y estar vivo. El malestar existencial, el deseo inquieto de algo nuevo, la insatisfacción y la indecisión, e incluso la depresión o la desesperanza, con toda certeza van de la mano con la conciencia. Así como la muerte es el precio que pagamos por la gloria de estar vivos, estas modestas —aunque crónicas— aflicciones son el costo de ser sensibles y conscientes. No hay razón para suponer que los pueblos antiguos de los Andes estuvieran libres de esas mismas sombras mentales que los budistas han identificado como el mal de la condición humana.

Al contrario, seguramente sufrían como nosotros sufrimos y, como nosotros, habrían sentido un profundo interés por cualquier planta que ofreciera alivio, como ciertamente lo hace la coca. También ellos habrían quedado asombrados por sus efectos sutiles pero placenteros, y por su utilidad práctica. ¿Qué hombre o mujer, entonces o ahora, no desearía experimentar una sensación de energía y claridad mental aumentadas, una ligera supresión del hambre, una suave sensación de confianza creativa, una ligereza en el paso durante todo el día, sabiendo que la fuente de ese leve estado elevado de ánimo era una hoja benigna, altamente nutritiva y venerada por los pueblos y las culturas de América del Sur desde los albores de la civilización?

¿Qué podría resultar más bienvenido o prometedor en cualquier época que un producto natural beneficioso que facilite la concentración, incluso mientras induce una sutil sensación de bienestar y satisfacción? La verdad sea dicha, la coca es, y siempre ha sido, la compañera ideal para cualquier actividad creativa, sea tejer lana o algodón, tallar piedra o escribir código digital. La coca funciona, y funciona para todos, y es por eso precisamente que cada cultura y civilización que conoció la planta la consideró sagrada, digna de veneración.

LA PLANTA DEMONIZADA

¿Cómo fue posible que una planta tan beneficiosa y benigna como medicina, alimento y estimulante suave llegara a quedar clasificada entre las drogas más peligrosas del mundo, condenada por la ley internacional al mismo nivel criminal que la heroína, el fentanilo y el *crack*?

La morfina, derivada del opio, fue la primera droga aislada de un producto natural. La segunda fue la cocaína en 1860. Celebrada como una panacea, la cura ideal para todo, desde la adicción a la morfina hasta ese flagelo del siglo XIX —la masturbación femenina—, la cocaína revolucionó la medicina al convertirse en el primer anestésico tópico eficaz, de hecho, sigue siendo esencial para la cirugía de nariz, garganta y oídos.

Durante un tiempo, la cocaína estaba en todas partes, vendida y celebrada en decenas de productos comerciales. Sin embargo, para 1890, con la literatura médica que reportaba más de 400 casos de toxicidad aguda causada por la droga, la cocaína fue perdiendo su brillo. A medida que la profesión médica pasó a considerar la cocaína y la morfina





como igualmente peligrosas, la coca quedó asociada al opio, y se llevó al público a creer que los efectos ruinosos del consumo habitual de opio afectarían inevitablemente a quienes mascaban hojas de coca con regularidad. Así, una planta que había sido utilizada de manera segura y benigna durante milenios terminó arrastrada al mismo régimen de sanciones que criminalizaba el uso del opio, la morfina y la cocaína.

Esa explicación tiene sentido, pero solo hasta cierto punto, porque algo mucho más oscuro estaba en juego. El gobierno estadounidense había demonizado la planta desde hacía tiempo. En Perú, los programas para eliminar los cultivos tradicionales, apoyados por Estados Unidos, comenzaron 50 años antes de que existiera siquiera un comercio ilegal de la droga. El verdadero problema no era la cocaína, sino la identidad cultural y la supervivencia de quienes tradicionalmente veneraban la coca. El llamado a la erradicación provenía de funcionarios y médicos —peruanos y estadounidenses— cuya preocupación por los consumidores de coca solo era comparable a su ignorancia sobre la vida andina y su desprecio por los mismos pueblos que pretendían salvar.

Lo más grave es que estos eran también los hombres que integraban las comisiones y redactaban los informes que se convertirían en la base de las leyes y acuerdos que todavía hoy definen la política internacional en materia de drogas. Que esas voces sigan escuchándose a través de sus escritos —en los que mezclan opinión personal con hechos científicos y pseudoexperimentos con ciencia legítima— es un escándalo en el corazón mismo de la historia de la coca.

En los años 1920, cuando médicos y funcionarios de salud pública de Lima alzaban la vista hacia los Andes, solo veían pobreza extrema, analfabetismo, mala salud y nutrición y altas tasas de mortalidad infantil. Cegados por su clase, sus prejuicios y sus buenas intenciones, buscaron una causa. Dado que temas políticos como la tenencia de la tierra, la desigualdad económica y la explotación flagrante resultaban demasiado cercanos a su propia realidad y los habrían obligado a examinar la estructura de su propio mundo, optaron por culpar a la coca. Cada mal posible, toda fuente de vergüenza para sus sensibilidades burguesas, se atribuía a la planta.

“Todo apunta a la conclusión”, escribió Vicente Zapata Ortiz, profesor de Farmacología en la Facultad de Medicina de Lima, en 1952, “de que el uso constante de la coca produce un estado tóxico que lleva a aceptar las condiciones de vida más miserables, que son la causa principal de las carencias del consumidor, por eso, la coca debe considerarse responsable en primer lugar”.

Zapata caracterizó a los usuarios de coca como “apáticos, indolentes, con deficiencia de actividad mental superior y vida subjetiva... sin rumbo, indiferentes e inadaptados” y, sobre todo, reacios a aprender español, prefiriendo en su ignorancia las lenguas de sus ancestros: “Donde el consumo de coca es mayor, el porcentaje de analfabetismo es alto, y el quechua y el aymara son las lenguas predominantes”. El Dr. Carlos A. Rickets, quien presentó por primera vez un plan para erradicar la coca en 1929, describía a los consumidores como débiles, mentalmente deficientes, perezosos, sumisos y deprimidos. Otro comentarista destacado, Mario A. Puga, condenaba la coca como “una forma elaborada y monstruosa de genocidio que se comete contra el pueblo”. En 1936, refiriéndose a las “legiones de drogadictos” del

Perú, Carlos Enrique Paz Soldán, doctor y profesor universitario, proclamaba: “Si esperamos con los brazos cruzados un milagro divino que libere a nuestra población indígena de los efectos degradantes de la coca, estaremos renunciando a nuestra posición como hombres que aman la civilización”.

En la década de 1940, el impulso por la erradicación fue liderado por Carlos Gutiérrez-Noriega, jefe de farmacología del Instituto de Higiene en Lima. Considerando la coca “el mayor obstáculo para la mejora de la salud y la condición social de los indios”, Gutiérrez-Noriega se hizo de una reputación con una serie de estudios científicos dudosos, realizados exclusivamente en prisiones y manicomios, que concluían que los consumidores de coca tendían a ser alienados, antisociales, inferiores en inteligencia e iniciativa, propensos a “alteraciones mentales agudas y crónicas”, así como a otros supuestos trastornos de comportamiento como la “ausencia de ambición”. La orientación ideológica de su ciencia era flagrante. En un informe publicado en 1947 por el Ministerio de Educación Pública del Perú, escribió: “El consumo de coca, el analfabetismo y una actitud negativa hacia la cultura superior están estrechamente relacionados”.

Fue en gran parte gracias a la presión política de Gutiérrez-Noriega que, en 1947, Perú y —dos años después— Bolivia invitaron a las Naciones Unidas a enviar un equipo de expertos para investigar el problema de la coca. A la cabeza de la investigación, formalmente conocida como la Comisión de Investigación sobre la Hoja de Coca del Ecosoc de 1950, estaba Howard Fonda, vicepresidente del gigante farmacéutico Burroughs Wellcome y de la Asociación Farmacéutica Estadounidense, la organización gremial del sector. Antes de viajar al Perú, Fonda explicó los objetivos de la comisión en una entrevista de prensa en 1949: la coca, afirmó, era:

🌿 **definitivamente perjudicial y nociva... la causa de la degeneración racial de muchos grupos poblacionales y de la decadencia evidente entre muchos habitantes nativos, e incluso mestizos, de ciertas regiones de Perú y Bolivia. Nuestros estudios confirmarán la verdad de nuestras afirmaciones, y esperamos poder presentar un plan de acción racional basado en la realidad de la situación y en la experiencia de campo, para asegurar la erradicación total de este pernicioso hábito.**

Semanas más tarde, Fonda repetiría estas declaraciones, palabra por palabra, en una rueda de prensa en el aeropuerto de Lima, a la llegada de la comisión a Perú para iniciar su investigación.

La comisión de Fonda —compuesta por dos expertos médicos y dos autoridades en gestión de políticas de control de drogas— visitó regiones altoandinas de Perú y Bolivia, recopilando información de oficiales militares y gubernamentales, personal médico, académicos, líderes religiosos, autoridades locales y terratenientes. Ausentes del diálogo estuvieron las voces de los verdaderos sujetos de la investigación. En tres meses de trabajo de campo, la comisión no hizo ningún esfuerzo por dialogar con las comunidades quechuas y aymaras por donde pasó. El informe final, de unas 200 páginas, no incluye ni un solo testimonio de un consumidor tradicional de la hoja, una omisión escandalosa que, al parecer, no incomodó a nadie. Fonda regresó a Nueva York en diciembre de 1949, tan convencido como siempre, y el informe concluyó que “desde un punto de vista social, los efectos del masticado de la hoja de coca son altamente perjudiciales tanto para el individuo como para la nación”.

Estrechamente asociado con Howard Fonda, en calidad de asesor, estaba Pablo Osvaldo Wolff, jefe de la Sección de Drogas Productoras de Adicción de la Organización Mundial de la Salud (OMS) entre 1949 y 1954. Como protegido de Harry Anslinger, el célebre cruzado antidrogas al frente del Buró Federal de Narcóticos de Estados Unidos, Wolff formaba parte del círculo íntimo de los defensores del control, que prácticamente dictaban la política de la OMS en ese momento. Su folleto de 1949, *Marihuana en América Latina: la amenaza que constituye*, presentado por el propio Anslinger, suena cómico hoy en día, con un lenguaje que recuerda a la propaganda alarmista de *Reefer Madness*. Pero, en su tiempo, Wolff y Anslinger eran cruzados implacables, completamente decididos a no dejar que los hechos estorbaran sus opiniones. Al establecer una correlación directa entre el *cannabis* y el crimen, Wolff se ganó el favor de Anslinger al afirmar, sin la más mínima evidencia, haber identificado 200 millones de adictos al *cannabis* en el mundo, cada uno considerado una amenaza directa para los valores estadounidenses.

Como secretario del Comité de Expertos de la OMS sobre Drogas Susceptibles de Producción de Adicción, Wolff jugó un papel clave no solo en la redacción del informe de Fonda, sino en todas las decisiones relacionadas con la coca. Más que cualquier otro individuo, fue responsable de la vilificación y criminalización de la planta en el sistema de tratados antidrogas de la ONU. Dado su poder, sus comentarios públicos son dicientes, en especial una conferencia de 1949 ante la Real Sociedad de Medicina en Londres, justo antes de que se enviara la Comisión de Investigación al Perú:

- 🌿 El indio que no masca hojas de coca es perspicaz, inteligente y alegre, dispuesto a trabajar, vigoroso y resistente a las enfermedades; el coquero, en cambio, es abúlico, apático, perezoso, insensible a su entorno; su mente está nublada; sus reacciones emocionales son raras y violentas; está moral e intelectualmente anestesiado, socialmente sometido; es casi un esclavo. La degeneración moral acompaña a la física; la mentira es una de sus características más notorias, probablemente debido a la falta de equilibrio moral. La criminalidad es alta, y las formas bárbaras de homicidio solo pueden explicarse por una cierta insensibilidad moral. // Estamos convencidos de que el mascado de hojas de coca es un mal social; el consumo crónico de estas hojas constituye un veneno social que socava la salud física y mental de la población y reduce su nivel moral y económico... Los hijos de los coqueros presentan una marcada deficiencia intelectual... No hay duda de que el hábito de mascar hojas de coca es una de las razones más poderosas del atraso y la miseria de la población indígena... el último eslabón de una cadena de calamidades sociales y médico-sociales que incluyen pauperismo, condiciones precarias de vivienda, nutrición deficiente, educación rudimentaria o completamente ausente, alcoholismo, tuberculosis, enfermedades venéreas y otras infecciones y promiscuidad, por mencionar solo las peores desgracias y miserias. // El remedio del momento es la desintoxicación gradual del nativo, disminuyendo tanto la producción como el consumo de coca mediante una educación adecuada, aboliendo la superstición del poder mágico de la coca y el culto a las hojas, prohibiendo la iniciación de los niños pequeños en su uso... Solo con habilidad y paciencia se puede abolir la adicción a la coca, pero puede lograrse... Los indios cristianizados ya no viven en las condiciones miserables de antes y, por tanto, demuestran estar física y mentalmente capacitados para liberarse del mascado de hojas de coca.



Wolff no estaba solo en sus opiniones sobre la coca ni en su desprecio por quienes la usaban y veneraban. Su actitud coincidía con el consenso de su época, en un momento en que las élites urbanas gobernaban sin oposición sobre los países andinos que seguían siendo, en muchos sentidos, territorios de conquistadores y conquistados.

En 1948, el gobierno colombiano declaró el mascado de hojas como un “mal social”, criminalizó su comercio en los mercados públicos y restringió su venta a farmacias y dispensarios registrados. El funcionario de salud pública más destacado del país, el Dr. Jorge Bejarano, nombrado ministro de Salud en 1947, resumió el destino del cocalero:

🌿 **A la degeneración física debe sumarse la implicación moral: el crimen es elevado entre estos individuos. Parece que sus mentes solo obedecen a la fuerza del instinto, y el engaño, que es una de sus características más marcadas, probablemente se deba al desequilibrio psicológico causado por el consumo habitual de coca.**

Las autoridades sanitarias bolivianas, nuevamente sin justificación científica o médica alguna, afirmaban que la coca causaba autismo, además de “visiones fantásticas, alteraciones de la percepción espacial... pseudoalucinaciones y verdaderas alucinaciones auditivas y visuales”. Un médico de Cochabamba culpaba a la coca de “la decadencia mental y la inferioridad social del indio”. Desde Quito, Luis León, en el *Boletín de Estupefacientes de las Naciones Unidas* en 1952, afirmaba con orgullo que, debido a la desaparición histórica de la coca en Ecuador, “muchos sociólogos totalmente imparciales que han estudiado los grupos indígenas de Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador, no dudarían en admitir la superioridad cultural del indígena ecuatoriano”.

Wolff se destaca entre sus pares no porque fuera único en su condena furibunda a la coca, sino porque sus crudas certezas y sus exhortaciones pseudocientíficas provenían del mismo hombre que redactó el lenguaje de los documentos y declaraciones de la ONU que aún hoy dictan la política internacional de drogas. Su autoridad, junto con el poder político de su mentor, Harry Anslinger, acompañó muy de cerca a Howard Fonda mientras el ejecutivo farmacéutico y su equipo recorrían Perú y Bolivia en busca de evidencias que confirmaran las convicciones que ya se habían formado mucho antes de salir de Nueva York.

Quienes desafiaron sus puntos de vista fueron rápidamente descartados, ya fuera W. Golden Mortimer, autor de *Historia de la coca*, o el propio Carlos Monge, profesor del Instituto Nacional de Biología Andina, que defendía los beneficios de la coca, incluso invocando a José Hipólito Unanue, el médico peruano más célebre del siglo XVIII, que había celebrado las hojas como una panacea, la hierba más poderosa del repertorio de un curandero.

Los textos académicos de Wolff y sus colegas rezuman arrogancia y desprecio, y en sus refutaciones no ofrecen evidencia científica, sino opiniones personales disfrazadas de lenguaje técnico. De forma asombrosa, en medio de sus esfuerzos histéricos por purgar la nación de la coca, ninguno de estos funcionarios sanitarios peruanos hizo lo más obvio: analizar las hojas para saber qué contenían. La coca, después de todo, era una planta consumida a diario por millones de sus compatriotas. Un análisis nutricional —que fácilmente podría haberse iniciado incluso mientras Fonda realizaba su investigación en 1949— jamás se hizo, y probablemente por una razón

clara: a nadie le interesaba saber qué contenían las hojas, pues no estaban dispuestos a aceptar ninguna evidencia que desafiara su narrativa. Tim Plowman y Jim Duke revelarían más tarde que la coca era benigna y estaba repleta de nutrientes vitales, pero su estudio llegó una generación demasiado tarde como para influir en el proceso burocrático y político que condujo a la criminalización de la planta.

No sorprende, entonces, que las conclusiones de Howard Fonda, publicadas como el *Informe de la Comisión de Investigación sobre la Hoja de Coca de 1950*, condenaran la coca y recomendaran eliminar su cultivo gradualmente en un periodo de 15 años. La única herejía del informe fue el reconocimiento por parte de los miembros de la Comisión de que el mascado de coca “no constituye una adicción, sino un hábito”. Wolff se encargó de que esa afirmación fuera eliminada de los informes posteriores en 1952 y 1954. Para él, la coca era equivalente a la cocaína, y fue esa formulación la que terminó sustentando el artículo 49 de la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961, que exigía la abolición del mascado de coca en un plazo de 25 años y clasificaba la planta en la Lista 1, junto a las drogas más peligrosas conocidas por la humanidad.

El tratado solo permitió una excepción: el artículo 27, que legitimaba “el uso de las hojas de coca para la preparación de un agente saborizante que no contenga alcaloides”. Solo Coca-Cola tuvo el privilegio de importar hojas de coca a Estados Unidos, algo que la compañía sigue haciendo hasta hoy, llevando más de cien toneladas métricas al año. Después de ser procesadas por Stepan Company en Maywood, Nueva Jersey, la cocaína extraída de las hojas se vende legalmente a la industria farmacéutica. Los aceites esenciales, flavonoides y otros componentes van a parar a la bebida, que es la base de un emporio global de 300.000 millones de dólares. La empresa no publicita su condición de único importador legal de coca en Estados Unidos, pero es gracias a las hojas que Coca-Cola puede proclamar, con toda legitimidad, que es, como su eslogan publicitario hace mucho profesa, la del «sabor original».

Durante casi 40 años, incluso mientras el comercio ilícito de cocaína sacudía a América Latina y buena parte del mundo, el estatus de la coca permaneció intacto e incuestionado. En 1992, en respuesta a la crisis global de las drogas, la oms lanzó el estudio más completo sobre el uso de la cocaína jamás emprendido, con encuestas realizadas en 19 países de cinco continentes por 45 expertos en el tema. El informe preliminar, en contradicción con décadas de política oficial, afirmaba inesperadamente que “el uso tradicional de la hoja de coca no parece tener efectos negativos sobre la salud y cumple funciones terapéuticas, sagradas y sociales positivas para las poblaciones indígenas andinas”. El informe alentaba a la oms a investigar los beneficios terapéuticos de la hoja de coca, así como el impacto de las medidas represivas sobre las personas y comunidades consumidoras.

Esto no era lo que el gobierno estadounidense quería oír. Neil Boyer, representante de Estados Unidos ante la 48.ª reunión de la Asamblea Mundial de la Salud en Ginebra en mayo de 1995, denunció a la oms por “socavar los esfuerzos de la comunidad internacional para erradicar el cultivo y la producción ilegal de coca”. El gobierno estadounidense, según Boyer, estaba particularmente perturbado por el hecho de que el informe afirmara que “el uso de hoja de coca no causa daños evidentes a la salud mental o física, que los efectos positivos sobre la salud de

maskar hoja de coca podrían trasladarse de los contextos tradicionales a otros países y culturas y que la producción de coca proporcionaba beneficios económicos a los campesinos”. Luego añadió una amenaza directa: “Si las actividades de la oms relacionadas con las drogas no refuerzan los enfoques probados de control de drogas, deberían recortarse los fondos para los programas pertinentes”.

Estados Unidos, que en ese momento era el principal financiador de la oms, usó todo el peso de su influencia para asegurarse de que el informe nunca se publicara oficialmente. La postura oficial de la oms respecto a la coca permaneció sin cambios, aunque la justificación se volvió aún más endeble. Como señalaba un informe de 1992 del Comité de Expertos en Farmacodependencia (ECDD, por sus siglas en inglés), “la hoja de coca está adecuadamente incluida en la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961, dado que la cocaína puede extraerse fácilmente de la hoja”.

Treinta años después, ese razonamiento ya no se sostiene. Los carteles que han traficado cocaína por toneladas a Estados Unidos durante casi 50 años no se preocupan por el estatus legal de la hoja de coca, porque no tiene ningún impacto en su negocio. Con la coca como sustancia controlada, los carteles han prosperado. Si se liberara la hoja de coca, la producción y la distribución ilícitas de cocaína seguirían sujetas a todas las sanciones penales existentes según los tratados internacionales. Sugerir que los carteles importarían hojas de coca para extraer cocaína tiene tanto sentido como suponer que alguien importaría Dom Pérignon para obtener etanol puro mediante procesamiento químico.

Lo que está en juego son los derechos de las personas comunes a disfrutar de los beneficios de la planta y la legitimidad de las políticas antidrogas originalmente formuladas por hombres cuyas investigaciones eran profundamente defectuosas y cuyas convicciones, según revelan sus escritos, eran moralmente reprobables y abiertamente racistas.

El vicepresidente boliviano, David Choquehuanca, hablando en Viena durante la 67.^a sesión de la Comisión de Estupefacientes de la onu, no dejó lugar a dudas: al hacer un llamado a la exterminación de la coca, la Convención Única de 1961 violó los derechos de los Pueblos Indígenas y atentó contra el patrimonio cultural de su nación. Junto con Colombia, Bolivia exige, en efecto, que la coca sea liberada y reconocida como el regalo prodigioso que representa para toda la humanidad.

“Nadie”, dijo Choquehuanca, refiriéndose al narcotráfico y a la interminable guerra contra las drogas, “debería confundir la energía vital de esta planta sagrada con la energía del culto a la muerte. Ha llegado la hora de liberar a la coca, mientras construimos una política de drogas basada, esta vez, en el culto a la vida”.

El desafío inmediato será la integridad del proceso de revisión crítica, iniciado finalmente por la oms el 30 de noviembre de 2023. Si la ciencia prevalece, en palabras de Laura Sarabia, exministra de Relaciones Exteriores de Colombia, “la ciencia demostrará que la hoja de coca no es nociva para la salud”. Que Andrew Weil y otros defensores y expertos en la materia hayan sido excluidos del proceso por su activismo resulta preocupante. Pero, al final, la verdad sobre la coca será difícil de negar.

La fecha clave será el 20 de diciembre de 2025. El lugar, Ginebra, donde se presentará el informe final en la 48.^a sesión del Comité de Expertos en Farmacodependencia (ECDD). En ese momento, los miembros debatirán tres opciones. Podrían decidir no hacer nada, dejando la coca en la Lista 1, junto a las drogas más peligrosas del mundo. Como alternativa, podrían mover la coca a la Lista 2, como ya la clasifica la ley estadounidense. Esta categoría se reserva para sustancias médicamente útiles, pero potencialmente dañinas. En ese caso, las hojas seguirían sujetas a la mayoría de las restricciones del tratado, aunque se permitiría a los médicos prescribirlas.

La tercera opción, y la preferida por los defensores, es retirar completamente a la coca de las listas (*descheduling*), lo que la liberaría por completo del tratado y permitiría su disponibilidad general. Si el ECDD elige esta ruta, aún quedarían obstáculos burocráticos. Primero, los 53 Estados miembros de la Comisión de Estupefacientes (CND) tendrían que aprobar la recomendación por mayoría simple, algo que podría ocurrir en Viena en marzo de 2026. Ese resultado sería comunicado por el secretario general de la ONU a todos los Estados miembros, a la OMS y a la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE). En cualquier momento, la política podría interferir con el proceso. Aunque Estados Unidos, opositor principal de la reforma, ha abandonado formalmente la OMS, su presión, sin duda, se sentirá.

Aun así, más de 75 años después de que las Naciones Unidas llamaran por primera vez a la erradicación de la coca, las perspectivas de quienes buscan liberarla nunca han sido mejores. Si Bolivia y Colombia tienen éxito en Viena, será un giro histórico del destino y un gran triunfo para América Latina. El acceso legal a las hojas estimulará la investigación científica, que evaluará de forma objetiva el potencial terapéutico y médico de la coca, con el objetivo final de poner al alcance de todos una planta que puede mejorar el bienestar y aliviar los desafíos cotidianos de la vida. Una amplia variedad de productos derivados de la coca deleitará a los consumidores, mientras apoya a las más de 200.000 familias en Colombia que cultivan la planta para subsistir, permitiéndoles restringir —o incluso romper— sus lazos con los carteles. La liberación de las hojas socavaría el comercio ilegal y reducirá la deforestación, al liberar para el cultivo tierras que hace tiempo fueron taladas y abandonadas. A través de impuestos, generará para Colombia los recursos que le permitan pagar el precio de la paz, luego de haber vaciado sus arcas durante 50 años para financiar una guerra sostenida únicamente por las ganancias sórdidas de la prohibición.

Para los pueblos de América Latina y, sin duda, para todos aquellos con buenas intenciones, se abre un horizonte deslumbrante: el fin, por fin, de la guerra contra la coca. Un legado robado que regresa a su lugar legítimo. La planta sagrada, durante tanto tiempo difamada, honrada una vez más, como en tiempos de los incas y de todas las civilizaciones antiguas de los Andes, como un regalo de los dioses.

NI CONTIGO NI SIN TI

LA TRAGEDIA DE LOS CULTIVOS
ILÍCITOS EN COLOMBIA





FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN

Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones
Internacionales, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia
Director del Observatorio de Tierras





Desde finales de la década de 1970, los cultivos ilícitos han involucrado a decenas de miles de personas, en el papel tanto de parceleros como de jornaleros. Las bonanzas de la marihuana y de la coca en diversas partes del país transformaron sustancialmente el uso del suelo, y con ello a las sociedades rurales respectivas.

La respuesta colombiana a este desafío fue extraordinariamente violenta. Los campesinos, ilegalizados, no solamente fueron objeto de una dura persecución judicial, sino que experimentaron el envenenamiento de sus cultivos y territorios. La “presencia estatal por aspersión” —que tanto gusta— produjo respuestas, por ejemplo, en forma de múltiples movilizaciones y paros agrarios. Pero entonces los cultivadores fueron estigmatizados como narco-subversivos y sometidos a una dura represión.

Vale la pena destacar que, al menos en parte, en efecto se trató de una solución específicamente colombiana. Muchos otros países y regímenes, incluso en medio del régimen prohibicionista global impuesto por los Estados Unidos y secundado por muchos otros actores, trataron de manera diferente los cultivos ilícitos y al campesinado que se formó alrededor de ellos. Para no ir más lejos, en la década de 1990, en el vecino Perú, el presidente de entonces, Alberto Fujimori —ciertamente ni un demócrata, ni una mansa paloma—, buscó un acomodo con los cultivadores, seguramente inspirado por la idea de que fumigarlos en medio del enfrentamiento con una poderosa guerrilla era la mejor y más estúpida manera de minar la legitimidad del Estado. Varios funcionarios fujimoristas dijeron en diversos foros que ese acomodo había sido aún más útil que la interdicción aérea, que también implementó Fujimori. Pero este caso es solamente la ilustración extrema de un cierto margen de maniobra que supo garantizarse Perú a lo largo de los años en su tratamiento de la coca. Y Perú no ha estado solo en esto.

Así que en nuestro país nos encontramos con dos problemas superpuestos: la guerra mundial contra las drogas, que produjo toda clase de males sociales sin lograr siquiera acercarse a los objetivos que se planteó; y la especificidad colombiana, para la cual los ataques salvajes contra el campesinado no solo son una opción de política pública, sino una de las más viables. El resultado ha sido un desastre humano, político y social que ha generado innumerables incentivos para la continuación de los conflictos armados en el país.

Claro: la existencia misma de cultivos ilícitos causa múltiples disrupciones sociales. A propósito: desde hace ya un buen tiempo me he negado a utilizar el popular eufemismo de inspiración legal: “cultivos de uso ilícito”, pues en Colombia las políticas para los consumidores, con todo y sus deficiencias, han estado mediadas por consideraciones de salud y por preocupaciones con las poblaciones respectivas. En cambio, sucesivos gobiernos desplegaron grandes ataques contra la planta y contra los

campesinos y jornaleros que la cultivaban, violando los derechos humanos y minando los pesos y contrapesos democráticos. Son el cultivo y los sectores agrarios asociados a aquel, los que han sido el blanco de estas políticas.

A la coca y la marihuana ilegales se les pueden hacer al menos tres reproches, si se parte de que el grueso de la coca y la marihuana que se producen en el país se ha canalizado hacia mercados globales, para su uso recreativo (pero también medicinal). El uso ancestral, con seguridad, captura algún porcentaje de la producción, pero el centro de nuestras tensiones se encuentra en la relación entre los cultivos y los mercados globales ilícitos. Primero, al ser un sector de la producción por definición (por su carácter ilegal) no regulado por el Estado, atrae estructuras armadas que pueden llegar a ese vacío estatal. Segundo, les proporciona a estas últimas pingües rentas. Tercero, tiene efectos ambientales muy nocivos, al menos por dos vías: de un lado, constituye uno de los usos del suelo típicos de la expansión de la frontera agraria; del otro, está asociado a un uso muy intensivo, que aplica químicos al suelo o a los ríos, con una mentalidad cortoplacista.

Ninguno de estos reproches es inventado. La confluencia de los tres hace de la coca y de la marihuana ilegal un desafío serio relacionado con el medio ambiente, con la salud y con la seguridad. Pero a este panorama —cuya descripción hemos oído miles, decenas de miles de veces, a veces bien, a veces muy mal repetida— hay que sumarle otras dimensiones, de las que rara vez se habla en nuestro contexto. La principal es que, como economía agraria, la coca tiene importantes aspectos positivos, de los cuales las economías legales tendrían que aprender.

Las ventajas estratégicas de la coca —y al menos de una parte de la marihuana ilegal— son las siguientes. Primero, es un cultivo de pequeños campesinos. La mayoría de quienes se involucran en ella son parceleros, a veces expulsados de las regiones en las que vivían, por la violencia y la exclusión de las economías agrarias legales. Segundo, la coca les permite ahorrar a miles de campesinos: ningún cultivador se va a volver rico con las migajas que recibe de las súper ganancias que produce la coca, pero sí puede alcanzar un nivel modesto, aunque tangible, de ahorro. Aunque existe la idea de que la ganancia la consume el cultivador en alcohol y prostitutas —una simplificación primitiva, típica de cierta clase media urbana—, la evidencia sugiere que el grueso de estos ahorros los usa en la educación de los hijos, vivienda, tierra y activos fijos, como neveras o motocicletas. El Observatorio de Tierras¹ tiene evidencia sistemática de esto, tanto cuantitativa como cualitativa²; lo repiten también muchas voces regionales. Tercero, la coca y la marihuana son excelentes empleadores. Como la coca puede dar tres y hasta cuatro cosechas al año, tiene un fuerte efecto de desparrame positivo sobre las economías regionales. La coca, por ejemplo, paga mejor a sus trabajadores que otros sectores de la economía rural, lo que eleva el nivel de los salarios regionales, sobre todo cuando el contexto es de mano de obra escasa; así, campesinos y jornaleros con capacidad de compra fortalecen el comercio local y

1 Ver <https://www.observatoriodetierras.org/>

2 Ver, por ejemplo: Machuca Pérez, D. (2021). “La Paz con hambre y bala está muy difícil”. Reporte de seguimiento a la implementación del PNIS. <https://www.observatoriodetierras.org/wp-content/uploads/2022/01/La-paz-con-hambre-y-bala-est%C3%A1-muy-dif%C3%ADcil.pdf>; Marín Jaramillo, M., Machuca Pérez, D. y Acero Vargas, C. (2020). *El PNIS en Terreno: Voces del campesinado cocalero*. https://www.observatoriodetierras.org/wp-content/uploads/2020/05/El-PNIS-en-Terreno_-Voces-del-campesinado-cocalero.pdf; y Gutiérrez-Sanín, F. (2021). Tough Tradeoffs: Coca crops and agrarian alternatives in Colombia. *International Journal of Drug Policy*, 89(2), Artículo103156. <https://doi.org/10.1016/j.drugpo.2021.103156>

regional. Cuarto, por las especificidades del cultivo, pero también por el salvajismo de las políticas del gobierno (a través, por ejemplo, de la aspersión aérea de glifosato), la cosecha a menudo es más importante que la tierra, lo cual facilitó, a lo largo de los años, el tránsito, aunque inestable, de miles de trabajadores a propietarios. Quinto y último, los compradores del producto llegan al territorio, directamente o a través del regulador armado no estatal. Colombia, que en general no ha proveído infraestructura a muchas regiones y que destruyó la agencia estatal que compraba productos agrícolas a los campesinos, les exige que se involucren en otros cultivos. Pero la pregunta sin responder hasta el momento es cómo lo harán, sin carreteras, infraestructura y acceso a los mercados.

Estos son los aspectos positivos fundamentales de la coca. Un instante de reflexión convencerá al lector de su gran importancia. Empleo y ahorro son dos dimensiones clave de cualquier concepción razonable de desarrollo. Aquí estamos ante economías que proveen uno y otro, de manera regular, en un contexto de baja concentración de la tierra —al menos para estándares colombianos—. Se habla mucho de “desarrollo alternativo” para enfrentar el problema de la coca. Pero los programas de desarrollo alternativo han funcionado muy mal en el país: casi tan mal como la guerra contra las drogas. La razón es que no tienen en cuenta los aspectos positivos, estratégicos, de los cultivos ilícitos. Si consideramos la extraordinaria concentración de la tierra en el país, la precariedad de los principales usos del suelo —legales en términos de provisión de empleo y ahorro— y la prolongada precariedad de múltiples regiones —en términos de infraestructura y bienes públicos—, es inevitable llegar a la conclusión de que la encarnación real del desarrollo alternativo en el país es la coca. Esa ha sido la otra ruta, no descubierta en un gabinete o en un laboratorio, sino en la búsqueda vital de decenas de miles de personas que articularon su iniciativa y su capacidad a un mercado global cuyas especificidades les permitieron seguir en el juego.

Ese el verdadero problema que enfrenta el país. Si la coca fuera la “mata que mata”, bastaría con superar los ataques masivos contra la población civil del periodo de la guerra contra las drogas, combinar diversas formas de legalización y regulación del consumo, y continuar con los esfuerzos de erradicación. Nótese, sin embargo, que esta opción tiene una buena dosis de hipocresía y no resuelve el problema de fondo.

La dosis de hipocresía consiste en la tolerancia del consumo, junto con la represión de la producción. Si el consumo es medianamente tolerado en el país, porque se considera que los daños producidos por la cocaína no son tan dramáticos y, por consiguiente, se puede y se debe permitir un consumo recreacional y médico regulado —combinado con pedagogía pública para evitar sus excesos—, entonces ¿de dónde se imaginan que saldrá la materia prima que provea el consumo tolerado? ¿De Marte?

Y el hecho de que no resuelva el problema de fondo consiste en que, si nos concentramos en la producción, estamos hablando de una cuestión agraria irresuelta, que no se restringe al mundo de la seguridad o de la salud pública. Esa dimensión agraria es fundamental para el país, y es un gran acierto del Acuerdo de Paz de 2016 haberla incluido como uno de los puntos cruciales a resolver para alcanzar la proverbial “paz estable y duradera”.





La dimensión agraria tiene que ver tanto con las desventajas y ventajas de los cultivos ilícitos, como con los límites de las economías legales: ¿cuántas pueden vanagloriarse de estar ancladas en la economía familiar campesina, de promover el ahorro de los pequeños propietarios, o de ser intensivas en empleo? Algunas; pero no muchas. El grueso del uso del suelo en el país está concentrado en economías que no tienen esas características. Esa es una de las varias razones por las que los procesos de sustitución son inestables e ineficaces. En las pocas ocasiones en las que se ha logrado un tránsito no represivo a otros usos del suelo, nos encontramos con frecuencia con uno de dos extremos que destruyen precisamente eso que la economía cocalera alentó o, al menos, permitió. En un extremo, se observa una dinámica productiva extremadamente concentradora, de la mano de grandes empresarios bien conectados con los gobiernos de turno. En el otro, lo que Patrick Meeham ha llamado acertadamente *boutique development*, es decir, pequeños proyectos, todos ellos primorosos, de vitrina, pero de corta vida y poco impacto, que terminan teniendo, si acaso, una influencia positiva muy marginal.

En efecto, el secreto mejor guardado de los debates sobre las economías ilícitas es que los programas de desarrollo alternativo han resultado en nuestro país casi tan fallidos como la guerra contra las drogas. Quienes deciden no se han tomado la molestia de entender ni la naturaleza ni la magnitud del problema. Y el hecho de que para mantener las propuestas de sustitución de cultivos se necesiten poderosas coaliciones políticas ha llevado con frecuencia a un cambio de directrices que resulta bastante opaco para el campesinado, y que no garantiza las condiciones mínimas de estabilidad para propiciar una sustitución constructiva.

Se me podrá contraargumentar que, en realidad, los campesinos siempre le han apostado a la sustitución, y que han terminado por detestar la planta. Y esto, no solamente por los males sociales que nombré arriba, sino porque destruye y distorsiona a las comunidades campesinas. Naturalmente, esta es una cuestión puramente empírica, que además está marcada por una fuerte variación regional y temporal. Pero el Observatorio ya lleva años recogiendo de manera sistemática evidencia sobre el asunto en diferentes partes del país, y ella sugiere una conclusión un poco diferente.

Los campesinos entienden perfectamente, tanto como el mejor de los analistas externos, los males que trae aparejada consigo la coca. Además, consideran —por razones obvias— que la vida en medio de la ilegalidad es terrible. Por eso, han estado dispuestos a apostarles a los diversos planes de sustitución, chiquitos, medianos o grandes, planteados por sucesivos gobiernos. Ni los incumplimientos sucesivos y masivos, con el correlativo creciente escepticismo, han debilitado su resolución con respecto a aceptar, en principio, alguna forma de sustitución; hasta el punto de estar dispuestos a destruir por mano propia sus medios de vida, a la espera de lo que pueda traer el programa respectivo.

Pero una buena parte de los campesinos entiende que se enfrenta a un dilema, en los términos que planteé más arriba: por un lado, la coca ofrece una serie de ventajas económicas y sociales cruciales; por el otro, facilita la captura del territorio por parte de actores armados y la exposición de los pobladores a los ataques por parte del Estado y de actores transnacionales. Por lo demás, esto también lo entienden otros actores regionales, que han explicado de distintas

maneras que la coca trae desgracias, pero también permite a los cultivadores y trabajadores darles estudio a sus hijos.

Por otra parte, ¿será cierto que la coca destruye a las comunidades? Esta aserción, que se tiende a tomar por buena en diversos ámbitos, tiene tanto de largo como de ancho. Porque, aunque el mundo cocalero no es un falansterio de armonía y capital social —¿dónde lo encontramos en nuestro país?—, las ventajas estratégicas que enumeré arriba van más allá de las simples ganancias para el productor individual.

Es necesario pensar e ir en contravía del lugar común y de la retórica escandalizada sobre la “descomposición social” o el “narco-capitalismo”. Ciertamente: como sucede con muchas otras sociedades rurales, la brusca monetización de la vida social conlleva aquí un síndrome fácilmente reconocible (cambio brusco de los patrones de sociabilidad y de uso del tiempo libre, enfrentamientos no regulados entre la población, etc.), que está bien caracterizado en Colombia y en el mundo. Me acuerdo de la observación de Eric Hobsbawm sobre el estado de Guerrero, en México: llegó un momento en que “los hombres” preferían una pistola a un aparato de radio. Hobsbawm no hablaba, sin embargo, de una región cocalera —lo que refuerza el argumento que vengo exponiendo—, pero sí de una de frontera agrícola en expansión. Aunque la coca, por su carácter ilegal, sí tiene mayor probabilidad de facilitar el ingreso del actor armado.

Sin embargo, hay que recordar que las sociedades rurales —como todas— están en movimiento. Una cosa es la primera generación de colonos, que a menudo llegaban sin familia; y otra la segunda y tercera generaciones, de mayor densidad demográfica, que aspiran a la estabilidad y han oído y aprendido de las historias de sus abuelos y padres. Entre ellos, pueden rechazar duramente el consumo en sus territorios; han perdido algunas formas de acción colectiva, pero han mantenido y desarrollado otras; los vigorosos mercados laborales que caracterizan a la coca les permiten a los pobladores experimentar diversas formas de integración social y, por consiguiente, paliar algunos conflictos interculturales; el dinero invertido en la educación de los hijos sube el nivel de las capacidades existentes en la región. Como mostramos con mi colega Diana Machuca, estas sociedades son mucho más vigorosas, dinámicas y complejas de lo que permitiría suponer el lugar común. Solo una mirada informada apenas por la opinión general, o por la ansiedad malsana y condenada al fracaso de querer encerrar a los campesinos en un museo social en donde las tradiciones se conservan prístinas a lo largo de las décadas, puede ver en tales sociedades simples espacios de descomposición.

El lector atento podrá estar preguntándose: ¿por qué persistimos en políticas que no atienden la esencia del problema? De hecho, es bastante sorprendente que en efecto lo hagamos. Ya comenté cómo, en el vecino Perú, un ex presidente que no podría ser caracterizado ni como demócrata ni como procampesino pudo implementar una política más sensata, al menos en algunos aspectos fundamentales. Mi impresión es que para responder a la pregunta es menester indagar en el tipo de relación que se tejió entre nuestro sistema político y diversos actores. Los políticos colombianos sentían que no necesitaban el voto campesino —menos aún en regiones de colonización y bajísima densidad demográfica—. A la vez, buena parte de ellos vivían bajo

la sospecha de estar vinculados al narcotráfico, así que tenían que enviar la señal — tanto a la opinión pública como a los Estados Unidos— de que estaban dispuestos a combatirlo. Sobre todo en un contexto político muy competitivo.

Se me contestará que el proyecto de Fujimori también lo estaba. Es verdad: y en materia grave. Pero hablaba desde una posición de fuerza, en un contexto no competitivo (gracias a su autoritarismo), y desde una perspectiva que buscaba obtener una hegemonía nacional. La mayoría de los liderazgos colombianos, desde la década de 1980, en cambio, estaban bajo sospecha de tener relaciones con el narcotráfico, o al menos de ser tolerantes con él, y a la vez se encontraban metidos en dinámicas faccionales para las que la legitimidad frente a los colonos era, en el peor de los casos, una cuestión muy marginal, relacionada con un orden público del cual estaban operativamente desligados y no con la legitimidad del sistema político. Así que la fumigación se convirtió en la manera en la que toda clase de operadores políticos —incluidos aquellos involucrados con narcos— podía mostrar su disposición a participar en la guerra contra las drogas de los Estados Unidos y por tanto ser tolerado o apoyado por ese país. Si se quiere encontrar el verdadero combustible de la guerra, hay que comenzar con este mecanismo de señalización. A propósito, este continúa actuando hasta hoy, cuando somos testigos de las declaraciones de liderazgos muy opacos que exigen volver a las políticas más agresivas de fumigación y de destrucción del campesinado.

Así fue como llegamos a la situación actual: nos metimos en una trampa, con costos humanos y sociales gigantescos. Eso obliga a dar un paso atrás y a mirar el problema en perspectiva. La coca ha sido la fuente de muchos males. Pero también de bienes fundamentales que el sector legal no ha sido capaz, hasta el momento, de proveer. Ambos —los bienes y los males— tienen que ver con su naturaleza ilegal. La legalización es una opción fundamental; pero hay que pensar más allá de ella. Tenemos que poder responder a la pregunta específicamente agraria y de desarrollo que plantea la coca.





AMOR A LA COCA, PAZ CON LA COCA





ANTHONY HENMAN

Antropólogo, escritor, investigador
y docente universitario británico brasileiro





Treinta años después de la primera edición de *Mama coca*¹ no sé si me cabe un llanto triste o, mejor, una risa irónica frente a la falta de seriedad de mis pares en el imperio transnacional del norte. Como cuento en estas páginas, los intereses neocoloniales de mediados del siglo xx, disfrazados de un discurso pseudocientífico, consiguieron poner a la hoja de coca en la maldita Lista 1 de la Convención Única de la ONU y siguen, hasta hoy, con su absurdo proyecto de desterrar una planta con una noble historia y virtudes que se revelan cada día más útiles, cada vez más adaptadas a las necesidades del futuro.

¿Cómo es posible que, después de más de cincuenta años de enérgicas condenas a la coca, no se haya conseguido, siquiera, uno de los objetivos trazados por las políticas públicas? ¿Cómo es factible que, a pesar de repetidos fracasos a todos los niveles y en todas las áreas, se sigan reproduciendo las mismas medidas? Y ¿cómo es que a cada cambio de ministros se sigue repitiendo la misma respuesta banal como si fuera la última novedad?: “Ahora sí, vamos a acabar con el narcotráfico...” ¿Por qué no llegamos, jamás, a ese momento decisivo de la historia? Debe ser que el objetivo está mal trazado o que los verdaderos objetivos de la guerra permanente a las drogas no son los declarados y que al poder le interesa estar a la vuelta de la esquina de una victoria final que ha invocado, anunciado y declarado tantas veces. La ilegalidad de la coca ha dado un extraordinario dinamismo a los intereses oscuros de su comercialización, acompañado de unos efectos profundos sobre los modelos de desarrollo en las áreas productoras y distorsiones políticas de conocimiento público en Colombia. Desde que la coca fue declarada elemento perturbador del orden público hemos entrado en una espiral de violencia que parece no tener salida, construyendo cada vez más cárceles, entrenando cada vez más brigadas antinarcóticos, erradicando cada vez más hectáreas.

Lo absurdo de esta situación, que impide el desarrollo, destruye las instituciones, y hace a la coca parte de un proceso de mercantilización maligna de todo el planeta, ha llevado a muchas mentes inteligentes a reconocer la validez de las posiciones asumidas en *Mama coca*, defendidas por casi todos los estudiosos independientes del tema. Dicho llanamente, la coca nunca debió ser prohibida; por eso, al reconocer la necesidad de un cambio de enfoque, no se trata de “legalizar” algo de potencial desconocido sino de admitir un error histórico y reparar una injusticia hecha a una planta que ha acompañado a los seres humanos durante milenios.

Ya es hora de hacer la paz con la coca, abrazarla, amarla como merece ser amada una planta de muchos dones y muchas cualidades. En 1976

¹ Este texto de Anthony Henman fue publicado originalmente como “Prólogo a la primera edición en español de *Mama coca*”, en 2008. La primera edición (en inglés) del libro de Henman es de 1978 y para entonces su autor era conocido bajo el seudónimo de Antonil. Debido a la vigencia de la obra de Henman, la Universidad del Cauca acaba de publicar una nueva edición en español en 2023. Este texto ha sido revisado y publicado en este libro con la aprobación del autor y de la Editorial Universidad del Cauca, a quienes agradecemos su autorización para reproducirlo en esta publicación.

Andrew Weil, conocido médico naturista, publicó un artículo que describe varios usos de la coca: para tratar espasmos y condiciones dolorosas del tracto gastrointestinal; como sustituto del café, de las anfetaminas y de la misma cocaína, ya que estos estimulantes tienen acciones más prolongadas e irritantes; como antidepresivo, siendo menos tóxica que los productos farmacéuticos usados para este fin; para el mareo y el mal de altura; como tónico de las cuerdas vocales para quienes requieren un uso intensivo de la voz o del canto; como tópico en los dolores de muelas e infecciones bucales; como suplemento nutricional en programas de reducción de peso y entrenamiento físico. Un famoso estudio publicado por la Universidad de Harvard (Duke, Aulik y Plowman 1975) ya había llamado la atención sobre el valor nutritivo de la coca, comparándola, positivamente, con varios otros alimentos andinos y mostrando que era una fuente excelente de calcio, fosfato y potasio, además de contener cantidades apreciables de vitaminas y sales minerales. Estas calidades explican la ausencia de indicios serios de desnutrición en muchas comunidades andinas y apoyan su empleo actual para tratar osteoporosis, diabetes, colesterol alto, hipertensión y otras enfermedades de la tercera edad.

Al desarrollo de estos nuevos usos, urbanos y modernos, se suman las diversas introducciones del *chachado* o *mambeo* allí donde no existía cuando inicié este estudio. Contrariando la rigidez y falta de imaginación de las políticas oficiales, el mercado consumidor da señales de un aprendizaje colectivo que ha rescatado el “uso tradicional” del gueto donde trataron de encerrarlo. El objetivo original era limitar el uso de la coca a culturas indígenas que, en la lógica de la época del falso progreso, estaban destinadas a desaparecer. De esta manera se favorecieron ciertas áreas de producción (los Yungas de La Paz o el Valle de la Convención, en Cusco) y se castigaron otras, igualmente “tradicionales” (Monzón, en Huánuco, y el Chapare boliviano), creando una confusión que abrió más mercados que los que consiguió cerrar.

En Colombia se reconoció el derecho a *mambear* a ciertos grupos indígenas (en la Sierra Nevada de Santa Marta, el Cauca, el Putumayo y el Vaupés) pero se excluyó a la población campesina de las mismas zonas. ¿Por qué? Hay muchos usos no “tradicionales” de la coca que llevan a soluciones innovadoras: entre estudiantes y artistas en varias ciudades andinas; entre trabajadores de la industria pesquera en la costa peruana; entre la burguesía regionalista de Salta, en Argentina; entre los turistas que vienen al Cusco a aventurarse por los caminos del Inca. Todos, incluyendo el reciente repunte del uso de la harina de coca en las tiendas naturistas de Lima, demuestran lo que sabe cualquier sociólogo: el significado de cualquier forma de consumo es maleable históricamente, y puede tomar rumbos inesperados en el caso de la coca. Además de admitir la autonomía de la coca, su actuación como agente histórico, las nuevas generaciones parecen entender, intuitivamente, el respeto que se debe a las plantas psicoactivas, llamadas “maestras” en las tradiciones andino-amazónicas. Apartarnos de la arrogancia etnocéntrica expresada en las convenciones de la ONU nos llevará a reconocer, quizás, la subjetividad del otro. Lo digo más como un anhelo teórico que como un hecho consumado pues ¿cómo se llega a considerar la coca como sujeto autónomo?; ¿cómo podemos verla como actriz en la historia universal y no, apenas, como objeto de nuestro consumo, nuestras necesidades, nuestras intervenciones, nuestras políticas? Esto implica verla como especie botánica, una planta que necesita agua y tierra, que busca el sol y que, como todas las especies, anhela y desea la reproducción. La reproducción...

Quien conoce la flor de la coca, quien ha mirado de cerca su fruto (que, dígame de paso, dio origen a la forma de la botella de Coca-Cola), sabe que, además de hermafrodita y bisexual, también es una planta muy fértil, capaz de dar mucha semilla. Hace unos años andaba por Coripata, un pueblo de los Yungas de La Paz, Bolivia, con un equipo de TV y nos llamó la atención la enorme cantidad de pepitas rojas que crecían sobre las matas de coca. Dije, un poco en son de broma, que las lomas de la región podrían tener el mismo realce en la producción de coca que tienen las de Borgoña para el vino. En efecto, los esquistos de la formación geológica local son parecidos a las tierras de otras zonas productoras de larga data, como el valle de Monzón, en Huánuco, Perú, o el valle del río San Jorge, en el sur del Cauca.

La coca tiene una ecología particular y hay que admitir que su producción bajo el régimen de la prohibición no siempre ha respetado el medio ambiente. En el valle del río Apurímac y en la costa Pacífica de Colombia, por ejemplo, se están cultivando plantaciones de coca muy densas destinadas a un corto periodo de máxima producción, seguido por un rápido abandono, deterioro de los suelos y erosión. Puedo imaginar un futuro en el que la coca ya no sería producida en gran escala donde lo es actualmente y volvería a los sitios que le son más adecuados en términos geológicos y climatológicos.

La coca cultivada se divide en dos especies; cada una comparte dos variedades bien demarcadas. *Erythroxylum coca*, la principal especie económica, se cultiva en las vertientes orientales de los Andes, en Perú y Bolivia, y, recientemente, se ha introducido a Colombia con el nombre de coca Tingo. Su variedad *ypadú* está adaptada a las condiciones de la selva baja y se cultiva en la zona donde se encuentran las fronteras de Brasil, Colombia y Perú. Tiene la particularidad de reproducirse por estacas, alcanzando un crecimiento rápido, pero produciendo hojas grandes con un contenido de alcaloide relativamente bajo. *Erythroxylum novogranatense* es la coca del Cauca y de la Sierra Nevada de Santa Marta, adaptada a condiciones estacionalmente más secas que las que favorecen la *E. coca*. Su variedad *truxillense* es la coca de la costa norte peruana, actualmente cultivada en los valles de los ríos Moche, Chicama y Marañón en condiciones semidesérticas con la ayuda de agua de riego y bajo una ligera sombra. Tiene fama de ser la coca más aromática y es la que se usa como saborizante para gaseosas.

Cada especie, cada variedad, está adaptada a condiciones específicas. Un adecuado manejo agronómico frenaría la tala de bosques en zonas inapropiadas y la coca, en vez de ser una amenaza al ecosistema, como es pintada actualmente, volvería a ser la base del desarrollo campesino en las áreas adecuadas para su cultivo. ¿Será demasiado optimista esta visión? No lo creo; 250.000 hectáreas de coca no representan nada frente a las enormes extensiones dedicadas, por ejemplo, a la caña de azúcar, tradicional motor de la agroindustria tropical. Es perfectamente factible combinar la coca con cultivos de pancoger y asociarla a otras plantas perennes que frenen la erosión. Lo único que se requiere es, como en el caso de cualquier planta cultivada, saber evitar grandes extensiones de monocultivo que atraen plagas y destruyen las complejas relaciones entre las especies.

Aquí entro en lo esencial de mi argumento. Detrás de las cuestiones de actualidad se esconde un proceso de aprovechamiento de los recursos naturales cuya historia no se remonta al comienzo del actual ciclo de la cocaína, desde la década





de 1970, ni siquiera al error monumental que resultó en la prohibición de ciertas drogas y plantas a comienzos del siglo xx. El enfoque antropocéntrico —que reza que las demás especies que existen en el planeta solo están aquí para satisfacer las necesidades humanas— es anterior al liberalismo económico, al surgimiento del capitalismo moderno y a la conquista europea de las Américas. La tiranía de los seres humanos sobre otras formas de vida es de gran antigüedad, aunque no compartida por todas las sociedades humanas, y contraria a la percepción del mundo de muchos grupos indígenas americanos. La visión de estas sociedades —descrita por el antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro como “perspectivismo” y “multinaturismo”— implica un planeta habitado por múltiples seres, cada uno percibiéndose como sujeto, cada uno dotado de una inteligencia autónoma, cada uno apreciando el mundo desde un punto de vista distinto a los demás. Se trata de un entendimiento opuesto a nuestra visión moderna, multicultural, que supone una similitud en la naturaleza física de las formas de vida y una multiplicidad en las adaptaciones culturales. En la perspectiva multinatural ocurre lo contrario: se concibe el mundo con una unidad del espíritu, de la cultura, de la percepción, cosas que son compartidas por todas las especies. La diversidad está en los cuerpos, en los aparatos cognitivos y en las formas concretas de representación.

Aquí se confunden las categorías y las dicotomías tan valorizadas en Occidente: la naturaleza y la cultura, la animalidad y la humanidad, la determinación y el libre albedrío. Desde una perspectiva multinatural la guerra a las drogas no solo se ve como una empresa imperialista y como una proyección mágica de lo maligno en sustancias y plantas inocentes sino como el deseo de llevar el mundo a lo que un cierto Dr. Dupont, consejero de drogas del expresidente Ronald Reagan, una vez llamó, sin ningún recelo, *species extinction*, defendiendo ese objetivo, en el caso específico de la coca, como algo deseable para el orden público y la salud humana. Me pregunto: ¿cómo será que la coca —para no hablar de la amapola y el cannabis, del yagé o ayahuasca, de los cactus peyote y wachuma, de los hongos y muchas plantas más—, cómo será que la inteligencia de esta especie, nuestra *cocamama*, percibe el loco afán humano por acabar con ella? Verá, seguramente, que los problemas que tenemos con ella se deben, esencialmente, a la falta de un correcto entendimiento de nuestra parte, tanto en saber aprovechar sus dones y beneficios de forma adecuada como en establecer una relación respetuosa y democrática entre las especies, ampliando nuestro concepto de lo político más allá del *Homo sapiens*. También verá que negamos a las plantas y animales la capacidad de intencionalidad que es dada por la posición de sujeto, que los condenamos, para siempre, a la condición de meros objetos de nuestro modelo de consumo. Verá, finalmente, que nuestra confusión es producto del miedo de perder la seguridad utilitaria de un mundo donde todo se convierte en un elemento de mercado y, sobre todo, terror de pasar al reconocimiento de una subjetividad no-humana y, así, llegar a percibir las plantas psicoactivas como auténticas profesoras, guías del pensamiento. [...]

Si, al contrario, aceptamos que tenemos mucho que aprender de la coca este cuadro se invierte: ya no encontramos problemas sino soluciones. Soluciones ambientales, soluciones para el desarrollo y la reinserción social, soluciones pragmáticas para el consumidor. Vuelvo a insistir sobre el ejemplo de la coca amazónica, el *ypadú* o el *mambe*, cuya forma pulverizada reúne los requisitos de un producto para las nuevas generaciones. [...] Además, tiene un perfil sano: selvático y

ecológico, orgánico e integral. Esta y otras formas de coca semindustrializada podrían hacer que empecemos a concebir un futuro en que lleguemos a convivir, de forma pacífica, con esta planta.

La coca puede, y hasta quiere, vivir en paz con nosotros. El botánico Timothy Plowman (quien, aún más que yo, conoció casi todas las áreas de producción de coca en su corta vida) me contó una vez que en sus andanzas nunca había encontrado una planta verdaderamente silvestre de coca. No hablamos de la *sacha coca* del alto Huallaga o de las otras cerca de ochenta especies de *Erythroxylum* que crecen en varias partes de América del Sur. Tratamos de las dos especies de coca con alcaloide, cuya domesticación remonta, por lo menos, a 6.000 años antes de Cristo. La mata silvestre que dio origen a esta coca ha desaparecido, así que, desde hace miles de años, la coca depende de nosotros para sobrevivir. Es nuestra compañera, como muchas otras plantas cultivadas, equivalente al perro y al gato en el mundo animal. Por esta razón nos quiere, porque depende de nosotros y no porque somos bellos, buenos o inteligentes; es porque le damos vida, la hacemos crecer, la acariciamos y la comemos. Nos quiere como nosotros la queremos a ella: con todas las contradicciones de la pasión y de la interdependencia. Contra el odio de los guerreros que buscan la extinción de la especie tenemos que responder con dos lemas que, en verdad, son uno solo: amor a la coca, paz con la coca.

REFERENCIAS CITADAS

Duke, J., Aulik, D., y Plowman, T. (1975). Nutritional value of coca. *Botanical Museum Leaflets*. 24(6): 113.



1

THE COCA LEAF

LA HOJA DE COCA

IN COLOMBIA'S
FOREIGN POLICY
EN LA POLÍTICA
EXTERIOR COLOMBIANA



INDEX

90

BOUND BY THE LEAF

A COMPREHENSIVE ACCOUNT OF CULTURAL AND
PEOPLES' DIPLOMACY ON THE COCA LEAF AS
BIOCULTURAL HERITAGE IN COLOMBIA

ROSA YOLANDA VILLAVICENCIO MAPY

96

COMMUNITY DIPLOMACY AND THE COCA LEAF

MAURICIO JARAMILLO JASSIR

110

CULTURAL DIPLOMACY AS A STATE STRATEGY:

COCA AND SYMBOLIC POWER

CATALINA CEBALLOS CARRIAZO

126

THE SECRET HISTORY OF COCA

WADE DAVIS

150

NEITHER WITH YOU NOR WITHOUT YOU

THE TRAGEDY OF ILLICIT CROPS IN COLOMBIA

FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN

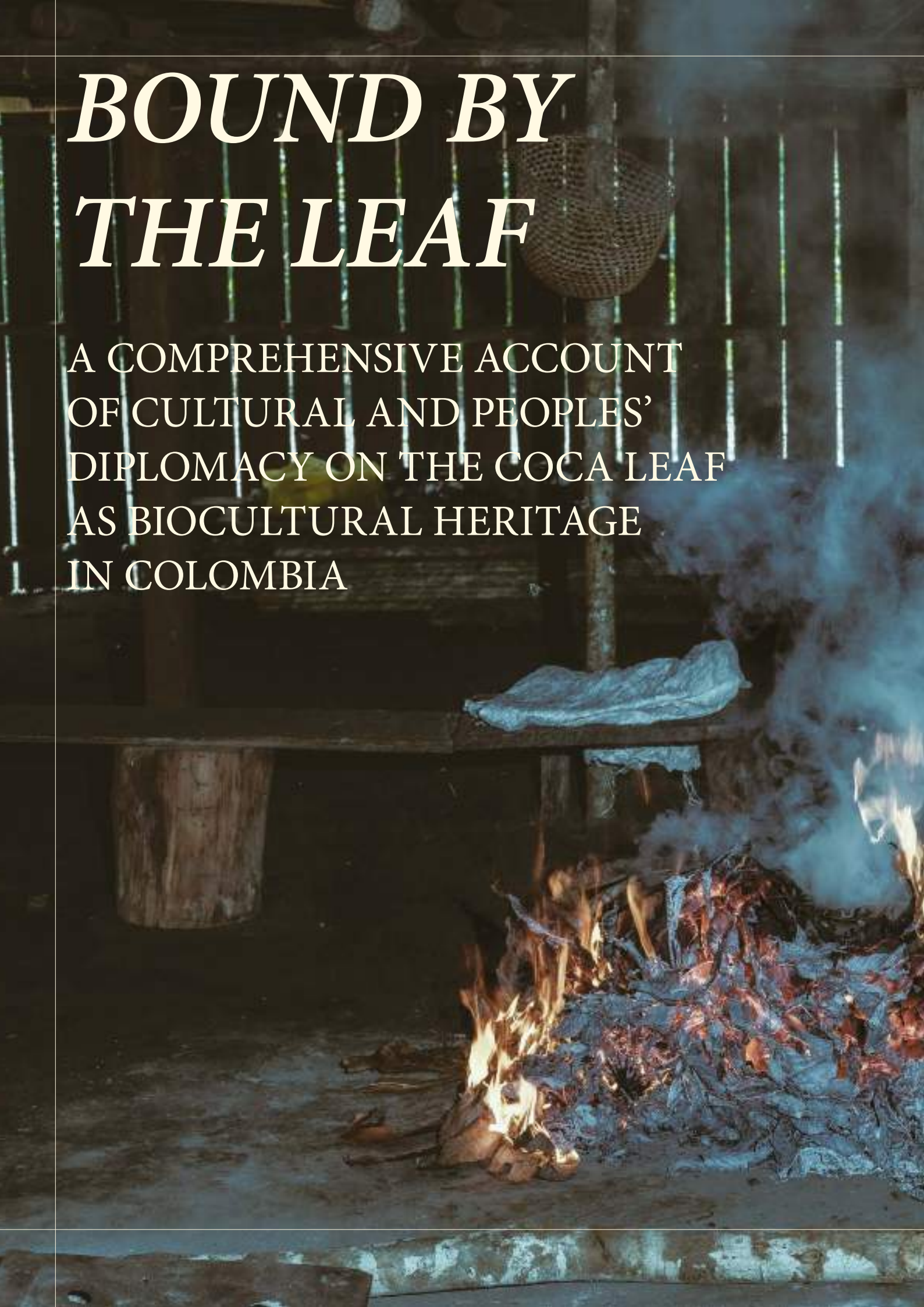
162

LOVE FOR COCA, PEACE WITH COCA

ANTHONY HENMAN

BOUND BY THE LEAF

A COMPREHENSIVE ACCOUNT
OF CULTURAL AND PEOPLES'
DIPLOMACY ON THE COCA LEAF
AS BIOCULTURAL HERITAGE
IN COLOMBIA





ROSA YOLANDA VILLAVICENCIO MAPY

Minister of Foreign Affairs of Colombia





The Ministry of Foreign Affairs is pleased to present this publication, which we hope is both a symbolic object and an eloquent representation that will promote and challenge a dialogue that is part of the current debates on the resignification of the coca plant, its proper place in our national project, and the overcoming of the stigma and ignorance regarding this bush, which has been the subject of criminalization and geopolitical, economic, and cultural disputes.

The publication contains, in a box-cum-*maloca*, three books composed of illuminating texts that reflect diverse perspectives, narrate profound human experiences and express critical positions, with a clear sense of equity and social justice around the coca leaf and the human groups that grow and consume it with devotion and without damaging their health.

Bound by the Leaf is the name we have given to this editorial object, which is part of the Colombian Ministry of Foreign Affairs' cultural diplomacy strategy to invite the international community and national opinion to reflect—from a decolonizing and destigmatizing perspective—on this master or sacred plant that was originally recognized in Colombia under other ancient names: *mamacoca*, *kinthu*, *ayu*, *esh's*, *jibina*... This plant provides the roots of systems of knowledge, spirituality, and resistance that are not only worthy of (re)knowing and celebrating, but that are also necessary to achieve other ways of relating to the natural world and of managing the emotions and conflicts that overwhelm individuals and contemporary communities.

The three books that you will find inside this box are organized around three complementary thematic axes designed to engage with the coca plant from a foreign policy perspective (book 1), through the cultures, knowledge, and arts that make it a heritage of peoples (book 2), and with regard to science and potential uses that indicate ways to redefine its future (book 3).

Bound by the Leaf invites those who read and explore it to understand and safeguard the coca plant, through voices that have called us to do so for decades in other accents, such as those of Wade Davis and Anthony Henman. Or through voices that speak the ancient languages of the territories, such as those of Seykingumu Osorio in the Sierra Nevada de Santa Marta; Juan Gittoma and four other holders of knowledge from the Gente de Centro in the Amazon; Edwin

Agudelo, in Orinoquia; and Herney Ruiz and Anyi Ballesteros in Cauca. Voices that speak to us from a place of ethnobotany, such as those of Óscar Pérez and Dora Troyano. Voices that speak about the coca leaf as food, such as those of Carmen Posada and Enrique González Ayerbe. Voices from academia, such as those of Francisco Gutiérrez Sanín and María Alejandra Vélez. Voices that capture the experience and works of Miguel Ángel Rojas, Tatiana Arocha, Wilson Díaz, and eleven other artists, who work through and with the coca plant and are included in Laura Zarta's text.

Voices that join those from the Ministry of Foreign Affairs that have taken the initiative to propose, to the Colombian Heritage technical committee, the recognition of the traditions and cultural practices surrounding the coca plant as biocultural and biodiverse heritage, in such a way as to enable these practices to be included on the List of Good Safeguarding Practices and to protect their associated knowledge. These are voices such as those of the Colombian ambassador to Bolivia and Arhuaco leader, Elizabeth García Carrillo, and Deputy Minister Mauricio Jaramillo Jassir.

The reading of this publication is symbolically preceded and accompanied by images by three photographers and artists from the Amazon: Jorge Panchoaga and Andrés Cardona (photographers) and Aimema Úai (artist); the images of two avid researchers and explorers of other ancient coca territories, Stephen Ferry (Sierra Nevada de Santa Marta) and Nadège Mazars (Cauca); Agroarte and the creative archive that has been put together using the creative experience of Alianza Coca para la Paz, also in Cauca.

This publication and the other cultural diplomacy strategies that it joins are not an isolated step, but rather an action that is consistent with the multiple efforts made during this administration to develop a new approach to the global drug problem. These efforts have already begun to bear fruit. A recent example was seen at the 68th session of the United Nations Commission on Narcotic Drugs. At the initiative of Colombia, the Commission approved the creation of a high-level panel of experts to analyze the global drug regime and make recommendations to produce better results. The reimagination of the coca leaf from an inclusive and human perspective is another important step on this path. As Wade Davis points out:

 **Efforts to deny the Indigenous Peoples of the Andes access to coca [...] are not analogous to outlawing beer in Germany, coffee in the Middle East, or betel chewing in India. They are acts of cultural genocide, just the latest assault in a clash of civilizations that began 500 years ago with the Spanish conquest. (Book 1)**

In the first book, Professor Francisco Gutiérrez Sanín speaks of decades of failed drug war policies, while Mauricio Jaramillo Jassir invites us to reflect—from a contemporary perspective in line with the social movements of the 21st century—on the meaning of these policies in terms of cartographies of power, human rights, and stigmatization of Indigenous Peoples and the peasantry, and advocates for decentralized diplomacy that brings together the knowledge, claims, and demands of the territories.

All the voices gathered in these three books reiterate the *leitmotif* of this publication: the urgent need to declassify the coca leaf from the list of the 1961 Single Convention on Narcotic Drugs, to repair a historical error rooted in colonialism and racism, and to pave the way for its just, responsible, and sustainable regulation.

In addition to being a symbolic object, this book is also a foreign policy tool, which invites us to rethink the importance and impact of culture in multilateral and bilateral discussions. Culture, in this sense, is a calm, profound, and transformative form of diplomacy.

That is why we have thought carefully about every detail of this publication: its editorial concept, the curation of its voices, care for the texts, the narrative in the images that accompany these texts, the fonts, the colors, the weight of each page. And we are proud to have worked together with the Instituto Caro y Cuervo team—assembled by its director, Daniella Sánchez Russo—an institution whose reputation transcends the ranks of linguistics and research, on this project that the Colombian government offers to the world. This is equally for those who already believe that there are ways of inhabiting the planet other than those that have been considered unique or morally superior, as well as for those parts of the world still seated in those hegemonies that are so difficult to dismantle.

Reading this book is, therefore, an invitation to “sweeten the word” around the coca leaf, to find its ancient names in its pages, and to find them linked to other systems of knowledge and to other experiences of coexistence with everything living. This is an invitation to come together intimately in a reflection with many voices that leads us from the criminalization of a sacred plant, converted into “the plant that kills”, to the reparation and destigmatization of *Bound by the Leaf*. This is the very meaning found in the words of Manuel Zafiamá Casiaño, an elder of the Uitoto People, with which we want you to start exploring these pages:

 **I personally, as an authority, as an elder, want to say that this plant is part of our origin, of our beginning, that is why they must respect this highly important plant, which is *jibina*, as we call it. The word “coca” is not ours; that word already has another meaning. I don’t know who came up with this name, but [...] if you think that *jibina* is no use as a plant, then that means that we are nothing like indigenous people, because we are the ones who use it. To say this we also use it. (Book 2)**

COMMUNITY DIPLOMACY AND THE COCA LEAF





MAURICIO JARAMILLO JASSIR

Vice Minister of Multilateral Affairs
Ministry of Foreign Affairs of Colombia





For years, the Colombian state has seen how the so-called war on drugs has failed. The prohibitionist strategy, focused on drastic supply reduction, has demonstrated that while countries in the Global South undertake exhausting and fruitless efforts and pay the highest costs, drug use in the Global North has expanded not only in terms of scope, but in the emergence of synthetic drugs for recreational use. This paradoxical situation highlights several aspects. First, there is the asymmetry when it comes to facing responsibility and assuming commitments. Second, the anachronism of categories such as “consumer countries” versus “producer countries”. Third, the securitization of drugs.¹ Fourth, the relentless persecution of the weakest links in the complex chain of production, distribution, and consumption—while condescending to related phenomena such as money laundering or the commercialization of chemical precursors. Finally, there is the singling out of the coca leaf without distinguishing between its ancestral and industrial uses, which are unrelated to abuses in consumption.

In short, the war on drugs—which should be against drug abuse and should not include a warlike approach, but rather a human rights-based approach—has been carried out not only with actions, but also with a discourse that has led to stigmatization at various levels. This stigmatization has been aimed at the Andean states, which have had to bear the label of “producers” and have seen their insertion in the international system conditioned by the dynamics of the drug market. It has also been directed at some governments that sought alternative schemes and were accused of colluding with drug trafficking. In addition, it has targeted social movements that have advocated production on the margins of excessive “legality.” Finally, it has affected Indigenous Peoples, whose historical situation of exclusion has, in some cases, been accentuated in the midst of the offensive against so-called “illicit” crops.

This has been the tragic trajectory of a prohibitionist scheme that has turned plans to control drug abuse into actions that are now incompatible with human rights. The so-called war on drugs has also led to the deplorable consequence of intrusive campaigns in which militarization has turned the jungles of the Andean region—the area with the highest level of coca production in the world—into war camps. The central purpose of this reflection is to highlight the main reasons why Colombia must pursue a form of diplomacy that responds to the interests of the peoples who have been victims of excesses committed in the name of this confrontation. It is not enough to wave the flag of co-responsibility or shared

¹ Securitization consists of framing a problem as a threat, by means of discursive acts embedded in intersubjectivity, in order to justify extreme measures to combat it (Buzan *et al.*, 1998, p. 132).

responsibility.² Rather, it is necessary to think about the unpostponable cultural battle to understand ancestral uses and the need to fulfill the 1991 promise to decentralize foreign policy. There is no better way to achieve this unjustifiably postponed objective than to aim for *cultural community diplomacy* that integrates the visions of its peoples on an issue in which impositions from the Global North have been, until now, the common denominator.

MORALITY, THE BASIS OF IDEOLOGICAL WARFARE

The discourse built on the notion of war was inaugurated in the United States under Richard Nixon in the early 1970s. This was a pivotal moment, as the world was in the midst of the Cold War—an indirect confrontation between Washington and Moscow that played out in third-party settings. Amid this bipolar tension, Nixon labeled drugs as public enemy number one (Vulliamy, 2011), suggesting the relevance that was intended to be given to the issue. Thus, the offensive against narcotics was elevated almost to the same category as the containment of communism. Both served as a pretext for all kinds of interventions in the countries of the so-called “Third World,” which today is known as the Global South.

In the Andean region, examples of a stigmatization policy based on morality have been neither few nor isolated. Bolivian history is rich in this area and offers lessons that should serve to understand the risks. This nation's productive map was significantly altered with the appearance of cocaine on the U.S. market, which coincided with the fall in tin prices. This led many workers to leave the mines and turn to coca cultivation, which by that decade was already highly profitable.

In the 1990s, Bolivia launched a campaign to destigmatize the coca leaf, promoting its proven ancestral and industrial uses, the latter of which are much more contemporary. Jaime Paz Zamora's government (1989-1993) launched the famous slogan “Coca is not cocaine,” which was later adopted in other Andean contexts.

² The principle of shared responsibility or co-responsibility emerged in the 1990s to emphasize the need for the countries in the Global North with higher levels of consumption to assume tasks and missions commensurate with these dimensions. It was a way to alleviate the burden that the producing countries had assumed. Recently, there has been a shift in the producer *versus* consumer category, as there are substantial increases in consumption and production without distinction.

🌿 [...] last century, Pope Leo XIII regularly consumed Coca Mariani, a tonic wine [prepared with] Peruvian coca, “to support his ascetic retreat,” and the Corsican physician Angelo Mariani became the most important European buyer of coca leaves, to manufacture products such as Mariani Tea, Mariani Pastes, and Mariani Tablets, which bore the effigy of His Holiness on the label.

American opinion was decisive in this process. But what made the U.S. radicalize drug control policies? George Washington and Thomas Jefferson both grew and used marijuana, and Jefferson once remarked that “If the State were to prescribe both medicines and food for the citizens, [their] bodies would be as pitiful as [their] souls are now after millennia of despotism.” Two centuries later, they would have ended up in jail. (Paz Zamora, 1993, pp. 168-172)

The stigmatization of the coca leaf can be traced back to the early twentieth century, originating in the Global North, where cartographical power was concentrated. This reveals that the process can only be understood on the basis of a correlation of forces that overwhelmingly favored the great Western powers, with their messianic and universalist vocation, within a colonial structure dominated by a center-periphery cultural order (Amin, 1974, p. 9).

In 1914, the United States outlawed the sale of cocaine hydrochloride. In 1948, the UN Economic and Social Council suggested the gradual elimination of coca leaf chewing. In 1961, the Vienna Convention included coca in the list of psychotropic substances, all leading to the turning point in the 1980s, with the creation of a military offensive against the production of the coca plant (Paz Zamora, 1993, p. 170).

Thus, “Coca is not cocaine” became the slogan to make people understand that the producing countries were being punished and that a paradigm shift was needed. This achieved some semblance of success. The WHO undertook the “Cocaine Project,” which showed that “the consumption of coca leaves does not seem to cause adverse health effects and, on the other hand, actually has a positive therapeutic, ritual, and social function in Andean indigenous communities” (Chulver Benítez and Sáenz, 2021, p. 9). However, U.S. pressure meant that the study never had any real impact and its findings were not taken into account.

The U.S. response was as revealing as it was erratic: the Bolivian president was accused of complicity with drug traffickers and his U.S. visa was revoked, as the U.S. government resorted to the fallacy of denouncing his alleged links with cartels.

The end of the 1990s was marked by an unprecedented offensive against drug trafficking in the Andean region, resulting in a very high cost in terms of human rights, stigmatization, and repression of the *campesino* population; an increase in the number of consumers; and a reduction in market prices in the large capitals of the Global North. In Bolivia, the government of Hugo Banzer (1997-2001) initiated its own war on drugs under the label of “Plan Dignity,” with the support of the U.S. government. The outcome was anything but transparent: between September and December 2001, protests left ten campesinos dead and more than 350 injured as a result of repression. The second poorest country in Latin America after Haiti lost US \$500 million annually due to forced eradication while the initiative was underway (Ledebur, 2022).

After the military offensive came an aggressive discourse, perhaps the most material in terms of stigmatization. The United States took it upon itself to project the image that those politicians or leaders who promoted an alternative approach to the problem were linked to terrorism. These statements can only be understood in the post-September 11, 2001 context, when states increasingly sought to link terrorism with drug trafficking. In the early 2000s, as Evo Morales began his transition from coca growers’ leader to congressman and eventually presidential candidate, accusations against him multiplied, accompanied by warnings from the U.S. State Department. This is how the former Bolivian president and first indigenous person to hold this position remembers it:

🌿 **For the empire, who are the terrorists? Social movements. I remember in 2002, US ambassador Manuel Rocha said, “Don’t vote for Evo Morales. Evo Morales is an Andean Bin Laden and the coca growers are the Taliban [...] don’t vote for him, if you vote for Evo there will be no cooperation or investment”. (Duarte, 2022)**

It was not that the United States had imposed this narrative by force. Strictly speaking, it was a discursive mechanism that counted not only on the acquiescence of several politicians and governments in the Andean region and Latin America more broadly, but also on their active participation in a dynamic that can be described as intersubjective. The case of Hugo Banzer’s criminalization of coca growers is illustrative, though exceptional.

Colombia is perhaps the most paradigmatic example. *Plan Colombia* was an initiative apparently similar to the strategy led by the former Bolivian dictator, though different in key aspects. This plan was devised by Andrés Pastrana (1998-2002) while he was a presidential candidate, proposing a sort of Colombian-style Marshall Plan, i.e., a post-conflict reconstruction program.

Pastrana was confident he could achieve peace in a relatively short time. It is worth remembering that many credited his election to the famous photograph of him meeting with FARC leaders in the Colombian jungle, which created the impression that he was the candidate most likely to secure definitive peace. However, once the candidate became president, and once the difficulties of the peace process with the FARC became evident, Plan Colombia shifted from being an ambition of reconstruction within a peace framework to a strategy of state strengthening, which in practice meant bolstering military capacity. Pastrana had defended the thesis that the conflict and drug trafficking were dissociable phenomena, but once the dialogues with the *guerrillas* were broken off, he embraced the idea of concomitance.

Under Álvaro Uribe (2002-2010), Colombia sought to consolidate the idea that drug trafficking and terrorism were one and the same, and set out to bring the internal anti-subversive struggle in line with the so-called global war on terrorism. The country then left behind any possibility of finding a solution to the drug problem, negotiated with the campesino population, and surrendered to the possibility that the FARC would be regarded internationally as a cartel. Therefore, it is no surprise that in one of Colombia's most recent authoritarian periods, there was no room to make the anti-drug strategy more flexible, to shift from a repressive, moralizing scheme centered on supply reduction toward one grounded in scientific evidence and respectful of the cultural trajectories of Indigenous Peoples. In the eight years of Álvaro Uribe's government and in the four years of Iván Duque's (2018-2022) administration, it was possible to demonstrate that the generally accepted idea that prohibitionism and the stigmatization of plants used as raw materials for certain recreational drugs are solely an imposition of the Global North is unfounded. As Arlene Tickner (2007) warned, intervention is also "by invitation" (p. 90); the establishment of the producer states proved even more uncompromising than some liberal and Democratic circles in the United States, highly critical of punitive and warlike approaches.





COMMUNITY DIPLOMACY AND THE COCA LEAF

The arrival of the first progressive government in Colombia's history brought structural changes in its foreign policy. While the country had had glimpses of criticism of the drug regime, especially during the government of Ernesto Samper Pizano, this was interrupted by authoritarianism in the Uribe Vélez and Duque era. Under Juan Manuel Santos (2010-2018), the country was critical, but did not go so far as to outright condemn the war on drugs and failed to vehemently expose its negative impact on the environment. With Petro, the country clearly stated that strategies to address the drug phenomenon should consider and adequately address these impacts and link them to the defense of biodiversity. But it did not stop there. As a sign of concrete measures to push for an alternative approach based on scientific evidence and not on unverifiable moral assumptions, during Session 68 of the United Nations Commission on Narcotic Drugs in Vienna, Colombia presented a resolution, adopted with significant support, that convened a panel of independent experts to formulate concrete recommendations to improve the implementation of international drug treaties and their associated political commitments. These recommendations will make it



possible to establish the baselines for revising the current regime—one that, like the response to global warming, must be grounded in science while also taking into account the cultural aspects of ancestral planting and consumption.

Colombia has focused its foreign policy not only on its Latin Americanist vocation, but also within the framework of the Global South. For years, several governments aligned themselves with the interests of the Global North, and more specifically with those of the U.S. government. Inexplicably—and in a clear contravention of its tradition of strict respect for international law and post-war principles—Colombia supported the invasions of Iraq and Libya (Uribe and Santos), becoming one of the region's dishonorable exceptions. The alliance with the North was widened to such an extent that an association with NATO was established, hardly compatible with the peaceful Latin Americanist tradition inscribed in the 1991 Constitution. With regards to the drug issue, the approach chosen was more aligned to the political environment of the United States in the 1970s, at the height of McCarthyism, than to the historical and social circumstances of the country. In short, Colombia has grown accustomed to disavowing its identity as a Latin American state, and has been labeled at different times as "Third World," "underdeveloped," "developing," and now "Global South." Only with the arrival of a progressive government was Colombia placed in what can be considered its natural position in international politics.

The government has expressly stated that the war on drugs is a failure and has insisted on the need to review the coca leaf's current classification in the international drug control regime's lists of highly controlled substances through a scientific process being carried out before the WHO. At the same time, it is moving away from the hateful formula of "the plant that kills" toward the effort to have the coca plant recognized as heritage—a historical debt owed to the communities that have long resisted and contained a centralism fueled by racism and classism.

Designating the coca leaf as heritage is one of the most equitable ways to undo decades of securitization in the approach to recreational drug abuse. It means once again giving Indigenous Peoples the right to grow, consume, and protect a leaf that, arbitrarily and in a supposedly democratic context, has been endowed with meanings that have nothing to do with the history of these peoples. The consequent challenge is to open the door to *decentralized* and *deconcentrated* diplomacy. *Decentralization* seeks to bring the territories' expectations into foreign policy, reversing the usual dynamic that flows from the center to the periphery and instead placing the territories at the epicenter of diplomatic decision-making. This is one of the many promises of the 1991 Constitution,

neglected by successive Colombian governments, which have tended to treat the Magna Carta as a catalog of guarantees and rights that are desirable in rhetoric but impossible to realize. Diplomacy should be *deconcentrated*, while trying to understand that, although diplomacy rests on the formal channels available to the State for external relations, governance is as necessary as it is unavoidable. This means that businesspeople, trade unions, social organizations, academia, and local governments converge in the management of foreign policy. This logic clearly applies to the international management of drug-related issues. No solution can be achieved without the participation of this diversity of actors.

Right in the middle of the twenty-first century, many sectors in Colombia protested when, for the first time, an indigenous woman would represent the country at the United Nations headquarters. More than 30 years after the establishment of the current Constitution, society still does not seem to understand the challenges of plurinationality, although several sectors boast of their willingness to accept it within the narrow margins of a law that carries little real weight, but never in practice. Diplomats must implement a diplomacy that reflects the knowledge, claims, and demands of the territories. This foreign policy—from the periphery to the center; horizontal, popular, and legalistic; and grounded in an understanding of the trajectories of the peoples in the Global South as inseparable from colonization—is what should be understood as *community diplomacy*. The defense of the coca leaf, based on an approach that responds to the interests of our peoples, long ignored, must become a State policy. It is no longer a fleeting goal, but a cosmopolitan understanding of complex phenomena such as drugs.

WORKS CITED

- Amin, S. (1974). Accumulation and Development: a theoretical model. *Review of African Political Economy*, 1, 9-26.
- Buzan, B., Waeber, O. and De Wilde, J. (1998). *Security: A New Framework for Analysis*. Lynne Rienner.
- Chulver Benítez, S. and Sáenz, J. (2021). *Hoja de coca: antecedentes y perspectivas para su exportación [The Coca Leaf: Background and Prospects for its Export]*. Fundación Acción Semilla.
- Duarte, A. (2022, September 20). "Hay una rebelión democrática en toda América Latina y el Caribe": Evo Morales ["There is a democratic rebellion throughout Latin America and the Caribbean": Evo Morales]. *Council on Hemispheric Affairs*.
- Ledebur, K. (2002). Coca y conflicto en El Chapare [Coca and Conflict in El Chapare]. *Washington Office on Latin America*.
- Paz Zamora, J. (1993). La diplomacia de la coca [Coca Diplomacy]. *Nueva Sociedad*, (124), 168-172.
- Tickner, A. (2007). Intervención por invitación: claves de la política exterior colombiana y sus debilidades principales [Intervention by Invitation: Keys to Colombian Foreign Policy and its Main Weaknesses]. *Colombia Internacional*, 90-111.
- Vulliamy, E. (2011, July 24). Nixon's war on drugs began 40 years ago, and the battle is still raging. *The Guardian*.



CULTURAL DIPLOMACY AS A STATE STRATEGY:

COCA AND SYMBOLIC POWER



A close-up, artistic photograph of a hand holding a cigar. The hand is positioned diagonally across the frame, with the fingers gripping the cigar. The skin is a warm, golden-brown color, and the texture of the hand is clearly visible. The cigar is dark and appears to be wrapped in a textured material. The background is dark and out of focus, creating a strong contrast with the hand and cigar.

CATALINA CEBALLOS CARRIAZO

Anthropologist
Director of Cultural Affairs
Ministry of Foreign Affairs of Colombia



MAMBLEAR: VISIONES DE LA COCA

In 1983, President Belisario Betancur signed a decree to create the Committee for the Promotion of Colombia Abroad. At that time, neither cultural diplomacy nor ProColombia existed. Now, 42 years later, we have decided to make a radical and necessary change: we have decided that the promotion of Colombia should be a task, as stipulated, delegated to ProColombia, while we, from the Colombian Ministry of Foreign Affairs, are in charge of managing, coordinating and directing cultural diplomacy initiatives, both bilaterally and multilaterally, through various actions related to heritage, arts, culture, education, science, and sports. We understand and affirm that cultural diplomacy is a dialogue, a space for mutual encounter, for collective creation, and for the exchange of values and ideas to promote understanding between countries.

Therefore, from a perspective that is not representative of a cultural or Eurocentric hegemony, we work to ensure that international relations have culture as a guarantor, a mediator that can provide inputs to question and reach agreements that guarantee a view of Colombia that is closer to its reality. In this order of ideas, it is not about applying the concept of “soft power”, because the power of culture is not soft: it is about achieving more representativeness, the inclusion of new actors and networks, and openness to other issues such as the energy transition, the climate crisis, and the destigmatization of the coca leaf.

It is precisely from there that this publication arises: an editorial object, conceived of and designed in accordance with the foreign policy needs of the Foreign Ministry—such as the removal of the coca leaf from the list of illicit substances, or at least its reclassification—, in agreement with the Instituto Caro y Cuervo. The intention of this publication is for it to be a vehicle, an instrument to talk about the coca bush, to invite other reflections, to consider other paradigms. We invite a thoughtful and dispassionate reading of the idea of the coca leaf as *La hoja que une* (*Bound by the Leaf*). Hopefully, it will be disruptive for many. It is not simply, as we were taught in the Socratic method, that these texts invite you to ask other questions (which, indeed, will arise): we hope that in these pages you will find answers that resolve problems and prejudices about the plant.

Cultural diplomacy questions and poses a transgressive gaze through the arts and their expressions, cultural practices, and reflections on

heritage: its restitution, repatriation, and custody. Conversations of an academic nature propose antagonisms; therefore, within our cultural diplomacy strategy, we also include the debate on current issues, from the creative vision of artists, writers, musicians, and renowned academics. We are aware that, in particular, artistic expressions and the spaces provided for them—such as galleries, cinemas, and theatres—are the result of historical decisions. They are spaces of representation, of insinuation. This space for reading which, with absolute awareness, we decided to make an object that would attract the gaze, an object of desire, is an unprecedented possibility of encountering other historical ways of seeing the world, the world of the coca plant, based on its medicinal and ancestral uses.

This resignification is not a superficial gesture. It is part of a state strategy, deeply political and cultural, that understands that diplomacy is not only played in chancelleries or multilateral summits, but also in kitchens, book fairs, art exhibitions, and knowledge exchange among peoples. This publication is a reflection of this, it is from this perspective that we consider that the coca leaf is revealed as an instrument of intercultural dialogue, historical justice, and to raise awareness of the territories that have been historically marked by violence and neglect by the State.

They are the peasants, the Afro-descendant communities, the Rrom people and, of course, the 115 Indigenous Peoples of Colombia, who have been historically forgotten, underestimated, marginalized, and impoverished. Their exclusion is neither casual nor recent: it responds to a persistent colonialism, which masquerades as neutrality and has trivialized their existence and their word.

Talking about the coca leaf from the Ministry of Foreign Affairs inevitably requires us to address strategic issues, such as global drug policies, migration, security, and defense. But we would be making a serious mistake if we did not broaden our horizons: to destigmatize the coca leaf is also to destigmatize the peoples who grow it, know it, and defend it as part of their identity, their economy, and their spirituality.

Opening up conversations through the strategy of cultural diplomacy—with objects such as this book or in exhibitions such as *Mambear* in Madrid or the *Oro y hoja de coca* ("*Gold and Coca Leaf*") tour—seeks to reclaim the right to self-determination, as a claim for cultural, territorial, and political sovereignty within multilateral and bilateral frameworks. But I would like to go further: cultural diplomacy is and must be part of major decisions in all fields; that is why we aspire to our actions promoting the design of public policies that not

only seek symbolic recognition, but also create binding legal instruments and effective participation in global decision-making, for example, in relation to climate change, biodiversity, intellectual property, and heritage.

We are not unaware of the tensions that arise between the State and the Indigenous Peoples who have the right to their own representation in international forums. Undoubtedly, this generates friction between one and the other. But we hope to open a window that will also open doors that will lead us down other paths. Public policy is dynamic, it is malleable. We have an opportunity and we must seize it. Both the Colombian State and Indigenous Peoples agree that the coca leaf has been stigmatized. When we say stigmatized, we immediately think of the ocean that separates those of us who believe it to be so, and those who claim otherwise and think that coca bush is the same as cocaine. Well, cultural diplomacy is also aimed, with an aesthetic and ethical proposal, at that side of the argument. That is why, this year 2025, with our embassy in Spain, we created *Mambear: visiones de la coca. Alimento, medicina, sacralidad y resistencia* ("*Mambear: Visions of Coca. Food, Medicine, Sacredness, and Resistance*"), an exhibition that offered a comprehensive look at the coca leaf and its role in the global debate on its reclassification. The 90-day exhibition in Madrid explored the cultural significance, medicinal uses, and symbolism of the coca bush. The objective was to project the image of a nation proud of its heritage, while participating in global debates. It was in this context that the then Minister of Foreign Affairs, Laura Sarabia, had the opportunity to highlight the efforts made by Colombia and Bolivia to have the coca leaf removed from international lists of controlled substances, stating that science will prove that coca is not harmful and that "coca is not cocaine."

We know that in Andean and Amazonian cultures the coca bush (*Erythroxylum coca*) has been part of daily life for approximately 8,000 years. The plant is called "Mama Coca", as it is considered part of these cultures' lineage. It represents a direct link with Mother Earth and is invoked in rituals through the *k'intu*, an offering made with three perfect leaves. Muiscas, Aymaras, Quechuas, Koguis, and many other Indigenous Peoples have been chewing leaves, and participating in *mambeo*, since immemorial time until today. The coca leaf is transformed into *mambe* (green powder) that gives its leaders the power of the word to tell stories, "think beautifully", and manage issues of community interest. Coca itself can be considered an instrument of indigenous diplomacy.

The importance of the coca leaf in traditional indigenous medicine and in the production of natural remedies that have been used for generations is ignored—sometimes as a way to politicize the issue and polarize general





opinion. For this reason, cultural diplomacy around the coca leaf takes the discussion to new limits: on the one hand through this book and the *Mambear* exhibition in Madrid; but also through the multi-country European tour of the *Oro y hoja de coca* exhibition, a joint project with Artesanías de Colombia, which promotes, sparks, and proposes conversations about the origin of the Quimbaya collection, the return of which, along with the restitution of other pre-Columbian pieces, has been a priority for the current government. What we do is to put other concepts, such as the wisdom and expertise of the ancient inhabitants of the Colombian territory in the transformation of metal into true works of art, on the table.

The relationship between gold and the coca leaf is not casual: it is structural, spiritual, and political. Both of these elements, the metal and the plant, were and continue to be symbols of power, mediation with the sacred, territorial balance, and community structure for numerous native peoples of the territory. The exhibition proposes a profound reflection on two elements that were made sacred by ancestral cultures and brutally plundered during colonial times: gold, converted into imperial booty, and coca leaf, criminalized and displaced from its ritual, medicinal, and cultural uses.

Within the framework of cultural diplomacy, bringing gold and coca leaf together allows those who attend the exhibition to remember two key moments in Colombia's history: the first, during colonization, as a symbol of colonial plundering and exploitation of native peoples; the second, in the 20th and 21st centuries, characterized by stigmatization and violence, despite its ancestral and cultural value.

For centuries, gold was more than wealth: it was art, a symbol of spiritual and political power, and an essential part of indigenous knowledge systems. However, the greed of the colonizing action ignored and broke down these symbolic systems. The same was the result of the action of President Carlos Holguín Mallarino when he decided to "pay" the arbitration award in favor of Colombia in the border conflict with Venezuela with the Quimbaya "treasure", in 1891. The result was nothing more and nothing less than the Queen Regent Maria Christina of Austria deciding to accept those 122 pieces of Quimbaya goldsmithing work. Today, both Spain and Colombia have the opportunity to rewrite this historical event. In this bilateral dialogue, we can jointly rethink this episode that marked the history of the Colombian people, and above all the Quimbaya peoples who settled in the coffee-growing region between the years 500 BC to 1600 AD. Sheltered by the Cauca River, the Quimbayas practiced gold and tumbaga (gold and copper alloy) goldsmithing and created sacred objects, which they used in rituals to communicate with their dead, to accompany the soul in its transit to that other spiritual dimension of their cosmogeny.



Therefore, in the same way that we thought of this book and the *Oro y hoja de coca* tour, from our place in the Heritage Committee, chaired and led by the Ministry of Cultures, Arts, and Knowledge, we requested the inclusion of the medicinal uses, knowledge, and cultural practices of the coca leaf in the Register of Best Safeguarding Practices, in which Colombia takes into account the visions of Indigenous Peoples such as those of the Arhuaco, Kogui, Nasa, and Uwa. With this, we intend to work on a proposal that will later be shared and presented as a dossier to Unesco. Today, Colombia intends to lead an international narrative that challenges the punitive and unilateral view of the coca bush, integrating it into a global conversation about sustainability, human rights, and alternatives to the failed war on drugs.

It is clear that Indigenous Peoples must demand that international processes and institutions take their interests into account in their decision making. They can and must call on decision-makers to address the barriers that prevent indigenous peoples from participating in and benefiting from major international initiatives. This is another duty of cultural diplomacy: to open up spaces to listen to the voices that represent the infinite possibilities of reading and telling Colombia.

Therefore, we hope that these will be foundations for indigenous diplomacy to expand its possibilities for dialogue and intervention in the field of foreign, trade, economic, and development policies, in order to achieve maximum impact and benefit for their communities, thus reaffirming the objective of the 2007 United Nations Declaration on the Rights of Indigenous Peoples and the 2014 United Nations General Assembly Document, known as the World Conference on Indigenous Peoples.

In cultural diplomacy, the decisions, declarations, and recommendations of multilateral organizations play an important role; they also, as in any discussion, generate tension. The truth is that the so-called global public policies—in the case of culture, led by Unesco—particularly in the sectors of culture, education, and natural sciences, invite parties to participate in an intercultural dialogue that, from an anthropological perspective, allows symbolic power to be understood and analyzed, and invites diplomacy to transcend words. This publication that you have in your hands, as well as the *Oro y hoja de coca* exhibition, are intended to persuade and provoke an aesthetic impact that will leave us breathless; in this way we also seek to build bonds of trust. *Bound by the Leaf* and *Oro y hoja de coca* tell other truths, open difficult conversations and propose a new dialogue where politics and law have failed. In contexts of polarization or conflict, art not only moves, but it also convinces.

Let us return to the coca leaf, adopting a cultural approach and seeing it as a contemporary issue. Colombia proposes a story that starts in its territories and is connected with a biocultural vision of development and its place in the globalized world. The proposal is not only communicational, but structural: it implies transforming the relations between the State and the communities, between the country and the world. The coca leaf is not an accessory; it is representative of our identity. It is also a gateway to a new international narrative about Colombia, a country that takes into consideration diverse knowledge systems, and that does not want to be defined only by its armed conflict or its role in the drug trafficking chain, but also by its cultural diversity, its resilience, and its potential for transformation based on its own knowledge. Thus, culture becomes a powerful foreign policy tool: it does not impose, it proposes; it does not hide, it reveals; it does not unify, it diversifies. The premise that guides us is that the coca leaf should cease to be a taboo and become a symbol of a new way of understanding diplomacy based on cultural sovereignty, justice for our heritage, and the dignity of Indigenous Peoples, people of African descent, and peasants.

Therefore, the main challenge for cultural diplomacy is to stimulate this dialogue, while at the same time addressing challenges arising from migration, subnational demands that are multiplying in all parts of the world, and the new patterns of relations between the industrialized world and the Global South, which, with good reason, is demanding equal treatment, for which culture is a fundamental factor. In general, the capacity of attraction, typical of symbolic power, leads to the acceptance of the positions that the country is trying to defend, without the need to resort to special favors or forms of dissuasion.

The arts, with their symbolic and expressive power, are a form of diplomacy that transcends words. Their capacity for persuasion is not limited to aesthetic impact; it enters into other dimensions, key to diplomatic work, such as negotiation, intercultural communication, and the building of bonds of trust and the promotion of strategic interests.

This is why from cultural affairs there has been a constant push to address this global issue from an aesthetic and cultural perspective. The Permanent Mission of Colombia to the UN in New York presented a short film festival followed by a discussion, as part of the 24th session of the United Nations Permanent Forum on Indigenous Issues. Among the guests were Wade Davis, a prominent author in this publication, and Andrés Ávila, who addressed the relationship between indigenous peoples and coca from a historical and environmental perspective. The event projected a different narrative around the coca plant, and highlighted its cultural and spiritual dimension.





The Delegation of Colombia to Unesco in Paris organized a series of academic and artistic activities. Visual anthropologist Mario Alberto Dulcey presented research on the traditional uses of coca in indigenous communities. That same day, the short film *KUKA: New Horizons of the Coca Leaf*, directed by Felipe Camargo, was screened in Room Four of Unesco. The screening was accompanied by a gastronomic offering also organized by Dulcey. These initiatives brought cinema, gastronomy, and academia into dialogue, and articulated a comprehensive narrative about coca leaf as intangible heritage.

In October, in her first public act in our Embassy in the United Kingdom, Ambassador Laura Sarabia opened an academic and cultural event dedicated to the coca leaf. This was done in partnership with the Royal Botanic Gardens, Kew, and the Futuro Coca platform. The event opened with “Coca Talks,” a cycle of talks that discuss coca based on science, art, climate change, regulations, and ethnography. These presentations were followed by a discussion panel and a short-film screening. Amongst the guests were Kim Walker, RBGK researcher; Steve Rolles, drug policy analyst at Transform Drug Policy; Colombian researcher Diego Andrés Lugo-Vivas; Arhuaca political scientist Ati GunnaWi, Viviam Villafaña; and British-Brazilian anthropologist Anthony Henman, author of *Mama Coca* and another eminent contributor to this publication.

The Colombian Ministry of Foreign Affairs practices an inclusive cultural diplomacy that seeks to integrate the country's artistic expressions and cultural practices, education, science, and sports as catalysts to establish, strengthen, and diversify bilateral and multilateral relations. The intention is to establish intercultural dialogues that generate prestige, symbolic values, and bridges of communication that have a positive impact on the efforts made by the State in the political, economic, and commercial spheres.

Cultural diplomacy plays a crucial role in asserting the rights and identity of populations around the world. Through cultural exchanges, educational programs, and artistic collaborations, cultural diplomacy promotes mutual understanding and respect for different cultures and traditions. By highlighting cultural diversity and fostering intercultural dialogue, a space is established for communities to express and preserve their unique identity, thus promoting inclusion and equal rights for all.

In addition, cultural diplomacy serves as a platform to give voice to marginalized communities and to advocate for their fundamental rights. Highlighting artistic expressions, literature, music, and other cultural manifestations of diverse origins strengthens the sense of belonging and contributes to the

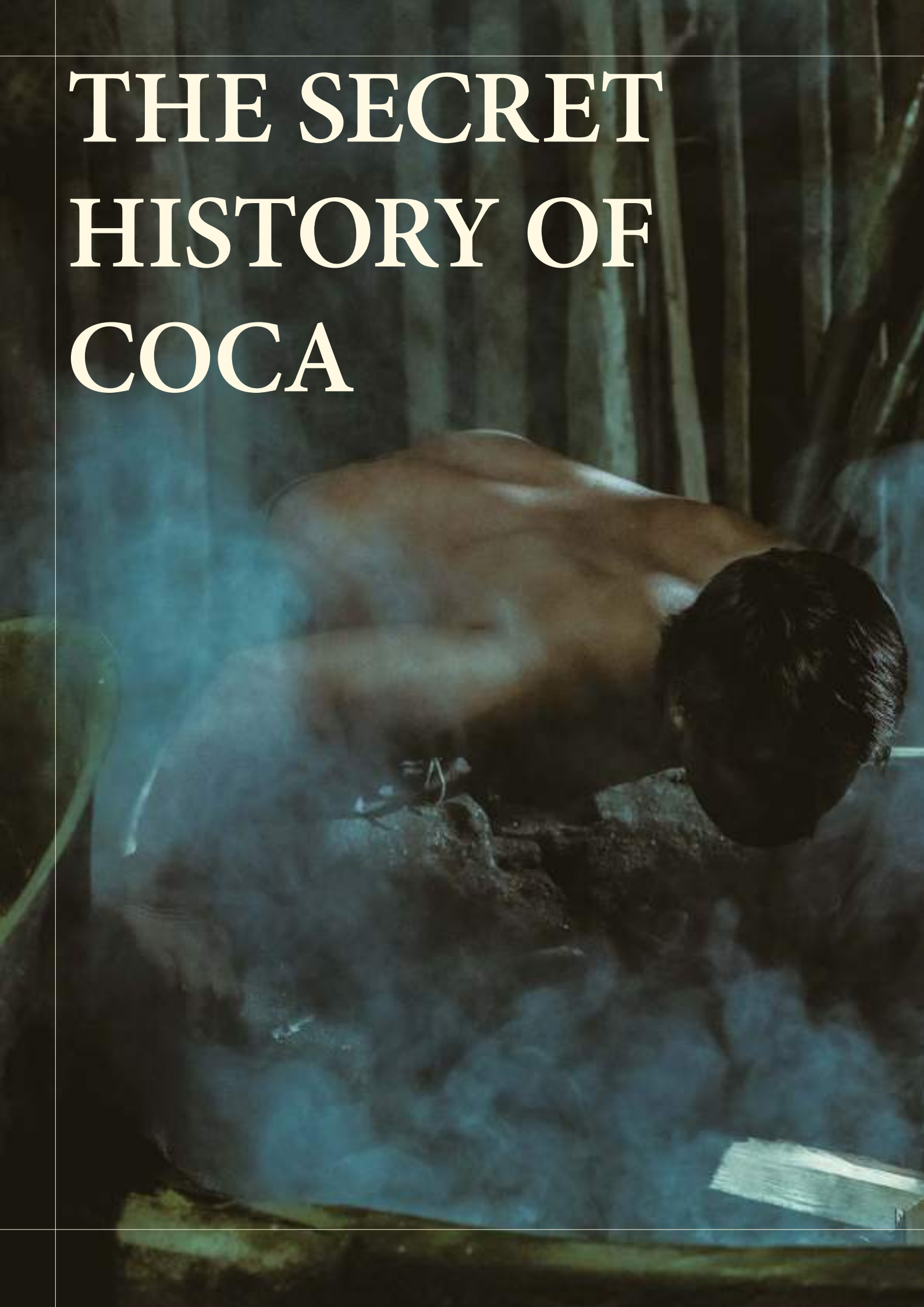
fight against discrimination and exclusion. The promotion of cultural diversity through cultural diplomacy not only reaffirms the identity of each individual, but also encourages the construction of societies that are more inclusive and respectful of human rights.

Within this framework, Colombia's cultural diplomacy strategy around the coca leaf proposes a critical and decolonizing approach. It is projected through artistic, academic, and gastronomic activities that seek to destigmatize the coca bush, highlighting its cultural and historical value, especially in indigenous and peasant communities that have been the guardians of this knowledge.

Cultural diplomacy is powerful; it fosters dialogue and is a tool for positioning strategic foreign policy issues. It is for this reason that it is tasked with resignifying the story about the coca leaf and seeks to change it from being stigmatized, as it has been for decades, to being considered as an emblem of sustainability and ancestral knowledge; in this way, the coca leaf can reach the international stage not as a problem, but as a proposal. From a humanist perspective, this would be an act of justice for our heritage and for cultural sovereignty.



THE SECRET HISTORY OF COCA





WADE DAVIS

Canadian and Colombian anthropologist,
ethnobotanist, photographer and writer



The difference between coca leaves and cocaine, a Peruvian friend once quipped, is the difference between crossing the Andes by mule and jet plane. A clever line, but one that misses an essential point. The effects of the leaves and the drug are not comparable. To equate coca with the raw alkaloid is, in fact, as misguided as suggesting that the delicious flesh of a peach is equivalent to the hydrogen cyanide found in every peach pit. Yet, for nearly a century, this has been precisely the legal and political position of nations and international organizations throughout the world.

Since the adoption by the United Nations of the 1961 Single Convention on Narcotic Drugs, no fewer than 192 countries have signed an international treaty that both demonizes the traditional use of coca and calls for the complete eradication of the plant. Among the original signatories were three Andean nations—Colombia, Peru, and Bolivia—where coca, revered to this day, has been used beneficially, with no evidence of toxicity or addiction, for at least 8,000 years. The medicinal, nutritional, social and spiritual value of coca has been demonstrated time and again by anthropologists, botanists and physicians working in the Andes and Northwest Amazon. Those dominating the international agenda with clarification calls for the elimination of the plant have, by contrast, consistently done so without the slightest scientific or medical justification.

Such policies, in fact, only make sense when viewed through the ideological frame that led to their formulation—the toxic and indeed racist legacy of colonial elites and the disastrous half century of the failed War on Drugs. Efforts to deny the Indigenous Peoples of the Andes access to coca, as Smithsonian anthropologist Catherine Allen has written, are not analogous to outlawing, for example, beer in Germany, coffee in the Middle East, or betel chewing in India. They are acts of cultural genocide, just the latest assault in a clash of civilizations that began 500 years ago with the Spanish Conquest.

Mercifully, all of this may soon change. In 2009, Bolivia formally petitioned the UN Economic and Social Council (Ecosoc) to delete from the 1961 Single Convention on Narcotic Drugs language that

¹ This text was originally published in *Rolling Stone magazine* on April 6, 2025, and its inclusion in this book was generously approved by the editor-in-chief of RS and by Wade Davis. Available at <https://www.rollingstone.com/culture/culture-features/coca-leaves-war-on-drugs-cocaine-1235310539/>

explicitly called for the eradication of coca within 25 years. Leading the charge was Evo Morales, who three years earlier had upstaged history by becoming Bolivia's first elected Indigenous president. Those who came before him—64 presidents in 180 years—had all been scions of the business and land owning gentry, the same educated elite that had dominated the country since its independence in 1825. Morales, by contrast, was Aymara, a trade union leader who had devoted his professional life to the well being of families dependent on the legal harvest of coca in Chapare, a lowland province long targeted by U.S. sponsored eradication efforts in the War on Drugs. In challenging the UN, he became the first Latin American head of state to invoke coca as an essential symbol of the patrimony and well-being of his people.

Morales' bold stand invigorated a long diplomatic engagement that, with Colombia coming on side with Bolivia, finally led to the World Health Organization (WHO) in 2023 agreeing to conduct a 'critical review' of the coca leaf, the results of which are to be announced in December, 2025, with final recommendations to be voted upon at the annual session of UN Commission on Narcotic Drugs (CND) in Vienna in March of 2026.

Bolivia's goal, as reiterated on March 10, 2025 by Vice President David Choquehuanca as he addressed the 68th session of the CND in Vienna, is to "liberate the sacred coca leaf from the dark world of crime and delinquency". In categorizing coca as a Schedule 1 narcotic, he continued, along with heroin and cocaine,

🌿 **the 1961 Convention without conclusive scientific evidence, committed an absurdity, an attack on the culture of life. After more than six decades of injustice, persecution, threats, violation of rights and complicit silence, Bolivia's petition to the WHO will bring to light the scientific truth, a truth that our peoples have known for millennia.**



Coca is less a high than a meditation. When travelers meet in the mountains of the southern Andes, they pause and exchange *k'intus* of coca, three perfect leaves arranged to form a cross. They then turn to face the nearest of the *Apus*, the protective mountain deities that hover over every community and direct the destinies of all those born in their shadows. With eyes lifted toward the summits, they bring the leaves to their mouths and blow softly, a ritual invocation that sends the essence of the plant back to the earth, the community, the sacred places, and the souls of the ancestors. The exchange of leaves is a social gesture, a way of acknowledging a human connection. But the blowing of the *phukuy*, as it is called, is an act of spiritual reciprocity, for

in giving selflessly to the earth, the individual ensures that in time the energy of the coca will return full circle, as surely as rain falling on a field will inevitably be reborn as a cloud.

The etiquette of *hallpay*, the totality of the act of using coca—the exchange and salutations, the way one places the leaves in the mouth, the attitude of reverence and respect—in a very real sense defines what it means to be *Runakuna*, a child of Pachamama. Throughout the entire Andean world, as Allen writes: “One cannot function as a social being unless you partake in the ritual, and you must do it properly.” Nothing causes more offence than tourists who stuff their mouths with leaves, like horses eating hay.

Whether the leaves are taken in the presence of a friend or a stranger, alone or together with all the community, to chew coca, to *hallpay*, is to transcend self and become part of the social, moral and spiritual nexus that in the Andes gives meaning to life. Coca alone makes possible direct communication with the divine, with some saying today that the first to taste the leaves was Santísima María, mother of Christ, who according to legend lost her holy child, and chewed on the leaves to allay her grief. Thus, for the people of the Andes to be without coca is a form of social and spiritual death, an excommunication from existence itself.

The plant that inspires such devotion is a beautiful if delicate shrub, with small white flowers and fruits the size and colour of rubies. The texture and shape of the leaves varies, for there are two cultivated species, each with two varieties. *Erythroxylum coca* var. *coca* is the classic leaf of the southern Andes, grown in the upper reaches of the tropical valleys that fall away to the Amazon, the harvest making its way to the markets of Cusco and La Paz. The coca of Colombia, *Erythroxylum novogranatense* var. *novogranatense*, is distinct. Adapted to hot, seasonally dry habitats and highly resistant to drought, it produces small narrow leaves of a bright yellowish green hue. Notably, the coca of the Northwest Amazon, *Erythroxylum coca* var. *ipadu*, the source of *mambe*, is not derived from Colombian *hayo*; it more closely resembles the coca of the southern Andes, leading early researchers to suggest that cuttings or seeds had been carried downriver from Peru or Bolivia in pre-Columbian times. Finally, there is *Erythroxylum novogranatense* var. *truxillense*, grown today in the coastal desert valleys of northern Peru. With just a hint of wintergreen oil, this was the preferred coca of the Inca, not to mention the key ingredient in the secret formula of Coca-Cola.

Significantly, DNA analysis suggests that the progenitor of both domesticated species and all four varieties is *Erythroxylum gracilipes*, a wild species found



the length of the Andes in the lowland forests of the western Amazon. Such botanical sleuthing may seem arcane, but to have three highly valued cultigens (*hayo* from Colombian, *ipadu* or *mambe* from the Northwest Amazon and coca from the *montaña* of Peru and Bolivia) derived independently from a common ancestor, separate processes of artificial selection occurring thousands of miles apart, is an astonishing story of parallel invention, made all the more wondrous when the plants in question are revered throughout the entire range of the cultivated species as the very essence of the sacred.

All of which begs a question. What was it about coca that so powerfully drew the attention of those responsible for bringing it into cultivation? Not once, but on three occasions, along the mountain slopes of Colombia, again in the heart of the Northwest Amazon, and still again in the *montaña* of Peru and Bolivia, humans tasted the supple leaves of a nondescript forest shrub and concluded that this plant, among all others, was worthy of their attention; that it clearly had something going for it. Their fidelity did not wane over all the generations, as coca was both domesticated and transformed. For at least 8,000 years, and across lands from Costa Rica to Chile and Argentina, people everywhere, though born of unique cultures and speaking distinct languages, embraced the leaves with reverence and zeal, not simply as an essential source of nutrients, but as the very embodiment of the divine, a messenger of the gods. Coca touched and transformed all.

That early humans were drawn to the physical properties of the plant comes as no surprise. When Harvard's Tim Plowman and Jim Duke of the USDA in 1975 conducted the first nutritional study of coca, examining 15 nutrients found in the leaves, and comparing their concentrations with the levels of the same nutrients in 50 common Latin American foods, they found that coca was higher than the average in calories, protein, carbohydrates and several minerals. What's more, they discovered that coca leaves contain a host of vitamins, more calcium than any other cultivated plant—especially useful for Andean communities that traditionally lacked dairy products—and enzymes that enhance the body's ability to digest carbohydrates at high altitude, an ideal complement for a potato-based diet. To the disappointment of government officials and public health authorities who had long demonized the plant, Plowman and Duke confirmed that coca leaves, as used traditionally today by no fewer than nine million citizens of Colombia, Peru and Bolivia, serve as a mild and benign stimulant that is beneficial to the health and highly nutritious.

Also on the trail of coca in the early 1970s was Dr. Andrew Weil, a graduate of Harvard Medical School with a profound knowledge of medicinal botany.

Known today as America's doctor, the country's leading proponent of integrative medicine, Weil was among the first physicians to use coca himself, even while conducting preliminary medical studies among traditional *cocaleros* in both the Andes and Northwest Amazon. He found that coca facilitates well-being, eases digestion, and demonstrably relieves the symptoms of altitude sickness, or *soroche*. The plant can be helpful in the treatment of rheumatism, dysentery, stomach ulcers and nausea, with the leaves having a positive influence on respiration and a capacity to cleanse the blood of toxic metabolites, notably uric acid. Daily use of the leaves clears the mind, elevates mood and tones and strengthens the digestive tract, enhancing the assimilation of foods, even while promoting longevity. Dr. Weil notes:

🌿 **Based on my studies over more than fifty years, I believe that coca has significant therapeutic potential and should be available here for medical use. In addition to its actions as a mild stimulant, rapid-acting mood booster, and remedy for gastrointestinal disorders, it has a notable effect on carbohydrate metabolism. It appears to help normalize blood sugar. As a Schedule 2 controlled substance, coca is legally available for medical use in the U.S., but there is no legal supply and I would like to see that change. As they say in the Andes, coca is a gift from the heavens, a plant intended only to better the lives of all people dwelling in all places on the earth.**

Here perhaps is the key to the plant's sanctity. Useful and beneficial as coca may be both as food and medicine, such physical properties alone cannot account for its exalted place in the spiritual life of those living in the Andes today, not to mention all the cultures and civilizations that came before them. Coca has been universally heralded—an earthly gift bestowed upon the world by divine grace and fortune—because it does much more than feed and heal our bodies. It allows us to live better lives, and for this we can thank its most mysterious attribute, the exquisitely subtle way its effects become manifest in daily and ritual use.

Arguably the most insightful observations about the pharmacology of coca come from physicians and travelers in the late 19th and early 20th centuries, Europeans for the most part, scholars familiar with the hazards of cocaine, but holding no bias when it came to the traditional use of the leaves. There is an ingenuous quality to their reports, suggesting a struggle to put into words the subjective effects of a natural stimulant that was really no stimulant at all, though of course, as one wrote, it clearly was.

J.T. Lloyd, who published *A Treatise on Coca* in 1913, wrote of the native porters of Popayán in southern Colombia:

- After eating a simple breakfast, they would start with their heavy packs, weighing 75 to more than a hundred pounds, strapped to their backs. All day long they traveled at a rapid gait over steep mountain spurs at an altitude that to us, without any load whatever, was most exhausting. On these trips the Indians neither rested anywhere nor ate at noon but sucked their wads of coca throughout the entire day.

Lloyd concluded that coca was surely the key to their good health and good spirits. "Not only is it not harmful, it is said to provide nourishment for the body and to be useful in the treatment of many kinds of illnesses.

The American physician, W. Golden Mortimer, author of *History of Coca* (1901), acknowledged coca as a panacea, noting its virtues as a medicine, tonic, and food. But what truly fascinated him was the subtlety of its mode of action. It was a stimulant to be sure and yet, at the same time, its subjective effect on the body was unlike that of any other stimulant known to science. As the physician W.S. Searle wrote in 1881,

- It is not a little remarkable that while no other known substance can rival coca in its sustaining power, no other has so little apparent effect. To one pursuing the even tenor of his usual routine, the chewing of coca gives no especial sensation, in fact the only result seems to be a negative one, an absence of the customary desire for food and sleep. It is only when some unusual demand is made upon mind or body that its influence is felt... Those expecting some internal commotion or sensation are disappointed.

Andrew Weil captured this quality of the coca experience beautifully in his description of his first exposure to mambe whilst visiting the Cubeo in the Colombian Amazon in 1973. The effect of coca, he reported, was so subtle that it could not be compared to any other natural product similarly employed. His first taste of mambe occurred at night, leaving him with a good feeling "that lasted for some time after I had nothing more in my mouth; in fact, it never really ended but simply trailed off imperceptibly." It was only in the morning, as he huddled with the men as they exchanged a calabash full of the delicate green powder, that he came to understand what all the fuss was about:

- I found myself marching along in the column of Cubeos, swinging my *machete*, humming a tune, and feeling increasingly happy. The coca seemed stronger at this hour of the morning. Its warm glow spread from my stomach throughout my body. I felt a subtle vibrational energy in my muscles. My step became light, and there was nothing I wanted to do more than just what I was doing.

The same qualities that draw our attention to coca today no doubt attracted men and women in the distant past. However they lived, they surely shared traits that mark us today, all the foibles and minor neuroses that define what it means to be human and alive. Existential malaise, the restless yearning for something new, dissatisfaction and indecision, even at times depression and despair, surely go hand in hand with consciousness. Just as death is the price we pay for the glory of being alive, so such modest yet chronic afflictions are the cost of being sensate and aware. There is no reason to assume that the ancient peoples of the Andes were somehow free of the same mental obscurations that Buddhists have famously identified as the bane of the human condition.

To the contrary, they would have suffered much as we suffer and, like us, would have been powerfully drawn to any plant that offered relief, as coca surely does. They too would have been astonished by its subtle yet pleasant effects, and its practical use. What man or woman, then or now, would not want to experience a sense of enhanced energy and mental clarity, a mild suppression of hunger, a gentle feeling of creative confidence, a lightness to one's step lasting throughout the day, knowing that the source of your slight elevation of mood was a benign and highly nutritious leaf that has been revered by the peoples and cultures of South America since the dawn of civilization?

What could be more welcome or promising in any era than a beneficial natural product that facilitates focus and concentration, even while inducing a subtle sense of contentment and well-being? Truth be told, coca is and has always been the ideal companion for any creative endeavour, be it the weaving of cotton and wool, the carving of stone, or the writing of digital code. Coca works, and it works for everybody, which is precisely why every culture and civilization that knew the plant deemed it to be sacred, deserving of veneration.

THE DEMON PLANT

How then did such a plant, so beneficial and benign as a medicine, food, and mild stimulant, come to be classified among the world's most dangerous drugs, condemned by international law as the criminal equivalent of heroin, fentanyl and crack cocaine?

Morphine, derived from opium, was the first drug isolated from a natural product. The second was cocaine in 1860. Celebrated as a panacea, the ideal treatment for everything from morphine addiction to that scourge of the 19th century, female masturbation, cocaine revolutionized medicine as the first effective topical anaesthetic; it remains essential to this day for nose, throat and ear surgery.

For a time cocaine was everywhere, sold and celebrated in scores of commercial products. By 1890, however, with the medical literature reporting more than 400 cases of acute toxicity brought on by the drug, cocaine had lost its lustre. As the medical profession came to consider cocaine and morphine as equally dangerous, coca became associated with opium, and the public was led to believe that the ruinous effects of habitual opium use would inevitably befall those who regularly chewed coca leaves. Thus, a plant that had been used safely and benignly for thousands of years was swept up in the same sanctions that criminalized the use of opium, morphine and cocaine.

This explanation makes sense, but only to a point, for something far darker was in play. The American government had long demonized the plant. In Peru, programs to eliminate the traditional fields, supported by the United States, began 50 years before a black-market trade in the drug even existed. The real issue was not cocaine but, rather, the cultural identity and survival of those who traditionally revered coca. The call for eradication came from officials and physicians, Peruvian and American, whose concern for those who used coca was matched in its intensity only by their ignorance of Andean life and contempt for the very people they set out to save.

Critically, these were also the men who served on the commissions and wrote the reports that became the basis for laws and agreements that define international drug policy to this day. That these voices may still be heard, coming through their writing, as they conflate personal opinion with scientific fact, pseudo experiments with actual science, is the scandal that lies at the heart of the coca story.

In the 1920s, as physicians and public health officials from Lima looked up into the Andes, they saw only abject poverty, illiteracy, poor health and nutrition, and high rates of infant mortality. With the blindness of class, prejudice, and good intentions, they searched for a cause. Since political issues of land, economic disparity and raw exploitation struck too close to home, forcing them to examine the structure of their own world, they settled on coca. Every possible ill, every source of embarrassment to their bourgeois sensibilities, was blamed on the plant.

"Everything points to the conclusion," wrote Vicente Zapata Ortiz, Professor of Pharmacology in the Faculty of Medicine in Lima, in 1952, "that the constant toxic condition produced by coca results in acceptance of the most wretched living conditions, which are the chief cause of the chewers' deficiencies; and coca is therefore regarded as primarily responsible".





Zapata went on to characterize coca users as “apathetic, indolent, deficient in higher mental activity and subjective life... aimless, indifferent and maladjusted” and, above all, resistant to learning Spanish, preferring in their ignorance the languages of their ancestors. “Where the consumption of coca is greatest, the percentage of illiteracy is high, and Quechua and Aymara are the prevailing languages.”

Dr. Carlos A. Rickets, who first presented a plan for coca eradication in 1929, described coca users as feeble, mentally deficient, lazy, submissive, and depressed. Another leading commentator, Mario A. Puga, condemned coca as “an elaborate and monstrous form of genocide being committed against the people.” Referring in 1936 to Peru’s “legions of drug addicts,” Carlos Enrique Paz Soldán, a doctor and university professor, raised the battle cry: “If we await with folded arms a divine miracle to free our indigenous population from the deteriorating action of coca, we shall be renouncing our position as men who love civilization.”

In the 1940s the push for eradication was led by Carlos Gutiérrez-Noriega, chief of pharmacology at the Institute of Hygiene in Lima. Considering coca “the greatest obstacle to the improvement of Indians’ health and social condition,” Gutiérrez-Noriega established his reputation with a series of dubious scientific studies, conducted exclusively in prisons and asylums, which concluded that coca users tended to be alienated, antisocial, inferior in intelligence and initiative, prone to “acute and chronic mental alterations,” as well as other reputed behavioral disorders such as “absence of ambition.” The ideological thrust of his science was blatant. In a report published in 1947 by the Peruvian Ministry of Public Education, he wrote, “The use of coca, illiteracy and a negative attitude towards the superior culture are all closely related.”

It was largely as a result of Gutiérrez-Noriega’s lobbying that Peru in 1947, joined by Bolivia two years later, invited the United Nations to dispatch a team of experts to look into the coca problem. Leading the investigation, formally known as the 1950 Ecosoc Commission of Enquiry on the Coca Leaf, was Howard Fonda, vice-president of both Burroughs Wellcome, the pharmaceutical giant, and the American Pharmaceutical Association, the industry trade organization. Before heading to Peru, Fonda in a 1949 newspaper interview outlined the aims of the Commission. Coca, he stated, was

🍃 **definitely harmful and deleterious... the cause of the racial degeneration of many population groups and of the decadence which is obvious in many native inhabitants, and even the half-castes, of certain regions of Peru and Bolivia. Our studies will confirm the truth of our statements, and we hope to be able to submit a rational plan of action based on the realities of the situation and on experience in the field, to secure the total eradication of this pernicious habit.**

Some weeks later Fonda would repeat these assertions, word for word, at a press conference at the Lima airport, as the commission arrived in Peru to *begin* its investigation.

Fonda's commission, consisting of two medical experts and two authorities in the management of drug control issues, visited highland regions of both Peru and Bolivia, gathering information from military and government officials, medical personnel, academics, religious leaders, local authorities and land-owners. Absent from the conversation were the voices of the very subjects of the research. In three months in the field, the commission made no effort to engage the Quechua and Aymara communities through which they travelled. Their final report, some 200 pages in length, includes not a single testimonial from a traditional user of the leaves, an egregious omission that apparently gave no one pause. Fonda returned to New York in December, 1949, convinced as ever, as the commission's report concludes, that "from the social standpoint the effects of chewing coca leaf are highly prejudicial both to the individual and to the nation."

Closely associated with Howard Fonda, formally serving in an advisory capacity, was Pablo Osvaldo Wolff, Chief of the Addiction Producing Drugs Section of the World Health Organization (1949-1954). As a protégé of Harry Anslinger, the notorious anti-drug zealot at the head of the Federal Bureau of Narcotics, Wolff was part of the inner circle of control advocates that virtually dictated WHO policy at the time. His 1949 booklet, *Marijuana in Latin America: The Threat It Constitutes*, introduced by Anslinger, reads comically today, with language reminiscent of *Reefer Madness*. But in their day Wolff and Anslinger were crusaders, deadly serious and not about to let facts get in the way of their opinions. Drawing a direct correlation between *cannabis* and crime, Wolff endeared himself to Anslinger by claiming without the slightest evidence to have identified 200 million cannabis addicts worldwide, each one a dire threat to American values.

As Secretary of the WHO Expert Committee on Drugs Liable to Produce Addiction, Wolff played a key role not only in crafting Fonda's report, but in all

decisions related to coca; more than any other individual he was responsible for the vilification and criminalization of the plant in the UN drug treaty system. Given his influence, his public comments are telling, notably a 1949 lecture to the Royal Society of Medicine in London, on the eve of the Commission of Enquiry being sent to Peru.

🌿 **The Indio who does not chew coca leaves is clear-sighted, intelligent, and light hearted, willing to work, vigorous, and resistant to diseases; the *coquero*, on the contrary, is abulic, apathetic, lazy, insensitive to his environment; his mind is befogged; his emotional reactions are rare and violent, he is morally and intellectually anaesthetized, social subdued, almost a slave. Moral degeneration accompanies the physical; lying is one of the outstanding characteristics, probably due to lack of moral equilibrium. Criminality is high, and barbaric forms of homicide can only be explained by a certain moral insensibility. // We are convinced that coca-leaf chewing is a social evil; the chronic consumption of these leaves constitutes a social poison which undermines the physical and mental health of the population and lowers its moral and economic level... The children of coqueros are markedly deficient in intelligence... There is no doubt that the habit of chewing coca leaves is one of the most powerful reasons for the backwardness and misery of the Indian population... the last link in a chain of social and medico-social scourges, which include pauperism, bad housing conditions, deficient nutrition, rudimentary or completely absent education, alcoholism, tuberculosis, venereal disease and other infections, and promiscuity, to mention only the worst calamities and miseries. // The remedy of the moment is gradual disintoxication (sic) of the native, diminishing the production as well as the consumption of coca by means of a suitable education; by abolishing the superstition of the magic action of coca and the cult of the leaves; by prohibiting initiation of young children in its use... Only with skill and patience can coca addiction be abolished, but it can be done... Christianized Indians no longer live in the former wretched conditions and thus show themselves physically and mentally capable of freeing themselves from coca-leaf chewing.**

Wolff was not alone in his views on coca, or in his contempt for those who used and revered the plant. His attitude was in line with the consensus of his era, a time when urban elites ruled unchallenged over Andean countries that remained very much the home of conquerors and the conquered.

In 1948 the Colombian government declared the mastication of the leaves to be a “social evil,” criminalizing the trade in public markets, and limiting coca sales to registered pharmacies and drug dispensaries. The country’s most prominent public health official, Dr. Jorge Bejarano, appointed Minister of Health in 1947, summed up the fate of the cocalero:

🌿 **To the physical degeneration must also be added the moral implications: crime is high among these individuals. It seems that their minds only obey the force of instinct, and deceit, which is one of their sharpest features, is probably the effect of psychological imbalance due to the habitual use of coca.**

Bolivian health authorities, again with no scientific or medical justification, claimed that coca caused autism, not to mention “fantastic visions, disturbances of spatial perception... pseudo-hallucinations and true auditory and visual hallucinations.” A physician from Cochabamba blamed coca for “the mental decay and social inferiority of the Indian.” From Quito, Luis León, writing in the *UN Bulletin on Narcotics* in 1952, noted proudly that due to the historic disappearance of coca in Ecuador, “many entirely impartial sociologists who (had) studied the indigenous groups of Colombia, Peru, Bolivia and Ecuador, would not hesitate to admit the cultural superiority of the Ecuadorean Indian.”

Wolff stands out from his scientific peers not because he was unique in his rabid condemnation of coca, but rather because his crude certainties and pseudo-scientific exhortations were those of the very man singularly responsible for crafting the language of the *UN* documents and declarations that dictate international drug policy to this day. His authority, together with the political power of his mentor, Harry Anslinger, was very much at Howard Fonda’s side as the pharmaceutical executive and his team surveyed Peru and Bolivia in search of evidence that would confirm convictions they had already forged long before leaving New York.

Those who challenged their views were swept aside, be it W. Golden Mortimer, author of *History of Coca*, or the advocacy of Carlos Monge, professor at the Instituto Nacional de Biología Andina who celebrated the benefits of coca even while invoking José Hipólito Unánue, the most famous Peruvian physician of the 18th century, who had heralded the leaves as a panacea, the most powerful herb in a healer’s repertoire.

The academic writings of Wolff and his peers ooze conceit and contempt; in rebuttal they offer not scientific evidence but only personal opinion glossed in scientific jargon. Remarkably, in the midst of their hysterical efforts to purge the nation of coca, none of these Peruvian health officials did the obvious:





analyze the leaves to find out what they contained. Coca was, after all, a plant consumed every day by millions of their countrymen and women. A nutritional assay, which could have readily been initiated even as Howard Fonda's investigation was underway in 1949, was never done, and presumably for a good reason. No one was interested in knowing what the leaves contained, unprepared as they were to accept any evidence that might challenge their narrative. Tim Plowman and Jim Duke would famously reveal coca to be both benign and shock full of vital nutrients, but their nutritional study came a generation too late to inform the bureaucratic and political process that led to the criminalization of the plant.

Not surprisingly, Howard Fonda's conclusions, published as the 1950 Report on the Commission of Enquiry on the Coca Leaf, condemned coca and recommended a 15-year phasing out of its cultivation. The report's one heresy was the acknowledgment by the members of the commission that coca chewing "does not constitute an addiction, but a habit."

Wolff made sure that this assertion was struck from subsequent reports in 1952 and 1954. Coca, he maintained, was the equivalent of cocaine, and it was this language that, in the end, informed Article 49 of the 1961 Single Convention on Narcotic Drugs, which required the abolition of coca chewing within 25 years, and consigned coca to Schedule 1, categorized among the most dangerous drugs known to society.

The treaty tolerated just one exception, Article 27 which legitimized "the use of coca leaves for the preparation of a flavoring agent, which shall not contain any alkaloids." Coca-Cola alone would be free to import coca leaves to the USA, as the company continues to do to this day, altogether well over a hundred metric tons a year. After processing at the Stepan Company in Maywood, New Jersey, the cocaine extracted from the leaves is legally sold to the pharmaceutical industry. The essential oils, flavonoids and other constituents go into the beverage that is the foundation of a \$300 billion global enterprise. The company doesn't advertise its position as the only legal importer of coca in the country but the leaves are the reason that Coca-Cola can legitimately lay claim to be, as its advertising slogan has long professed, "the real thing."

For nearly forty years, even as the illicit trade in cocaine convulsed Latin America and much of the world, the status of coca remained unchanged and unchallenged. In 1992, in response to the global drug crisis, the WHO launched the most comprehensive study of cocaine use ever undertaken, with surveys

conducted in 19 countries across five continents by 45 experts in the field. The preliminary report, contradicting years of official policy, unexpectedly affirmed that “the traditional use of coca leaves appears to have no negative health effects and has positive therapeutic, sacred and social functions for indigenous Andean populations.” The report went on to encourage the WHO to investigate the therapeutic benefits of the coca leaf, as well as the impacts of repressive measures on specific individuals and populations of users.

This was not what the American government wanted to hear. Neil Boyer, representing the United States at the 48th meeting of the World Health Assembly in Geneva in May, 1995, denounced the WHO for “undermining the efforts of the international community to stamp out the illegal cultivation and production of coca”. The U.S. government, according to Boyer, was especially disturbed that the report claimed “that use of the coca leaf did not lead to noticeable damage to mental or physical health, that the positive health effects of coca leaf chewing might be transferable from traditional settings to other countries and cultures, and that coca production provided financial benefits to peasants.” Boyer then added a threat. “If WHO activities relating to drugs fail to reinforce proven drug-control approaches, funds for the relevant programs should be curtailed”.

The United States, at the time the primary funder of the WHO, used the full weight of its influence to ensure that the report would never officially be published. The official WHO position on coca remained unchanged, though the rationale became even more of a stretch. As noted in a 1992 report of the Expert Committee on Drug Dependence (ECDD), “The coca leaf is appropriately scheduled under the Single Convention on Narcotic Drugs, 1961, since cocaine is readily extractable from the leaf.”

Thirty years on, such reasoning falls flat. Drug cartels that have successfully shipped cocaine by the ton into the United States for nearly fifty years could care less about the legal status of coca leaves, for it has no impact on their business. With coca as a controlled substance, the cartels have thrived. Should coca leaves be liberated, illicit cocaine production and distribution will still be subject to all the criminal sanctions that exist by international treaty today. To suggest that the cartels might import coca leaves to extract cocaine makes about as much sense as suggesting that someone would import Dom Perignon to secure by chemical processing pure extracts of ethyl alcohol.

What is at stake are the rights of ordinary people to enjoy the benefits of the plant, and the legitimacy of drug policies originally informed by the bankrupt certitudes of men whose research was deeply flawed and whose convictions, as revealed in their writing, were both morally reprehensible and transparently racist.

Bolivia's vice-president, David Choquehuanca, speaking in Vienna at the 67th session of the UN Commission on Narcotic Drugs (CND), left little doubt that in calling for the extermination of coca, the 1961 Single Convention on Narcotic Drugs violated the rights of Indigenous people, even while assaulting the cultural heritage of his nation. Joined by Colombia, Bolivia is demanding, in effect, that coca be liberated and recognized as the wondrous gift that it represents for all of humanity.

"No one", as Choquehuanca said, referring to the illicit trade and the ongoing War on Drugs, "should confuse the life-creating energy of this sacred plant with the energy of the cult of death. The time has come for the liberation of coca as we build a drug policy based instead on the cult of life."

The immediate challenge will be the integrity of the critical review process, initiated at last by the WHO on November 30, 2023. Should the science prevail, in the words of Laura Sarabia, Colombia's former Minister of Foreign Affairs, the "science will prove that the coca leaf itself is not harmful to health." That Andrew Weil and other authorities and vocal supporters of reform have been excluded from the review process because of their advocacy is disturbing. But in the end, the truth about coca will be difficult to deny.

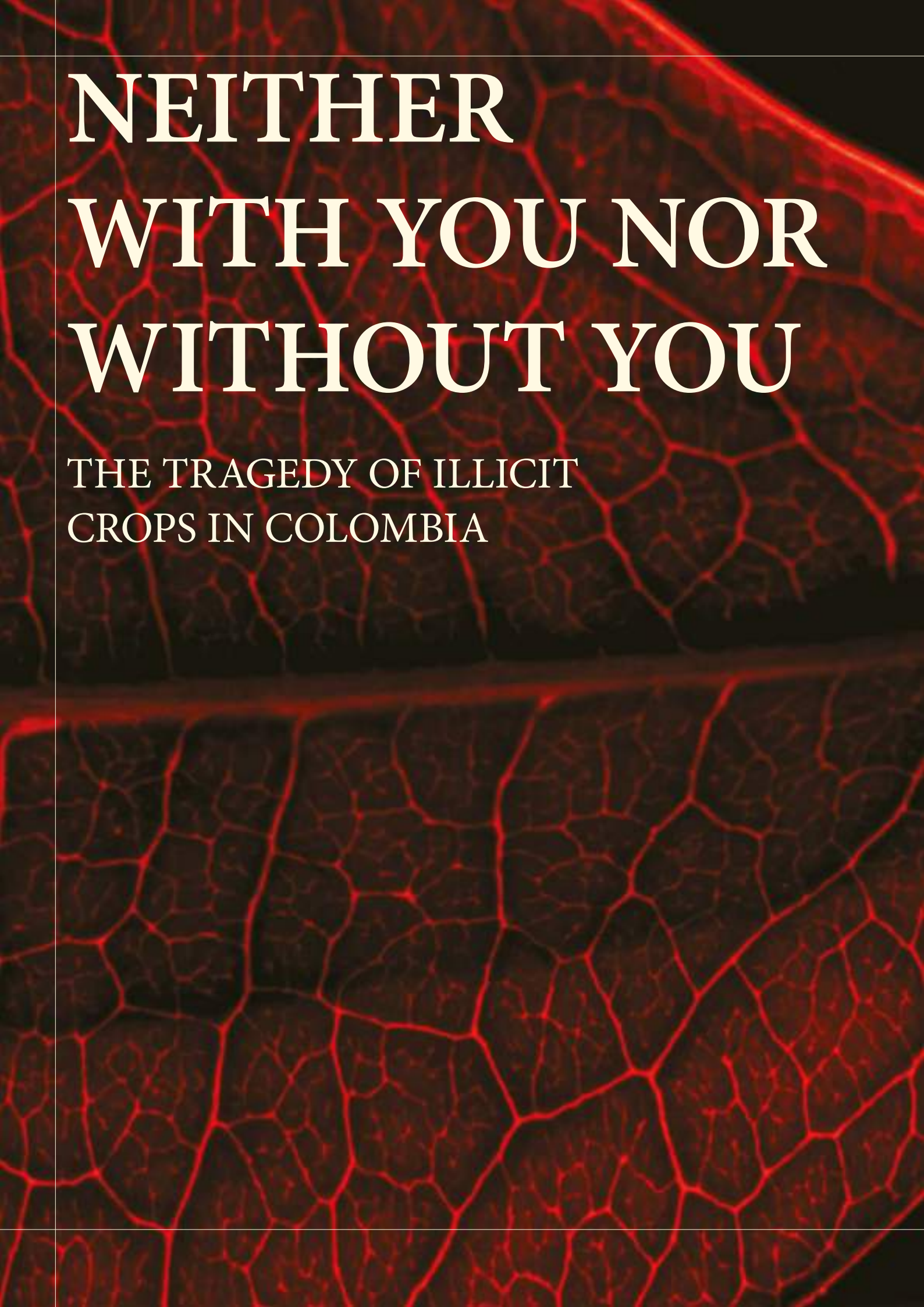
The date to keep in mind is December 20, 2025. The place, Geneva, where the final report will be presented at the 48th session of the Expert Committee on Drug Dependence (ECDD). At that time, the members will debate three options. They could elect to do nothing, leaving coca still scheduled among the world's most dangerous drugs. Alternatively, they might move coca to Schedule 2, as it is classified by American law. This category is restricted to medically useful substances that nevertheless can be harmful. As such, the leaves would remain subject to most of the restrictive provisions of the treaty, though it would permit physicians to prescribe the leaves.

The third and preferred option for advocates is to have coca descheduled, removed altogether from the shackles of the treaty, making coca freely available to all. Should the ECDD elect to liberate the leaves, the plant would still face bureaucratic hurdles. First, the 53 member states of the Commission on Narcotic Drugs (CND) would have to endorse the ECDD recommendation with a simple majority vote, likely to occur in Vienna in March, 2026. That result would then be communicated by the UN Secretary-General to all Member States, the WHO and the International Narcotics Control Board (INCB). At any point, politics could challenge the process. The USA, the most vocal and ardent opponent of reform, has formally left the WHO, but its pressure no doubt will be felt.

Still, more than 75 years after the United Nations first called for the abolition of coca, the prospects for those seeking to liberate the plant have never been brighter. If Bolivia and Colombia are successful in Vienna, it will a stunning reversal of fortunes and a great boon for Latin America. Access to the leaves will stimulate scientific research that will objectively assess coca's medical and therapeutic potential and benefits, with the ultimate goal of making available for all people a plant that promises to improve their well-being and ease the day-to-day challenges of their lives. A wide array of coca-based products will bring delight to consumers, even while supporting the more than 200,000 families in Colombia alone who grow the plant for a living, allowing them to restrict or even sever their ties to the cartels. The liberation of the leaves will undermine the black-market trade and reduce deforestation by freeing for cultivation lands long ago cleared and abandoned. Through taxation, it will generate for Colombia, in particular, the revenues that will allow a long-suffering nation to pay the price of peace, having drained its treasury for 50 years to cover the costs of a war only made possible by the sordid profits of prohibition.

For the people of Latin America, and indeed for good people everywhere, it is a dazzling prospect: an end at last to the war on coca. A stolen legacy returned to its rightful status. The sacred plant, long defiled, heralded, as in the time of the Inca and all the ancient civilizations of the Andes, as a gift of the gods.





NEITHER WITH YOU NOR WITHOUT YOU

THE TRAGEDY OF ILLICIT
CROPS IN COLOMBIA



FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN

Professor of the Institute of Political Studies and International
Relations (IEPRI), Universidad Nacional de Colombia

Director of the Land Observatory





Since the late 1970s, illicit crops have involved tens of thousands of people in the role of both smallholders and day laborers. The marijuana and coca bonanzas in various parts of the country substantially transformed land use, and with it, rural societies.

The Colombian response to this challenge was extraordinarily violent. The *campesinos*, criminalized, were not only subjected to harsh legal persecution but also saw their crops and land poisoned. The “State presence through spraying”—so highly praised—provoked responses, for instance in the form of multiple mobilizations and agrarian strikes. But then the growers were stigmatized as narco-subversives and subjected to harsh repression.

It is worth noting that, at least in part, this was a specifically Colombian solution. Many other countries and regimes—even in the midst of the global prohibitionist regime imposed by the United States and supported by many other actors—treated illicit crops and the *campesinos* involved differently. To cite just one example, in the 1990s in neighboring Peru, then-president Alberto Fujimori—hardly a democrat or a meek dove—sought an accommodation with the growers, surely guided by the notion that fumigating them amid a confrontation with a powerful guerrilla group would have been the quickest and most reckless way to erode the State’s legitimacy. Several pro-Fujimori officials said in various forums that this arrangement had been even more useful than aerial interdiction, which Fujimori also implemented. But this case is an extreme example of the leeway that Peru has secured for itself over the years in its approach to coca. And Peru has not been alone in this.

Thus, in our country we are faced with two overlapping problems: the global war on drugs, which produced all kinds of social ills without even getting close to achieving the objectives it set out to; and the specific Colombian context in which savage attacks against the *campesinos* are not only a public policy option, but one of the most viable. The result has been a human, political, and social disaster that has created countless incentives for the continuation of armed conflicts in the country.

Of course, the very existence of illicit crops causes multiple social disruptions. Incidentally, I have long refused to use the popular,

legally inspired euphemism “Crops for illicit use,” since in Colombia policies toward users, despite their shortcomings, have been mediated by health considerations and concern for the populations involved. Instead, successive governments deployed major attacks against the plant and against the campesinos and day laborers who grew it, violating human rights and undermining democratic checks and balances. It is the crop and the agricultural sectors associated with it that have been the target of these policies.

Illegal coca and marijuana can be criticized in at least three ways, assuming that the bulk of the coca and marijuana produced in the country has been channeled to global markets for recreational (but also medicinal) use. Ancestral use is certainly responsible for some percentage of production, but the core of our tensions lies in the relationship between crops and illicit global markets. First of all, this productive sector is, by definition, outside State regulation (given its illegality). As a result, it attracts armed groups that move in to occupy the vacuum left by the State. Second, illegal coca and marijuana provide these armed groups with substantial revenues. Third, these crops have highly harmful effects on the environment for at least two reasons. On the one hand, their cultivation represents a land use typical of agricultural frontier expansion; on the other, they are associated with intensive land use that entails the application of chemicals to soil and rivers, with only a short-term perspective.

None of these criticisms are unfounded. The confluence of the three mean that coca and illegal marijuana are a serious environmental, health, and security challenge. But to this panorama—described thousands, even tens of thousands of times, sometimes well, sometimes poorly—we must add other dimensions that are rarely discussed in our context. The main point is that, as part of an agrarian economy, coca has important positive aspects that legal economies should learn from.

The strategic advantages of coca—and of at least some illegal marijuana—are as follows. First, coca is a smallholder crop. The majority of those involved in coca growing are smallholders (*parceleros*), sometimes driven out of the regions in which they lived due to violence and exclusion from legal agrarian economies. Second, coca allows thousands of farmers to save money: while no farmer will get rich from the crumbs they receive compared to the super-profits generated by coca, they can still achieve a modest yet tangible level of savings. Although there is an idea that growers spend their profits on alcohol and prostitutes—a primitive simplification, typical of a certain urban middle class—the evidence suggests that the bulk of these savings are used

for children's education, housing, land, and fixed assets, such as refrigerators or motorcycles. The Land Observatory¹ has systematic evidence of this, both quantitative and qualitative;² it is a point also echoed by many regional voices. Third, coca and marijuana are excellent employers. As coca can yield three or even four harvests a year, it has a strong positive spillover effect on regional economies. Coca, for example, pays its workers better than other sectors of the rural economy, which raises the level of regional wages, especially when the context is one of scarce labor; thus, campesinos and day laborers with purchasing power strengthen local and regional trade. Fourth, due to the specificities of the crop, but also to the brutality of government policies (such as the aerial spraying of glyphosate), the crop often becomes more valuable than the land itself. This dynamic has, over the years, facilitated the—albeit unstable—transition of thousands of workers into landowners. Fifth and finally, the buyers of the product come to the territory, either directly or through the non-state armed regulator. Colombia, which has generally failed to provide infrastructure to many regions and destroyed the State agency that purchased agricultural products from campesinos, requires them to grow other crops. But the question that remains unanswered is how they will do so without roads, infrastructure, or access to markets.

These are the fundamental positive aspects of coca. A moment's reflection will convince the reader of its great importance. Employment and savings are two key dimensions of any reasonable conception of development. Here we are dealing with economies that provide one and the other, on a regular basis, in a context of low land concentration—at least by Colombian standards. There is much talk of “alternative development” to address the coca problem. But alternative development programs have performed very poorly in the country—almost as poorly as the war on drugs. The reason is that they do not take into account the positive, strategic aspects of illicit crops. Given the extraordinary concentration of land in the country, the precarious nature of the main legal land uses in providing employment and savings, and the long-standing precariousness of multiple regions in terms of infrastructure and public goods, one inevitably concludes that the true incarnation of alternative development in Colombia is coca. This has been the other route, not

1 See <https://www.observatoriodetierras.org/>

2 See, for example: Machuca Pérez, D. (2021). “La Paz con hambre y bala está muy difícil”. *Reporte de seguimiento a la implementación del PNIS* [“Peace with hunger and bullets is very difficult”. *Follow-up report on the PNIS implementation*]. <https://www.observatoriodetierras.org/wp-content/uploads/2022/01/La-paz-con-hambre-y-bala-est%C3%A1-muy-dif%C3%ADcil.pdf>; Marín Jaramillo, M., Machuca Pérez, D. and Acero Vargas, C. (2020). *El PNIS en terreno: voces del campesinado cocalero* [PNIS On the Ground: Voices of Campesino Cocagrowers]. https://www.observatoriodetierras.org/wp-content/uploads/2020/05/El-PNIS-en-Terreno_-Voces-del-campesinado-cocalero.pdf; and Gutiérrez-Sanín, F. (2021). Tough Tradeoffs: Coca crops and agrarian alternatives in Colombia. *International Journal of Drug Policy*, 89(2), Article 103156. <https://doi.org/10.1016/j.drugpo.2021.103156>

discovered in a cabinet or a laboratory, but in the vital quest of tens of thousands of people who coordinated their initiative and their capacity with a global market whose specificities allowed them to stay in the game.

This is the real problem facing the country. If coca were the “plant that kills,” it would be enough to overcome the massive attacks against the civilian population of the drug war period, combine various forms of legalization and regulation of use, and continue with eradication efforts. It should be noted, however, that this option entails a fair degree of hypocrisy and does not resolve the underlying problem.

The dose of hypocrisy consists in the tolerance of use, together with the repression of production. If consumption is moderately tolerated in the country—on the grounds that the harm caused by cocaine is not so dramatic and that regulated recreational and medical use can and should be permitted, combined with public education to prevent excess—then where is the raw material to supply that tolerated consumption imagined to come from? From Mars?

And the fact that it does not solve the underlying problem is that, if we focus on production, we are talking about an unresolved agricultural issue, which is not restricted to the world of safety or public health. This agrarian dimension is fundamental for the country, and one of the great achievements of the 2016 Peace Agreement was to include it as a crucial issue to be resolved in the pursuit of the proverbial “stable and lasting peace.”

The agrarian dimension has to do both with the disadvantages and advantages of illicit crops, as well as with the limits of legal economies: how many other crops can claim to be rooted in the campesino family economy, promote smallholder savings, or be labor-intensive? Some, but not many. The bulk of land use in Colombia is concentrated in sectors of the economy that lack these characteristics. This is one of several reasons why substitution processes are unstable and ineffective. On the few occasions when a non-repressive transition to other land uses has been achieved, we often find one of two extremes that destroy precisely that which the coca economy encouraged or, at least, allowed. At one extreme, there is an extremely concentrating productive dynamic, led by large businesses who are well connected to the governments in power. At the other extreme, we find what Patrick Meeham has aptly termed *boutique development*: small projects—attractive showcase initiatives, but short-lived and with little impact—that, at best, exert only a marginal positive influence.

Indeed, the best-kept secret of the debate on illicit economies is that alternative development programs in our country have been almost as unsuccessful as the war on drugs has. Decision-makers have not taken the trouble to understand either the nature or the magnitude of the problem. The fact that powerful political coalitions are needed to sustain crop substitution proposals has often resulted in shifts in policy guidelines that are opaque to campesinos and fail to guarantee the minimum conditions of stability required to foster constructive substitution.

It could be counter-argued that campesinos have, in fact, always favored substitution and have ultimately come to detest the plant. And this is not only due to the social ills mentioned above, but also because it destroys and distorts campesino communities. Naturally, this is a purely empirical question, one that is also shaped by strong regional and temporal variation. But the Observatory has been systematically collecting evidence on the issue in different parts of the country for years now, and suggests a slightly different conclusion.

Campesinos understand perfectly, as well as the best of outside analysts do, the evils that coca brings with it. In addition, they consider—for obvious reasons—that life in the midst of illegality is terrible. For this reason, they have been willing to support the various substitution plans—whether small, medium, or large—proposed by successive governments. Nor have successive mass defaults, along with the resulting growing skepticism, weakened their willingness to accept, in principle, some form of substitution—even to the point of being ready to destroy their own livelihoods with their own hands while waiting to see what the respective program might bring.

But a decent number of campesinos understand that they are facing a dilemma, in the terms I have outlined above: on the one hand, coca offers a series of crucial economic and social advantages; on the other hand, it facilitates the capture of territory by armed actors and the exposure of the inhabitants to attacks by the State and transnational actors. This is also understood by other regional actors, who have explained in different ways that coca brings misfortune, but that it also allows growers and workers to give their children an education.

Additionally, is it true that coca destroys communities? This assertion, often taken for granted in various circles, does not hold much weight. Because, although the world of coca cultivation is no phalanstery of harmony and social capital—where in our country could such a thing be found?—the strategic advantages I listed above go beyond mere profits for the individual producer. It is necessary to reflect critically and push back against the commonplace,





alarmist rhetoric about “social decomposition” or “narco-capitalism.” True: as in many other rural societies, the abrupt monetization of social life here produces an easily recognizable syndrome—abrupt changes in patterns of sociability and leisure, unregulated confrontations within the population, and so on—that is well documented both in Colombia and worldwide. I am reminded of Eric Hobsbawm’s observation about the state of Guerrero in Mexico: there came a time when “the men” preferred guns to radios. Hobsbawm did not speak, however, of a coca-growing region—which reinforces the argument I have been making—but of an expanding agricultural frontier. However, coca, due to its illegal nature, is more likely to facilitate the entry of armed actors.

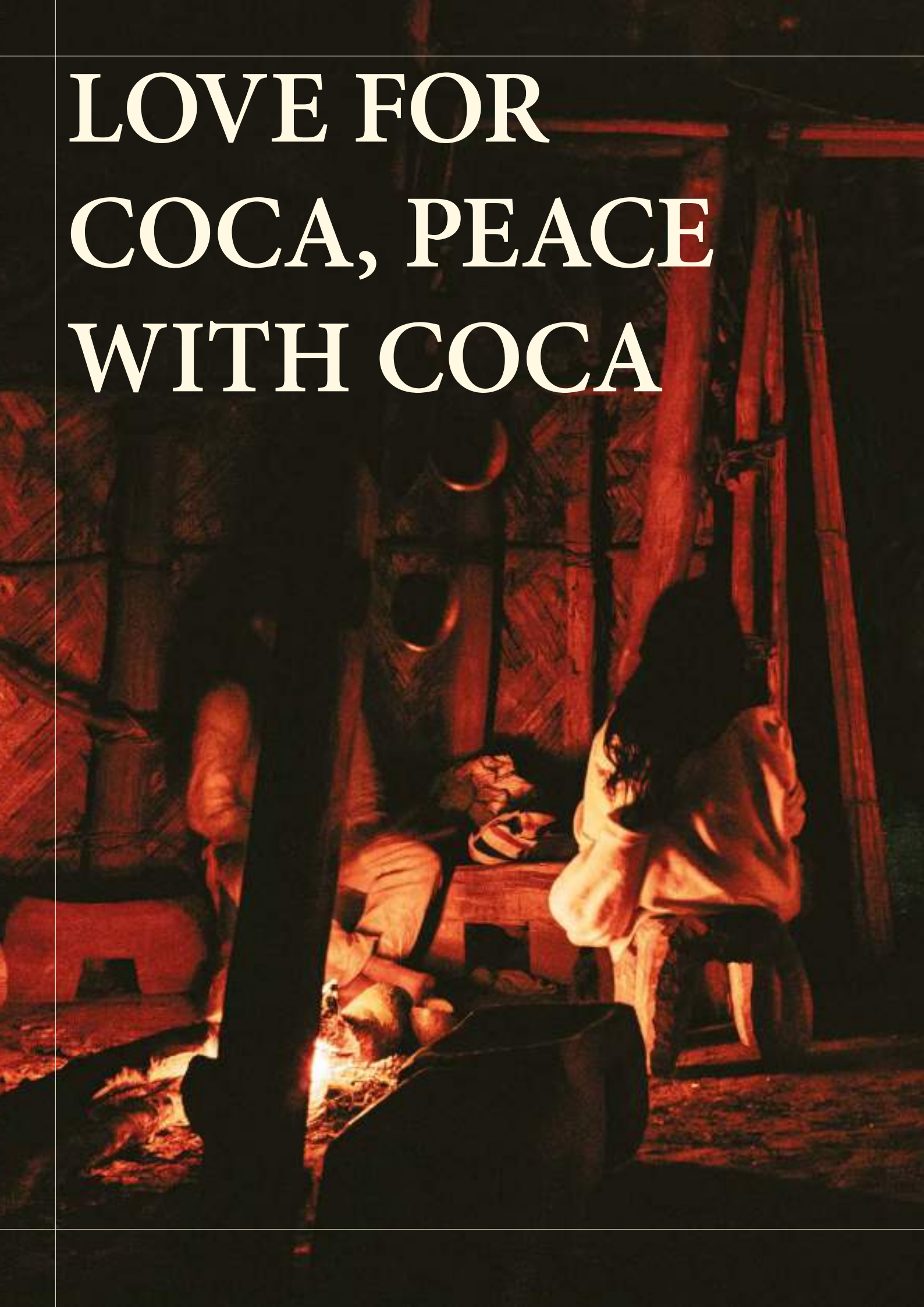
Nonetheless, it is important to remember that rural societies—like all societies—are dynamic. One thing is the first generation of *colonos*, or settlers, who often arrived without family; but then we have the more densely populated second and third generations, who aspire to stability and have heard and learned from the stories of their grandparents and parents—they are another thing entirely. The latter are able to harshly reject consumption in their territories; they have lost some forms of collective action, but have maintained and developed others; the vigorous labor markets that characterize coca allow villagers to experience various forms of social integration and, consequently, alleviate some intercultural conflicts; the money invested in their children’s education raises the level of existing skills in the region. As I have shown with my colleague Diana Machuca, these societies are far more vigorous, dynamic, and complex than the clichés suggest. Only an investigation guided exclusively by general opinion, or by the unhealthy anxiety—doomed to failure—of wanting to confine campesinos in a social museum where traditions remain pristine over the decades, could view such societies as mere spaces of decomposition.

A careful reader may be wondering: why do we persist in policies that fail to address the essence of the problem? In fact, it is quite surprising that we do. I have already commented on how, in neighboring Peru, a former president who could not be characterized as either a democrat or pro-campesino was able to implement a more reasonable policy, at least in some fundamental aspects. My impression is that in order to answer the question, we need to investigate the type of relationship that has been woven between our political system and various actors. Colombian politicians felt that they did not need the campesino vote—least of all in colonization zones and regions with very low population density. At the same time, many of them lived under suspicion of being linked to drug trafficking, so they had to send a signal—both to public opinion and to the United States—that they were willing to fight it. Especially in a very competitive political context.

It may be countered that Fujimori's project was implemented in the same context. It is true, and in serious matters. But he spoke from a position of strength, in a non-competitive context (thanks to his authoritarianism), and from a perspective that sought to obtain national hegemony. By contrast, since the 1980s most Colombian leaders have been suspected of ties to drug trafficking, or at least of tolerating it. At the same time, they have been caught up in factional dynamics in which legitimacy *vis-à-vis* the colonos was, at worst, a marginal concern, linked more to a public order from which they were operationally detached than to the legitimacy of the political system itself. And so, fumigation became the means by which all kinds of political operators—including those linked to narcos—could demonstrate their willingness to take part in the U.S. drug war and thereby gain tolerance or support from the United States. In order to find the true fuel of the war, we have to start with this signaling mechanism. Incidentally, it continues to function to this day, as seen in the statements of opaque leaderships calling for a return to the most aggressive fumigation policies and the destruction of the campesino population.

That is how we arrived at the current situation: caught in a trap with enormous human and social costs. This compels us to take a step back and view the problem in perspective. Coca has been the source of many ills, but also of fundamental benefits that the legal sector has thus far been unable to provide. Both—the good and the bad—stem from coca's illegality. Legalization is a crucial option, but we must think beyond it. We need to be able to address the specific agrarian and developmental question posed by coca.

LOVE FOR COCA, PEACE WITH COCA





ANTHONY HENMAN

British-Brazilian anthropologist, writer,
researcher, and university professor





Thirty years after the first edition of *Mama Coca*¹, I don't know if I have the energy to cry sadly, or, better yet, laugh ironically, in the face of the lack of seriousness of my peers in the transnational empire of the North. As I write of in these pages, the neocolonial interests of the mid-20th century—disguised as a pseudoscientific discourse—succeeded in getting the coca leaf on the damned List 1 of the UN Single Convention on Narcotic Drugs and continue, to this day, with their absurd project of banishing a plant with a noble history and virtues that are increasingly useful and increasingly adapted to the needs of the future.

How is it possible that, after more than 50 years of forceful condemnations of coca, not even one of the objectives set by public policies has been achieved? How is it feasible that, despite repeated failures at all levels and in all areas, the same measures continue to be replicated? And how is it that every time new ministers take office, the same banal response continues to be repeated as if it were the latest news? “Now we’re finally going to put an end to drug trafficking...” Why have we never reached that decisive moment in history? It must be that the objective is poorly designed or that the real objectives of the permanent war on drugs are different to those stated, that those in power are interested in being just around the corner from a final victory that it has called for, announced, and declared so many times. The illegality of coca has given extraordinary dynamism to the obscure interests of its commercialization, accompanied by profound effects on development models in areas where it is grown, as well as political distortions of public knowledge in Colombia. Since coca was declared an element that disrupts public order, we have entered a spiral of violence that seems to have no way out, building more and more prisons, training more and more counter-narcotics brigades, eradicating more and more hectares of coca crops.

The absurdity of this situation, which impedes development, destroys institutions, and makes coca part of a process of malignant commodification of the entire planet, has led many intelligent minds to recognize the validity of the positions taken in *Mama Coca*, held by almost all independent scholars on the subject. Simply put, coca should never have been banned; that is why, recognizing the need for a change of approach, it is not a question of “legalizing”

¹ This text by Anthony Henman was originally published as “Prologue to the first Spanish edition of *Mama Coca*”, in 2008. The first edition (in English) of Henman's book dates back to 1978, at which time its author was known under the pseudonym Antonil. Due to the relevance of Henman's work, the Universidad del Cauca published a new edition in Spanish in 2023. This text has been revised and published in this book with the approval of the author and Editorial Universidad del Cauca. We are grateful to them for having authorized the publication of this segment in the current collection.

something of unknown potential but of admitting a historical error and repairing an injustice done to a plant that has accompanied human beings for millennia.

It is time to make peace with coca, to embrace it, to love it as it deserves to be loved, as a plant of many gifts and many qualities. In 1976, Andrew Weil, a well-known naturopathic doctor, published an article describing several uses of coca: to treat spasms and painful gastrointestinal tract conditions; as a substitute for coffee, amphetamines, and cocaine itself, since these stimulants act for longer and cause irritation; as an antidepressant, being less toxic than the pharmaceutical products used for this purpose; as a treatment for dizziness and altitude sickness; as a vocal cord tonic for those who use their voices intensively or sing; as a topical treatment for tooth pain and mouth infections; as a nutritional supplement in weight reduction and physical training programs. A famous study published by Harvard University (Duke, Aulik, and Plowman, 1975) had already drawn attention to the nutritional value of coca, comparing it positively to several other Andean foods and showing that it was an excellent source of calcium, phosphate, and potassium, in addition to containing significant amounts of vitamins and mineral salts. These qualities explain the absence of serious signs of malnutrition in many Andean communities and support their current use of coca to treat osteoporosis, diabetes, high cholesterol, hypertension, and other diseases that affect the elderly.

In addition to the development of these new urban and modern uses, there are the various introductions of *chachado* or *mambeo*, in areas where these did not exist when I began this study. Contrary to the rigidity and lack of imagination in official policies, the consumer market shows signs of collective learning that have rescued the “traditional use” of coca from the ghetto it was confined to. The original objective was to limit the use of coca to indigenous cultures that, in the logic of the era of false progress, were destined to disappear. In this way, certain production areas (the Yungas of La Paz or the Convención Valley in Cusco) were favored and other equally “traditional” areas (Monzón in Huánuco, and the Bolivian Chapare) were punished, creating a confusion that opened up more markets than it managed to close.

In Colombia, certain indigenous groups’ rights to practice mambeo (in the Sierra Nevada de Santa Marta, Cauca, Putumayo, and Vaupés) was recognized, but the peasant populations in the same areas were excluded. Why? There are many “non-traditional” uses of coca that lead to innovative solutions: among students and artists in several Andean cities; among workers in the fishing industry on the Peruvian coast; among the regionalist bourgeoisie

of Salta, in Argentina; among tourists who come to Cusco to venture along the Inca trails. All of these, including the recent uptick in the use of coca flour in health food stores in Lima, demonstrate what any sociologist knows: the meaning of any form of consumption is historically malleable, and can head in unexpected directions in the case of coca. In addition to admitting the autonomy of coca and its action as a historical agent, new generations seem to intuitively understand the respect that is owed to psychoactive plants, called “masters” in Andean-Amazonian traditions. Moving away from the ethnocentric arrogance expressed in UN conventions will lead us to recognize, perhaps, the subjectivity of the other. I say this more as a theoretical yearning than as a *fait accompli*, because how do you come to consider coca as an autonomous subject? How can we see coca as an actor in world history and not, merely, as an object of our consumption, our needs, our interventions, our policies? This requires that we see coca as a botanical species, a plant that needs water and soil, which seeks the sun and that, like all species, yearns for and desires reproduction. Reproduction... Anyone who knows the coca flower, who has looked closely at its fruit (which, by the way, gave rise to the shape of the Coca-Cola bottle), knows that, in addition to being hermaphrodite and bisexual, it is also a very fertile plant capable of producing a lot of seeds. A few years ago I was with a TV crew in Coripata, a town in Los Yungas near La Paz, Bolivia, and we were struck by the enormous number of red seeds that grew on the coca bushes. I said, as a bit of a joke, that the region’s hills could have the same influence on coca production as those in Burgundy do on wine production. In fact, the shales in local geological formations in Los Yungas are similar to those seen in other long-standing producing areas, such as those of the Monzón Valley in Huánuco, Peru; or the valley of the San Jorge River in southern Cauca.

Coca has a particular ecology and it must be admitted that its production under a regime of prohibition has not always respected the environment. For example, in the Apurímac River valley and on the Pacific coast of Colombia, very dense coca plantations are being grown for a short period of maximum production, followed by rapid abandonment, soil deterioration, and erosion. I can imagine a future in which coca would no longer be produced on a large scale in areas where this is currently the case, and in which it would return to the places that are most geologically and climatically suitable for its growth.

Cultivated coca is divided into two species, with each sharing two well-defined varieties. *Erythroxylum coca*, the main species produced for economic gain, is cultivated on the eastern slopes of the Andes in Peru and Bolivia, and has recently been introduced to Colombia under the name of Coca Tingo.

Its *ypadú* variety is adapted to the conditions found in lowland jungle and is grown around the borders between Brazil, Colombia, and Peru. *Ypadú* has the peculiarity of growing from cuttings, growing quickly but producing large leaves with a relatively low alkaloid content. *Erythroxylum novogranatense* is the species of coca found in the Cauca region and the Sierra Nevada de Santa Marta. It is adapted to seasonally drier conditions than those that favor *E. coca*. Its *Truxillense* variety is the coca from the northern Peruvian coast, currently grown in the valleys of the Moche, Chicama, and Marañón rivers in semi-desert-like conditions with the help of irrigated water and slight shade. It is reputed to be the most aromatic type of coca and is used as a flavoring for soft drinks.

Each species and each variety is adapted to specific conditions. Adequate agronomic management would stop the felling of forests in inappropriate areas and coca—instead of being a threat to the ecosystem as it is currently portrayed—could once again be the basis of peasant development in areas suitable for its growth. Is this vision too optimistic? I don't think so; 250,000 hectares of coca are nothing compared to the huge areas dedicated, for example, to crops of sugar cane, the traditional engine of tropical agro-industry. It is perfectly feasible to combine coca with basic food crops and associate it with other perennials that slow down erosion. The only thing that is required is, as in the case of any cultivated plant, to know how to avoid large areas of monoculture that attract pests and destroy the complex relationships between species.

Now I'm going to get into the crux of my argument. Behind the current issues lies a process of natural resource exploitation whose history does not go back to the beginning of the current cocaine cycle that began in the 1970s, or even to the monumental error that resulted in the prohibition of certain drugs and plants at the beginning of the 20th century. The anthropocentric approach—which states that the other species that exist on the planet are only here to satisfy human needs—predates economic liberalism, the rise of modern capitalism, and the European conquest of the Americas. The tyranny of human beings over other forms of life, although not shared by all human societies, goes back to ancient times and is contrary to the worldview of many indigenous American groups. The vision of the latter societies—described by Brazilian anthropologist Eduardo Viveiros de Castro as a vision of “perspectivism” and “multinaturalism”—sees the planet as inhabited by multiple beings, each perceiving themselves as a subject, each endowed with autonomous intelligence, each one appreciating the world from a different point of view. This understanding is contrary to our modern, multicultural vision, which involves



a similarity in the physical nature of life forms and a multiplicity of cultural adaptations. In the multinatural perspective, the opposite is true: the world is conceived as having a unity of spirit, culture, and perception—things that are shared by all species. Diversity is found in bodies, in cognitive devices, and in concrete forms of representation.

Here, the categories and dichotomies so valued in the West are confused: nature and culture, animality and humanity, determination and free will. From a multinatural perspective, the war on drugs is not only seen as an imperialist enterprise and as a magical projection of evil onto innocent substances and plants, but also as the desire to bring the world to what Dr. Dupont (the former U.S. President Ronald Reagan's drug advisor) once called, with no qualms, *species extinction*, defending that objective—in the specific case of coca—as one that is desirable for public order and human health. I wonder: how is it that coca—not to mention poppy and cannabis, yagé or ayahuasca, peyote and wachuma cacti, mushrooms, and many other plants—how would the intelligence of this species, our *cocamama*, perceive the crazy human desire to put an end to it? It would see, undoubtedly, that the problems we have with it are essentially due to the lack of a correct understanding on our part, both in knowing how to take proper advantage of its gifts and benefits, and in establishing a respectful and democratic relationship between species, expanding our concept of politics beyond *Homo sapiens*. It would also see that we deny plants and animals the capacity for intentionality that is bestowed upon subjects, condemning them instead to the eternal condition of mere objects of our consumption model. Finally, it would see that our confusion is the product of the fear of losing the utilitarian security of a world where everything becomes part of the market and, above all, the terror of moving on to the recognition of non-human subjectivity and, thus, coming to perceive psychoactive plants as authentic teachers, as guides to thought. [...]

If, on the contrary, we accept that we have a lot to learn from coca, this vision is inverted: we no longer find problems but solutions. Environmental solutions, solutions for development and social reintegration, pragmatic solutions for the consumer. I insist again on the example of Amazonian coca, ypadú or mambe, whose powdered form meets the requirements of a product for the new generations. [...] What's more, it's healthy: jungle-sourced and environmentally friendly, organic and whole. This and other forms of semi-industrialized coca could make us begin to conceive of a future in which we can live peacefully with this plant.

Coca can, and even wants to, live in peace with us. The botanist Timothy Plowman (who, even more so than me, was able to visit almost all the areas where coca is grown in the world during his short life) once told me that in his travels he had never found a truly wild coca plant. We are not talking about the *Sacha Coca* from Alto Huallaga or the other nearly 80 species of *Erythroxylum* that grow in various parts of South America. We are dealing with the two species of alkaloid coca, whose domestication dates back to at least 6,000 years before the birth of Christ. The wild plant that gave rise to today's coca has disappeared, and so for thousands of years, coca has depended on us for its survival. Coca is our companion, like many other cultivated plants are, equivalent to dogs and cats in the animal world. And it is for this reason that coca loves us—because it depends on us. It does not love us because we are beautiful or good or intelligent; coca loves it because we give it life, we grow it, we caress it, and we eat it. Coca loves us in the same way that we love it: with all the contradictions that passion and interdependence entail. To the hatred of the wagers of war who seek the extinction of the species, we must respond with two slogans that, in truth, are only one: love for coca, peace with coca.

WORKS CITED

Duke, J., Aulik, D., and Plowman, T. (1975). Nutritional value of coca. *Botanical Museum Leaflets*. 24(6): 113.

LISTADO MINIATURA DE FOTOGRAFÍAS PHOTOGRAPH THUMBNAIL LIST

FOTOGRAFÍA
PHOTOGRAPHY

PÁGINA
PAGE

AUTOR
AUTHOR

CRÉDITOS
CREDITS



P. 8, 88

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. NERVADURAS DE HOJAS
DE COCA, 2018



P. 10-11

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. DIXON TRABAJANDO EN
LA PREPARACIÓN DEL MAMBE, 2024



P. 12

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. NUHUE KOGUI, 2020



P. 16-17, 96-97

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. MOSQUITO HABITANDO
UNA HOJA DEL ARBUSTO DE COCA,
2024



P. 18, 98

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. SEMILLAS DE COCA EN
UN ARBUSTO FLORECIDO, 2020



P. 22-23, 104-105

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. FLOTA EL MAMBE PARA
LOS ANCESTROS, 2024

FOTOGRAFÍA PHOTOGRAPHY	PÁGINA PAGE	AUTOR AUTHOR	CRÉDITOS CREDITS
	P. 26, 106	JORGE PANCHOAGA	JORGE PANCHOAGA / VIST PROJECTS. TOTUMO EN POBLADO KOGUI, 2020
	P. 28-29, 110-111	JORGE PANCHOAGA	JORGE PANCHOAGA / VIST PROJECTS. SEMILLAS DE COCA, 2020
	P. 42-43, 126-127	JORGE PANCHOAGA	JORGE PANCHOAGA / VIST PROJECTS. AVIVANDO EL FOGÓN PARA TOSTAR LA COCA, 2024
	P. 44, 128	JORGE PANCHOAGA	JORGE PANCHOAGA / VIST PROJECTS. MAMO JOSÉ GIL, 2020
	P. 48	ANDRÉS CARDONA CRUZ	ANDRÉS CARDONA CRUZ / VIST PROJECTS. CHUMAOS, 2024.
	P. 52-53, 138-139	NADÈGE MAZARS	NADÈGE MAZARS. ARBUSTOS DE COCA. TIERRADENTRO, CAUCA, JAIR PARDON, ADMINISTRADOR DE COCA NASA, OBSERVA LAS HOJAS DE ANTIGUOS ÁRBOLES DE COCA, 2023

LISTADO MINIATURA DE FOTOGRAFÍAS PHOTOGRAPH THUMBNAIL LIST

FOTOGRAFÍA
PHOTOGRAPHY

PÁGINA
PAGE

AUTOR
AUTHOR

CRÉDITOS
CREDITS



P. 57, 144

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. MACERANDO LA HOJA
DE COCA, 2024



P. 62-63

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. HOJA DE COCA, 2018



P. 64, 152

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. ALIRIO REVISANDO
LA CENIZA DE YARUMO EN LA
PREPARACIÓN PARA EL MAMBE,
2024



P. 68-69, 158-159

STEPHEN
FERRY

STEPHEN FERRY. AYU 17, MAMOS Y
APRENDICES RECOGEN CONCHAS
Y OTROS MATERIALES NATURALES
PARA USOS CEREMONIALES EN UN
ESPACIO SAGRADO EN LA PLAYA
TAYRONA. 2019



P. 73

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. HOJA DE COCA EN LA
PREPARACIÓN DEL MAMBE, 2024



P. 74-75, 162-163

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. NUHUE, 2020

FOTOGRAFÍA PHOTOGRAPHY	PÁGINA PAGE	AUTOR AUTHOR	CRÉDITOS CREDITS
	P. 76, 164	JORGE PANCHOAGA	JORGE PANCHOAGA / VIST PROJECTS. POPORO KOGUI, 2020
	P. 80-81, 169	JORGE PANCHOAGA	JORGE PANCHOAGA / VIST PROJECTS. MÁSCARAS YUCUNA, s.f.
	P. 83	NADÈGE MAZARS	NADÈGE MAZARS. EL RITUAL SAAKHELU. MONTERILLA, SATH TAMA KIWE. DURANTE EL RITUAL SE REALIZAN DANZAS EN ESPIRAL ALREDEDOR DEL ÁRBOL DURANTE TODO EL DÍA. 2 DE AGOSTO DE 2023
	P. 90-91	JORGE PANCHOAGA	JORGE PANCHOAGA / VIST PROJECTS. QUEMA DE HOJAS PARA CENIZA, 2024
	P. 92	JORGE PANCHOAGA	JORGE PANCHOAGA / VIST PROJECTS. EN EL NUHUE MAMBEANDO, 2020
	P. 109	NADÈGE MAZARS	NADÈGE MAZARS. EL CALABAZO 2. TIERRADENTRO. DURANTE EL RITUAL DEL SEK BUY, UN PARTICIPANTE MUESTRA EL CALABAZO PARA EL MAMBE, 20 DE JUNIO DE 2024

LISTADO MINIATURA DE FOTOGRAFÍAS PHOTOGRAPH THUMBNAIL LIST

FOTOGRAFÍA
PHOTOGRAPHY

PÁGINA
PAGE

AUTOR
AUTHOR

CRÉDITOS
CREDITS



P. 132

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. HOJA DE COCA, 2018



P. 149

NADÈGE
MAZARS

NADÈGE MAZARS. EL BAÑO DE
MEDIANOCHE PARA PREPARAR EL
AÑO NUEVO NASA DURANTE EL
RITUAL DEL SEK BUY. RESGUARDO
DE SANTA ROSA, TIERRADENTRO, 21
DE JUNIO DE 2024



P. 150-151

JORGE
PANCHOAGA

JORGE PANCHOAGA / VIST
PROJECTS. HOJA DE COCA, 2018



La hoja que une es una publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia y el Instituto Caro y Cuervo, creada para promover e interpelar un diálogo que se inscriba en los debates actuales sobre la resignificación de la planta de coca, su justo posicionamiento en nuestro proyecto de nación y la superación del estigma y el desconocimiento de un arbusto que ha sido objeto de criminalización y disputas geopolíticas, económicas y culturales. Los tres libros que usted encuentra dentro de esta caja se organizan alrededor de tres ejes temáticos complementarios que les dan título: 1. *La hoja de coca en la política exterior colombiana* / 2. *La hoja de coca en los saberes y las culturas de Colombia* / 3. *La hoja de coca entre la ciencia y la creación en Colombia*. Este libro se compuso en Minion Pro (español) y Brown Pro (inglés) y se terminó de imprimir en la Imprenta Nacional de Colombia, en diciembre de 2025.

Bound by the Leaf is a publication by the Ministry of Foreign Affairs of Colombia and the Instituto Caro y Cuervo, created to promote and provoke a dialogue that engages with current debates on the resignification of the coca plant—its rightful place within our national project, and the need to overcome the stigma and ignorance surrounding a shrub that has long been subjected to criminalization and geopolitical, economic, and cultural disputes. The three books contained in this box are organized around three complementary thematic axes: 1. *The coca leaf in Colombian foreign policy* / 2. *The coca leaf in Colombia's knowledge systems and cultures* / 3. *The coca leaf between science and creation in Colombia*. This book was typeset in Minion Pro (Spanish) and Brown Pro (English) and printed at the National Printing Office of Colombia in December 2025.



Imprenta Nacional de Colombia
www.imprenta.gov.co
Cra. 66 #24-09
Bogotá, Colombia, 2025



Cancillería

